
CIRCULO CRIMEN
¡CUIDADO CON LAS

—El hombre que usted busca es Karl Carver Endicott. Vive en Citrus Grove. Se casó con Elizabeth Flanders hace seis años —le contesté a nuestro cliente.

Ansel se humedeció los labios con la punta de la lengua.

—Yo creía… ¡En fin, que no se me había ocurrido que usted averiguara el apellido solamente! —Eso fue todo lo que usted pidió. Pero si lo que a usted le interesa es el asesinato.

—No me interesa el asesinato —dijo Ansel—. Yo quería solamente… —De repente su voz se quebró, quedando silencioso.

Le miré sonriendo.

—¿Y cómo sabía que se había cometido un asesinato, Ansel?

A. A. Fair

Cuidado con las curvas

Título original: *Beware the Curves*
A. A. Fair, 1956
Traducción: Jorge Jenkins

Introducción

Hace ya algunos años que mis libros de Perry Mason han incluido «Prefacios», describiendo personajes interesantes en el campo de la medicina legal. Tales libros se han dedicado a las personas citadas en los «Prefacios».

En los que ahora escribo sobre Bertha Cool y Donald Lam (bajo el seudónimo de A. A. Fair) quiero apartarme del campo de la medicina legal, para contar a mis lectores hechos relacionados con personajes interesantes de la administración judicial, campo donde se incluye el cumplimiento de las leyes, investigación criminal, y criminología.

Pocas personas se dan cuenta de hasta qué grado nuestras penitenciarias son, de hecho, fábricas de criminales, los criminalistas profesionales conocen algunas de las reformas necesarias, pero vacilan en hablar, por la apatía del público en algunos casos, y por su hostilidad en otros.

Mi amigo Arturo Bernard es el alcaide de la penitenciaria del Estado de Nevada, en la ciudad de Carson.

Se trata de un presidio pequeño; tanto, que Arturo Bernard conoce personalmente a todos los presos.

Hace varios años que Bernard empezó su carrera en criminología, a causa de un nombramiento político. Llegó a interesarse en su trabajo y en intentar desvelar las causas del crimen.

En primer lugar resulta muy interesante descubrir que son contados los criminales que saben por qué se dedicaron al delito. Como todo el mundo, tratan de razonar, y con mucha frecuencia culpan a otros.

Algunos de los reclusos de la penitenciaría de Carson no le ocasionan la menor molestia al alcaide. Otros son asesinos depravados y viciosos. Algunos son astutos «chivatos» (o

«soplones») que con mucho gusto le cuentan al investigador todo cuanto quiere éste saber, y lo que ellos suponen que les puede resultar de algún beneficio, por pequeño que sea.

Existe, sin embargo, un crecido número de reclusos que quieren cumplir sus sentencias y, luego, vivir decentemente. Si lo pueden lograr o no, ya es otra cuestión. Algunos lo lograrán; muchos, no. La sociedad le pone obstáculos tremendos al hombre que acaba de salir de la cárcel.

Arturo Bernard está, realizando una gran labor con esos reclusos, tratando de ayudarles y de averiguar cómo llegaron a ser transgresores de la ley.

Arturo Bernard tiene un magnetofón en su oficina, y cuando alguno de esos hombres llega al punto de querer hablar, de hablar con franqueza, Arturo Bernard le entrevista, y graba en la cinta magnética cuanto allí se habla. Después escucha la grabación, hace sus comentarios y sugerencias, y se la envía al doctor LeMoyne Snyder, el investigador legal, y a mí. Yo hago duplicados de esas grabaciones y, gradualmente, estamos creando una buena fonoteca. Lentamente, pero con seguridad, vamos obteniendo pistas significativas en relación con algunos de los impulsos secretos, debilidades, y otras causas, que hacen que los hombres se conviertan en transgresores de la ley.

Es un trabajo muy interesante y creo que de mucha utilidad.

Arturo Bernard ha sido minero, boxeador, ganadero, domador de potros e inspector estatal de minas. Conoce la naturaleza humana, y, hasta cierto punto, se ha educado a sí mismo.

Como es un hombre esencialmente modesto, tiende a disminuir la extraordinaria educación que ha recibido en la escuela de la experiencia. Pero como quiera que siempre ha actuado en la práctica más bien que en teoría, y como casi todo cuanto sabe lo aprendió por sí solo, es, fundamentalmente, práctico. Le interesa poco la teoría como tal. No interviene absolutamente en nada, a menos de estar seguro de que va a dar resultado; sus antecedentes y entrenamiento le han capacitado de tal manera que cuando empieza a hacer alguna cosa, aquello «funciona».

Arturo Bernard me ha contado que algunas de las tragedias mayores de la vida en el presidio, provienen del hecho de que al que delinque por primera vez, se le aplica una sentencia mínima de

un año de reclusión.

En conjunto, la mayoría de esos delincuentes primerizos, son jóvenes que comienzan sus vidas. Son hombres que bien pudieran haber sido sus hijos o los míos. Han resultado culpables de infringir alguna ley y por ello han sido sentenciados a presidio. Pueden ser incluso graduados en delincuencia juvenil, y muchos de ellos están llenos de rencor. Sin embargo, prácticamente, ninguno tiene un concepto real de la vida en presidio.

Quizás el joven típico a quien se envía a presidio, por primera vez, actúa algunas veces como un tipo sabihondo. Trata de pasar por la vida fanfarroneando e intenta hacerse duro. Eso es puramente una pose que ha adaptado para darse confianza a sí mismo.

Cuando las puertas del presidio se cierran tras las espaldas del joven, con su sordo sonido metálico; cuando por primera vez se da cuenta del horror y la degradación de la vida en un presidio; cuando se le arroja a un ambiente de hombres sin mujeres, pero no sin sexo; cuando tropieza con las restricciones impuestas por guardas armados, la estricta disciplina y las estrechas celdas, experimenta un sentimiento de asco y de horror.

Arturo Bernard sostiene, y muchos criminalistas están de acuerdo, que si fuera posible sacar de la prisión a tales jóvenes, después de haber pasado allí el tiempo justo para darse perfecta cuenta de lo que es la vida dentro, no volverían a cometer un delito en toda su vida.

Desgraciadamente, la sentencia mínima es de un año. El joven macho de la especie humana es extraordinariamente adaptable y, como dice Arturo Bernard, tras las primeras semanas, cuando el horror va pasando, el joven recluso «se aclimata a la vida del presidio».

Después de ello, existen dos posibilidades en, su contra; o tal vez, sería mejor decir dos posibilidades contra la sociedad que le envió a presidio por primera vez y que mantiene a dicha institución penal en unas condiciones que la convierten en una verdadera fábrica de criminales.

Existe una gran necesidad de reformar nuestras instituciones penales; en especial, en lo que respecta al delincuente primerizo, pero también al individuo de voluntad débil que ha derivado a una

vida criminal, tan sólo por seguir el camino más fácil.

No hay espacio disponible aquí para comentar estos asuntos; sin embargo, quisiera llamar la atención sobre la obra que realiza mi amigo Arturo Bernard, llevando a cabo un estudio inteligente de hombres acerca de quienes la sociedad debería tener mucha más información.

Por lo tanto, dedico este libro a mi amigo Arturo E. Bernard, alcaide de la penitenciaria del Estado de Nevada, en la ciudad de Carson.

ERLE
STANLEY
GARDNER

capítulo primero

LA voluminosa Bertha Cool me dijo, con la gracia de un hipopótamo coquetón y tímido en la época de celo:

—Donald, quiero presentarte a Mr. Ansel, a Mr. John Dittmar Ansel. Mr. Ansel, éste es Donald Lam, mi socio.

John Dittmar Ansel, un hombre alto, con ojos de poeta, nariz aguileña, boca gruesa y sensual y negro cabello ondulado, manos finas y largas, y vestido muy discretamente, estaba sentado muy tieso en una silla. Se levantó para que le presentaran. Sus ojos quedaban a unos 18 o 20 centímetros por encima de los míos. Le calculé, aproximadamente, un metro noventa de estatura. Su voz era suave y entonada. Su apretón de manos fue más bien tímido, como el de un hombre que huye de la violencia física.

Era difícil imaginarse mayor contraste que el existente entre Bertha Cool y John Dittmar Ansel.

Berta, sentada tras su escritorio, continuó hablando y tratando de hacerse simpática, al mismo tiempo que gesticulaba con ambas manos, donde sendos diamantes brillaban a la luz que penetraba por la ventana.

—John Dittmar Ansel es escritor, Donald. Quizá, hayas leído algunas cosas suyas, quiero decir obras suyas.

Calló, mirándome ansiosamente.

Yo afirmé con la cabeza.

Berta resplandeció.

Ansel dijo, excusándose:

—No escribo muchas novelas; más que nada hago artículos técnicos bajo la firma de Dittmar.

—Mr. Ansel tiene un problema —continuó Bertha—. Le fuimos recomendados por alguien. Preguntó por mí, porque el nombre de «B. Cool» sobre la puerta le hizo creer que yo era un hombre.

Bertha sonrió a Ansel, y dijo:

—Me pidió que le excusara, con la mayor cortesía; pero como reconocí los síntomas, le dije que mi socio era un hombre y que deseaba que te conociera. Si podemos serle útiles a Mr. Ansel, Donald, lo seremos; y, si no podemos, pues tan amigos, tan amigos como siempre.

Los labios de Bertha dibujaban una amable sonrisa. Le resultaba muy difícil controlar la expresión de sus ojillos avariciosos, que brillaban tan fríamente como los diamantes que llevaba en sus dedos.

Ansel nos miraba con recelo; su mirada iba de Bertha a mí, y de mí a Bertha.

Bertha, una mujer que pesa setenta y cinco kilos, de unos sesenta años, tan dura, áspera y tosca como un rollo de alambre de púas, sonreía y hablaba de una manera tan exagerada que resultaba francamente falsa. Ansel, que todavía seguía de pie, cambió de posición. Era evidente que Bertha no le caía bien y fue a situarse entre ésta y la puerta.

Me miró vacilante, buscando aparentemente la manera de decirme lo que pensaba procurando no herir mis sentimientos.

Bertha se apresuró a soltar una andanada de palabras dichas a toda velocidad, con objeto de dar a conocer sus pensamientos, antes de que Ansel se marchara de la oficina.

—Mi socio, Donald Lam, es joven, y no tiene la apariencia física que uno espera encontrar en un detective particular. Pero tiene inteligencia, mucha inteligencia, y como su aspecto es tan… tan…

Bertha, buscando evidentemente una palabra, decidió de repente que el asunto no valía la pena del esfuerzo de ser fina y tan bien educada; así es que, echando a un lado sus buenos modales, dejó de expresarse en el tono comedido que había estado usando, y tiró por la calle de en medio.

—¡Qué diablos! —dijo bruscamente—, lo que quiero decir es que su aspecto es tan inofensivo que puede circular por todas partes, y obtener todas las informaciones que quiera sin que nadie se dé cuenta que es un individuo inteligente. Y ahora, ¿qué? ¿Nos toma o nos deja? Si no le conviene, dígalo de una vez y váyase al diablo, porque estamos muy ocupados. Si decide lo contrario, venga, siéntese y vaya al grano. Me pone nerviosa verle quieto,

apoyado primero sobre un pie y luego sobre el otro, como si estuviera esperando su turno a la puerta del baño de una pensión.

Dio resultado. La boca sensual de Ansel se entreabrió en una sonrisa. Regreso y tomó asiento.

—Creo que les necesito —dijo.

—Muy bien —le contestó Bertha—, pero va a costarle dinero.

—¿Cuánto?

—Cuéntenos su problema y entonces se lo diremos.

Ansel dijo:

—Los escritores no suelen nadar en la abundancia, mistress Cool.

—Ni los detectives tampoco —saltó Bertha.

La confesión no produjo el menor resultado.

Ansel bajó la vista, y le miró los brillantes.

—Excepto los muy buenos —rectificó Bertha—. ¿Qué es lo que quiere en definitiva?

—Quiero que encuentren a una persona.

—¿A quién?

—He olvidado su apellido. Pero su nombre es Karl.

—¿Bromea usted? —preguntó Bertha.

—No.

Bertha me miró.

—¿Por qué quiere encontrarle? —pregunté.

Ansel se pasó sus largos dedos por los cabellos oscuros y rizados. Me miró, y sonriendo me confesó:

—Porque me dio una idea para un libro estupendo.

—¿Cuándo? —pregunté.

—Hace seis años.

—¿Dónde?

—En París.

—¿Por qué quiere encontrarle?

—Para ver si puedo conseguir los derechos exclusivos para utilizar la historia.

—¿Novela o realidad?

—Realidad, pero quiero convertirla en novela. Sería una obra intensa, convincente.

—Muy bien —le dije—, usted conoció a Karl en París. Hay muchos Karis que van a París. ¿Qué otros detalles puede darnos?

—Como es natural, por aquella época yo sabía su apellido; pero se me ha ido de la memoria. Procedía de esta parte del país, de un lugar llamado Citrus Grove, un suburbio de Santa Ana. Era bastante rico y estaba en viaje de luna de miel. El nombre de su esposa era Elizabeth, pero él la llamaba Betty. Parecía una muchacha encantadora.

—¿De qué trataba la historia? —pregunté.

—Pues era sobre un asunto matrimonial… Un hombre que convenció a la muchacha que amaba, pero a quien ella no quería, y su verdadero novio era…, —paró súbitamente—. No quiero divulgar el argumento de una historia tan estupendamente buena —exclamó.

—Está bien —le contesté—. Tenemos que encontrar a un hombre que se llama Karl, vecino de Citrus Grove, que fue a París hace seis años a pasar su luna de miel, y que conoce la trama para una buena novela que usted no nos puede contar. ¿Y qué aspecto tenía?

—Alto, fuerte, de hombros anchos, con una gran personalidad; una persona de la clase que consigue todo lo que quiere.

—¿Qué edad?

—Como yo.

—¿Y qué edad es la suya?

—Tengo treinta y dos años.

—¿Cómo hizo su dinero?

—No lo sé.

—¿En qué trabajaba?

—En inversiones, según creo.

—¿Y era muy rico?

—No sé. Pero parecía estar en bastante buena posición.

—Eso es generalizar mucho.

—Es todo lo que puedo hacer.

—¿Rubio o moreno?

—Pelirrojo.

—¿Ojos?

—Azules.

—¿Estatura?

—Un metro ochenta.

—¿Peso?

—Pesado. Alrededor de 97 o 98 kilos. Pero no gordo. Más bien macizo, si entiende lo que quiero decir.

—¿Se preocupaba por el peso?

—Me imagino que sí, pero no estaba a régimen. Comía lo que se le antojaba, y hacía lo que quería.

—¿Sabe en qué hotel se hospedaba?

—No.

—¿Sabe si hizo el viaje por tierra o por mar?

—Creo que fue en barco; pero no estoy seguro.

—¿En qué mes?

—Me parece que en julio, pero no recuerdo.

—¿Qué quiere que hagamos nosotros?

—Solamente localizarlo. Consígame su apellido. Eso es todo.

—Muy bien —le dije—. Lo haremos.

—¿Cuánto costara?

—Cincuenta dólares —le respondí.

La silla de su escritorio chirrió indignada cuando Berta se echó hacia delante, súbitamente. Abrió la boca como para decir algo, pero se arrepintió.

Pude ver cómo le brillaban los ojos. Pardeaba muy seguido, y un ligero rubor apareció en su cara.

—¿Dónde podemos localizarle? —le pregunté a Ansel.

—¿Cuánto tiempo tardará? —indagó él a su vez.

—No más de un día, probablemente.

—Ustedes no pueden ponerse en contacto conmigo —dijo Ansel —. Estaré aquí mañana por la tarde, a la misma hora. —Me dio la mano, un apretón ligero y afectuoso, con sus largos dedos.

Le hizo una inclinación de cabeza a Bertha Cool, y desapareció por la puerta.

A duras penas pudo Bertha esperar que la puerta se cerrara, para exclamar:

—¡Habrase visto cosa más grande que este degenerado, melindroso, apocado, cobarde!

—¿Mr. Ansel? —pregunté.

—¡Tú! —gritó Berta.

—¿Por qué? —quise saber.

—Ni un anticipo —me gritó Berta—. ¡Nada adelantado, ni siquiera para gastos! Unos cochinos honorarios de cincuenta dólares

para buscar a un tipo que se llama Karl, y que estuvo en París hace seis años. Y vas a tener que encontrarle con sólo cincuenta dólares y ni un centavo más. Dejas salir a ese hombre de la oficina, sin que abone siquiera un centavo de cobre para cubrir gastos. Ajustas los honorarios por cincuenta dólares, para hacer un trabajo que puede costarnos mil.

—Cálmate, Bertha —le dije—. Ese tipo es escritor. Hace seis años, en París, alguien le dio una idea para el argumento de una novela. Gana poco dinero. Aquel hombre le contó una historia verídica, y él la va a convertir en novela. Por eso quiere encontrarle, y es muy natural que emplee una agencia de detectives para que lo haga. Es una simple cuestión de rutina.

Berta movió la cabeza, una vez que el significado de cuanto dije penetró en su cerebro.

—¡Que me zurzan si lo había entendido! —exclamó.

—Exactamente —le dije.

—Nunca pensé que fuera así —murmuró Berta.

—Pues empieza ahora —le respondí.

—Bien, ¿qué diablos es lo que realmente quiere? —me preguntó.

—Tal vez podamos averiguarlo para mañana por la tarde. Podría suceder que estuviera escribiendo un artículo sobre las agencias de detectives, y de cómo éstas tratan de embaucar a sus clientes cobrándoles sumas exorbitantes por realizar sencillos trabajos. Tú sabes el método que emplean algunos periódicos. Mandan a una persona con una radio en perfectas condiciones, a distintos talleres de reparación, para ver cuántos de ellos tratan de engañarla, diciéndole que el aparato necesita lámparas nuevas, arreglos complicados y cosas por el estilo.

—¡Que me maten si lo entiendo! —comentó Berta.

Yo hice mutis por el foro.

capítulo dos

LAS oficinas del periódico se abrían a las ocho y media. Yo llegué cinco minutos después de esa hora. Dije que deseaba revisar los archivos de hacía seis años.

Nadie me preguntó quién era. Me dieron los periódicos muy bien encuadernados.

Considerando que una luna de miel, en París, en el mes de julio, seis años atrás, significaba probablemente una boda en junio, me concentré en las ediciones del mes en cuestión, y a las ocho y cuarenta y siete minutos, tenía ante mí una foto de Karl Carver Endicott, flanqueada por la de Elizabeth Flanders. La novia había trabajado como secretaria en un bufete de la localidad. Karl Carver Endicott era el personaje de la población. Dueño de naranjales y pozos de petróleo. «Joven y popular hombre de negocios…, extenso imperio petrolero».

Tomé mis notas, y le devolví los periódicos a la chica del escritorio. La muchacha me dio las gracias y sonrió. Con la punta del pie oprimió un timbre escondido. Pude ver como hacía fuerza con el cuerpo. Quería estar completamente segura de que sonaba la alarma.

Oí el timbre en la oficina interior. Se abrió una puerta y entró un joven de pelo largo y mirada penetrante. Pretendió buscar alguna cosa, y luego hizo como que me veía.

—¡Hola! —dijo—, ¿puedo servirle en algo?

—Gracias, ya terminé.

—¿No puedo ayudarle en nada?

—En nada.

A mí no me importaba aquello. Descubría que estaban alerta. Un tipo llega de la ciudad y quiere revisar los archivos del periódico de seis años atrás. Puede que no signifique nada. Pero pudiera resultar

una historia interesante. Y si lo era la querían, como es natural. No iban a permitir que se apoderara de ella un competidor. Y si no era nada importante, ¿para qué perder tiempo?

Decidí que creyeran que no era nada importante.

La chica del mostrador dijo:

—El señor consultaba algunos números antiguos de nuestro archivo.

El periodista comentó:

—¿Ah, sí? —y me miró interrogador.

Yo me reí.

—Estoy haciendo un pequeño trabajo de investigación sobre el aumento de la propiedad. Hace seis años se anunciaban en venta unos terrenos muy atractivos, y quería averiguar en cuánto se vendieron.

—¿Y lo logró? —quiso saber.

Moví la cabeza.

—Sólo comprobé que, en efecto, la finca estaba en venta, y ahora tengo que buscar al corredor que intervino en el asunto, para tratar de averiguar el precio. Puede que no sea nada fácil.

—Puede que no —convino el joven—. Aunque ayudaría algo saber si se trataba de terrenos para negocios o para un rancho.

—Eso ayudaría, ¿no es verdad? —le dije.

Se sonrió.

Podría haberme ido en aquel instante y nada hubiera sucedido; pero todo me había salido tan fácilmente, que me sentí excesivamente seguro, quise ver si lo solucionaba todo de una vez.

—A propósito —dije—, aquí hay un individuo que se llama Endicott, y que según tengo entendido tiene en venta unos cuantos acres de tierra.

—¿Endicott? —repitió el joven.

—Karl Carver Endicott —le amplié.

El periodista trató de disimular la expresión de sorpresa y turbación que reflejaba su rostro; pero no tuvo ningún éxito. La chica del mostrador dejó caer un fechador que tenía en la mano, y no se agachó a recogerlo.

El periodista trago saliva un par de veces, y me dijo:

—¿Conocía usted a Endicott?

—Desde luego que no —le respondí—. Me interesan los terrenos,

no la gente.
—Sí, ya veo.
—A lo mejor estoy buscando un arrendamiento —le dije.
—A lo mejor —me contestó.
Como ya había llegado demasiado lejos, decidí seguir adelante.
—Está bien —dije—. ¿Qué es lo que ocurre con Endicott?
—Eso depende de cómo lo quiera usted ver.
—Vive todavía, ¿no es cierto?
—A corta distancia de la ciudad. —Sus ojos azules me observaban al igual que el gato al ratón.
—Hay una posibilidad de que después de todo, conozca a ese tipo —dije—. Hace varios años conocí a un Endicott que era de esta región, y que se encontraba en el extranjero, pasando su luna de miel.
—Ya veo —dijo el periodista.
—Óigame —le dije—, ¿qué le ha sucedido a Karl Endicott? ¿Tiene la peste o algo por el estilo?
—Karl Endicott —me respondió— fue asesinado poco tiempo después de regresar de su viaje de bodas. Por si está usted interesado, le diré que ofrecen una recompensa de 25 000 dólares por cualquier información que conduzca al arresto y condena de la persona o personas responsables de su muerte. —Luego, añadió—: Y si por casualidad ha encontrado usted una nueva pista, nos encantaría obtener la exclusiva del reportaje.
—¿Asesinado?
—Asesinado.
—¿Quién ofrece la recompensa?
—La Junta de Directores de su compañía, «Empresas Endicott».
—Bueno —le dije—, he tenido mucho gusto en conocerle.
—Usted no me conoce todavía.
Me sonreí.
—No, no sé su nombre, pero sí sé quién es usted —y agregué—. Me parece que los asesinatos no tienen nada que ver con la investigación de los precios de las propiedades.
Salí a la calle.
Había ido a Citrus Grove en el cacharro de la agencia, con tan mala suerte que lo estacioné casi frente a la puerta. No me atreví a subir al coche y me fui caminando hasta una oficina de bienes

raíces. Entré y conversé con el corredor, de todo en general, de esto, de lo otro, de lo de más allá. Después salí a desayunar. Caminé hasta la biblioteca pública, y me encontré con que no la abrían hasta las diez. Entré en otra oficina de bienes raíces; después, me dirigí a una cabina telefónica y eché un vistazo a la guía de teléfonos.

El periodista continuaba siguiéndome.

Vi a un guardia que revisaba los «parquímetros», para comprobar si los vehículos estacionados frente a ellos no se habían pasado del tiempo señalado. Lo único que me faltaba era que me pusieran una multa; de modo que me metí en un restaurante, tomé una taza de café, y me encaminé, hasta el fondo donde se hallaba un letrero que decía: «Cuartos de descanso»; cerré y entré en la cocina.

El cocinero, que en ese momento sacaba unos huevos fritos de una plancha caliente, me hizo una seña con el pulgar, diciendo:

—Por allá, amigo.

Le sonreí, atravesé la cocina y salí a un callejón.

Rápidamente alcance la esquina, rodeé la manzana y, atravesando la calle me dirigí al coche tan de prisa como pude pero sin llegar a correr.

El Guardia estaba en esos instantes poniéndole el aviso de multa al coche, y el periodista se hallaba junto a él con su libreta de notas. Me acerqué y dije:

—Lo siento, guardia, ahora mismo venía a coger el coche.

—Llega un poco tarde.

—Creí que el tiempo no empezaba a contarse hasta nueve de la mañana.

El guardia me señaló un letrero en forma de diamante, fijado en la esquina.

—Estacionamiento una hora, de las 8,30 a las 18,00 —dijo—. Excepto los domingos y días festivos.

Le dediqué mi mejor sonrisa, y dije:

—Debería hacerse alguna concesión a los forasteros.

—¿Es suyo este coche?

—Lo conduzco yo.

—Enséñeme su carnet de conducir —exclamó.

Se lo enseñé.

—Está bien —dijo—, lo dejaremos pasar por esta vez.

El periodista insinuó una sonrisa felina.

Monté en el coche, y me alejé rápidamente, dejando en mi estela un jugoso reportaje. Hasta podía imaginarme los titulares del artículo:

«
UN
DETECTIVE DE
LOS
ANGELES
INVESTIGA ASESINATO LOCAL».

Y podrían continuar diciendo: «Donald Lam, hijo, socio de la firma Cool y Lam, Investigadores Privados de Los Ángeles, estuvo esta mañana en la ciudad, consultando números atrasados del periódico, donde se habla del asesinato de Karl Carver Endicott.

»Lam rehusó ser entrevistado, rehusó dar su nombre a un periodista, y se veía que estaba más interesado en obtener informes que en darlos. De todos modos, el hecho de que la agencia de detectives Cool y Lam esté investigando… etc.».

Está bien. ¿Y qué? Maldita sea; si nuestro cliente hubiera puesto las cartas sobre la mesa, yo no habría metido la pata.

Pero lo único cierto es que yo me encontraba de un humor endemoniado.

Recordé que Bertha me había descrito como a un tipo inteligente, y pensé en cómo me miraría nuestro falso cliente, con su cara de poeta, los ojos soñadores y sus dedos largos y sensibles, cuando alguien le mandara un recorte del periódico de Citrus Grove.

¡Al diablo con él! Lo tendría todo listo antes de que saliera el periódico. Ansel había pedido una información. Yo se la daría.

Volví a la ciudad, y telefoneé a Elsie Brand, mi secretaria particular.

—Hola, Elsie. ¿Está Bertha?

—Sí.

—¿Inquieta?

—Algo.

—¿Belicosa?

—No.

—¿Has visto a un cliente que nos visitó ayer, un tipo llamado Ansel?

—No.

—Estuvo ayer por la tarde, alrededor de las tres. Hoy volverá a la misma hora. Ahora, atiéndeme bien: a las tres menos cuarto en punto estaré en el bar de enfrente. El encargado me conoce. Telefonéame allí en cuanto llegue ese hombre. No le digas a Bertha que has hablado conmigo ni que sabes nada de mí. ¿Entendido?

—Entendido.

Colgué el auricular y me fui a la biblioteca pública.

Hay un índice general, que se publica periódicamente, y que cita los nombres de todos los autores que han colaborado cada año en cualquiera de las publicaciones más importantes de los Estados Unidos.

Treinta minutos después, ya sabía que jamás había aparecido escrito alguno de nuestro cliente John Dittmar Ansel, en ninguna de las principales revistas de los Estados Unidos, ni bajo el nombre de John Ansel, ni bajo el de John Dittmar. También averigüé que nunca había publicado libros de ninguna clase, ni novelas, ni de sucesos reales.

Yo tenía un amigo en los archivos de uno de los periódicos de Los Ángeles. Fui allí, y pude examinar el dossier que contenía los recortes de lo publicado sobre el asesinato de Karl Carver Endicott. Los periódicos de Los Ángeles le dieron bastante publicidad, y explicaron todos los detalles relacionados con el caso, que no eran muchos por cierto.

Llegué al bar a tiempo de presenciar —por la televisión— unos cuantos «*matchs*» de un partido de béisbol, antes de recibir la llamada de Elsie, diciéndome que Ansel se hallaba ya en la oficina y que Bertha se estaba arrancando el cabello, tratando de localizarme. Esperé hasta que terminó su parte el bateador de turno.

capítulo tres

AL entrar en la oficina, la telefonista me dijo:

—Bertha está, desesperada tratando de encontrarle.

Miré el reloj, alcé las cejas y dije:

—Ya voy.

Atravesé el salón de espera, y abrí la puerta de la oficina particular de Bertha, sin que la telefonista tuviera tiempo de avisarla por teléfono.

Ansel estaba muy tieso, sentado en la silla, y con sus largas piernas cruzadas. Su rostro mostraba un gesto de martirio y reproche.

Bertha Cool me lanzó una mirada. El color de su piel era unos dos tonos más oscuros que de costumbre.

—¿Dónde diablos has estado? —me preguntó.

Le indiqué a Ansel con la cabeza, y contesté:

—Trabajando en el asunto de nuestro cliente. ¿Por qué?

—Porque me fue imposible localizarte.

—Estuve fuera.

—Así parece. Se supone que tenías que traerle un informe a Mr. Ansel.

—Ya lo tengo.

Ansel arqueó sus negras cejas.

—¿De verdad? —dijo suavemente.

Me acerqué a estrecharle la mano, y apoyándome en un extremo del escritorio de Bertha, dije:

—Conseguí todo lo que usted quería.

—¡Eso es estupendo! —exclamó Ansel—. ¿Quiere decir que ha podido localizarle?

—Sé su nombre —le contesté—. El hombre que usted busca es Karl Carver Endicott. Vive en Citrus Grove. Se casó con Elizabeth

Flanders hace seis años.

Y ahí mismo dejé de hablar.

Ansel se inclinó hacia adelante en el borde de la silla, esperando que yo continuase.

Encendí un cigarrillo.

Los segundos transcurrían, y el silencio se hacía insoportable. Bertha comenzó a decir algo, pero se dio cuenta de que mi silencio era intencionado y decidió callar. Ansel cambió de posición; me miró, miró a la alfombra y después otra vez a mí.

Yo seguí fumando.

—¿Y bien? —preguntó Ansel finalmente.

—Y bien, ¿qué? —contesté, aparentando sorpresa—. Ésa es la información que usted deseaba. El nombre del individuo es Karl Carver Endicott. La dirección de su residencia era efectivamente Citrus Grove; pero no en la misma ciudad, sino en las afueras, en un rancho sembrado de naranjos llamado Whippoorwill.

—Whippoorwill —repitió en voz baja.

Sonreí.

—Así es, en efecto. Whippoorwill.

Yo continué fumando, y Ansel permaneció sentado, pero moviéndose inquieto.

—Bien —le dije a Bertha—. Ahora me marcho. Estoy trabajando en el caso Russet, y…

—Pero ¿y lo mío? —preguntó Ansel.

Me volví sorprendido, y le miré.

—¿Lo suyo?

—Mi asunto.

—Se terminó. Ya está resuelto. Usted quería averiguar el apellido de su amigo Karl, a quien conoció en París, y también quién era el sujeto en cuestión. Ya le conseguí el apellido.

—Muy bien, ¿y dónde se encuentra Karl ahora? —me preguntó.

—¡Por Dios! —dije—. Eso no fue lo que usted quiso que le descubriésemos. ¡Yo qué sé dónde está ahora!

Se humedeció los labios con la punta de la lengua.

—Me gustaría mucho saberlo.

—Puede que eso resulte difícil —le respondí.

—¡Por todos los santos! ¿Por qué? —exclamó Bertha—. Un hombre como ése no tiene por qué marcharse sin dejar su dirección.

—Depende de donde haya ido —le dije de un modo muy ostensible.

Bertha captó el significado de mi mirada, y guardó silencio.

—Pues claro que me gustaría saberlo —dijo Ansel—. Yo creía… ¡En fin, que no se me había ocurrido que usted averiguara el apellido solamente!

—Eso fue todo lo que usted pidió.

—Quizá no me expresé con suficiente claridad —añadió Ansel.

—Tal vez no.

—Bueno —interrumpió Bertha, con impaciencia—. ¿Para qué diablos está usted perdiendo su tiempo con detectives privados, si ya consiguió el nombre y la dirección de ese individuo? Váyase a una cabina telefónica, llámelo. Escríbale una carta o una postal. Póngale un telegrama.

—Eso mismo, Ansel —le dije—. Usted quería ponerse en contacto con el amigo Karl, al que conoció en París. El que tenía una idea para una novela, ¿recuerda?

Ansel se pasó la mano por el pelo y dijo:

—Seguramente descubrió usted algo acerca de Karl mientras averiguaba su nombre.

—Por supuesto —respondí—, pero fue por casualidad y completamente aparte de su encargo. Lo único que nosotros teníamos que averiguar era el apellido de esa persona. Usted quería saberlo, y nosotros se lo conseguimos.

—Y vuelvo a repetir —dijo Ansel—, que quizá no me expresé bien.

—Indudablemente —le contesté—; porque si lo que a usted le interesa es el asesinato, se expresó francamente mal.

—No me interesa el asesinato —dijo Ansel—. Yo quería solamente… —De repente su voz se quebró, quedando silencioso.

Le miré sonriendo.

—¿Y cómo sabía que se había cometido un asesinato, Ansel?

Trató de contestarme, pero no pudo. Hizo ademán de hablar, pero desistió de hacerlo.

Oí el crujido que hizo la silla de Bertha Cool, cuando ésta, súbitamente interesada al olfatear una presunta ganancia monetaria, se echó hacia delante igual que un perro de caza que olfatea su presa.

—Si está usted interesado en conocer detalles del asesinato, Ansel —le dije—, ha cometido varias equivocaciones muy importantes. Una de ellas fue no decirme que al principal sospechoso se le describió como a un individuo alto, más bien delgado, de cabello oscuro, ojos negros y largos dedos de artista. Hay un chófer de taxi que parece ser que puede identificarle. —Continué—: Y también cometió el error de no advertirme sobre lo que tendría que afrontar, para haber podido actuar con cautela. Como no fue así no tomé las precauciones debidas, y a estas horas las autoridades saben que la firma de «Cool y Lam» está interesada en el caso de Karl Endicott. Como quiera que la policía tiene inteligencias desagradables y escépticas, no creerán de manera alguna que mi único interés en el caso era el de localizar al «buenazo de Karl», que le dio una idea para una novela, cuando ambos se encontraban en París. Pensarán, más bien, que estábamos interesados en alguna nueva faceta del asesinato; y, dentro de muy poco tiempo va a querer saber el porqué de nuestro interés.

Proseguí en el mismo tono:

—Su tercer error consistió en no darnos una dirección donde pudiéramos avisarle, y, así, cuando vi el cariz que tomaba el asunto, hubiera podido prevenirle y advertirle que no viniera a la oficina. No obstante, ya que se han cometido todas esas equivocaciones, tendrá usted que sufrir las consecuencias. La próxima vez que utilice los servicios de una agencia de detectives, dígales claramente lo que quiere. Mientras tanto, páguenos cincuenta dólares.

—¡Pero…! ¡Pero…! —exclamó Ansel, escupiendo como un motor de motocicleta frío—, está usted sacando sus propias conclusiones.

—Los detectives suelen hacerlo —le dije.

Se revolvió inquieto en la silla.

—Lo siento mucho —añadió al cabo de un instante.

—Está bien —concluí—, nosotros cumplimos el trabajo que nos encomendó. Le conseguimos los informes que usted dijo que quería. No somos adivinos. Dele a mi socio los cincuenta dólares que nos debe.

Me encaminé a la puerta.

—¡Oye, espera un momento! —exclamó Bertha—. ¿Adónde vas?

—Afuera —le contesté.

Ansel permaneció allí sentado, y no parecía estar muy satisfecho.

Salí de la oficina, y una vez en la calle me dirigí al lugar donde había aparcado el cacharro de la agencia; subí a él, puse el motor en marcha y esperé.

Pasaron casi quince minutos antes de que apareciera Ansel.

Miró recelosamente a su alrededor un par de veces, pero pareció sentirse seguro cuando notó que nadie se fijaba en él.

Tenía aparcado su coche en el mismo lugar donde estaban los nuestros. Al salir Ansel, pude echarle un buen vistazo. Era un «Chevrolet» en buenas condiciones, modelo indefinido, tendría unos cuatro años, y el número de la matrícula era AWY 421.

Fui siguiéndole durante un rato y él no lo hizo del todo mal. Al llegar a un lugar donde no había mucho tráfico, empezó a doblar hacia la derecha por una calle y a la izquierda por la siguiente, trazando —en su recorrido de cuatro manzanas— una especie de número ocho. Sin duda, iría también observando por el espejo retrovisor, por si algún curioso se interesaba en sus maniobras.

Dejé de seguirle, recorrí medio kilómetro por la avenida principal, estacioné el coche en una calle lateral y esperé.

Ansel seguramente realizó una serie de maniobras complicadas para tratar de esquivarme, porque pasaron unos veinte minutos antes de que yo viera aparecer su coche por la avenida.

Como para entonces ya se había convencido de que nadie le seguía, me fue muy fácil situarme a sus espaldas.

Le seguí hasta un «bungalow», en Betward Drive.

Estacionó el coche, y yo paré mi cacharro en la mitad de la calle. Le vi bajar y entrar en el «bungalow».

Como pasaron treinta minutos y no salía, regresé a la oficina.

Las chicas se habían marchado a casa. Bertha estaba sola, sentada y esperándome.

—¿Dónde diablos te has metido?

—Por ahí.

—¿A quién se le ocurre levantarse, y dejar a un cliente en medio de una conferencia?

—Nosotros cumplimos y resolvimos el trabajo que nos encomendó.

—¿Y qué? —dijo Berta—. Si fueras la mitad de lo inteligente que

aparentas ser, te darías cuenta de que haber terminado un trabajo no quiere decir que Ansel no nos dé otro.

—Estaba seguro que nos iba a ofrecer otro —dije yo.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Bertha.

—Quiere que averigüemos si es prudente que regrese.

—¿Qué quiere decir si es prudente que regrese?

Le expliqué:

—La noche del crimen, un taxista llamado Nickerson llevó a un pasajero a casa de Endicott. Nickerson le describió como un hombre alto, delgado, de ojos negros, de cerca de treinta años y que llevaba un portafolio. Poco antes de llegar a casa de Endicott, abrió el portafolio, sacó un revólver y se lo metió en el bolsillo. El chófer del taxi pensó que era un atraco, y le observaba por el espejo retrovisor, pero no fue atraco. El pasajero continuó hasta el rancho de Endicott, y allí pagó el taxi, le dio al chófer un dólar de propina, y se dirigió hacia la puerta principal. El taxista siguió en lo suyo, pero al día siguiente dio parte a la policía.

—¿Nickerson, eh? —preguntó Bertha.

Incliné la cabeza.

—¿Es el único testigo?

—Es el único que ha mencionado la policía. Había un banquero en la sala, un sujeto llamado Hale. Tenía una cita de negocios con Endicott.

—¿Qué pasó? —preguntó Bertha.

—Todos los criados habían salido aquella noche. Endicott tuvo un serio disgusto con su esposa, poco antes, y ésta hizo una maleta y se marchó en su coche. Afortunadamente para ella, paró en un poste de gasolina en Citrus Grove, donde tenía cuenta. Mandó que le llenaran el tanque y que le revisaran el aceite. El empleado recuerda la hora, porque iba a cerrar cuando ella llegó.

Proseguí:

—Hale dijo que sonó el timbre de la puerta. Endicott se excusó y fue a abrir. Hale oyó que un hombre sostenía una breve conversación con Endicott y luego pasos en el vestíbulo, voces, y al cabo de dos o tres minutos, el ruido de un disparo que provenía del piso alto. Hale subió corriendo y tardó unos en encontrar a Endicott, que estaba en una de las alcobas y yacía en el suelo, en un charco de sangre. Estaba muerto. Una bala calibre 38 le había

perforado el cráneo.

Los ojillos avariciosos de Bertha brillaban a causa la intensa concentración.

—¿Qué pasó con el taxista? —preguntó.

—El taxista sabe que su pasajero llegó a la casa uno o dos minutos antes de las nueve, porque terminaba su turno a esa hora. Entregó el coche en el garaje con siete minutos de retraso. El testigo Hale sitúa el disparo a las nueve en punto, y el empleado de la estación de servicio de Citrus Grove dice que Mrs. Endicott salió de allí a las nueve en punto, cuando él estaba a punto de cerrar.

»Mrs. Endicott se dirigió a San Diego. Nadie conocía su paradero. Más adelante le contó a la policía que no supo nada del crimen hasta la mañana siguiente, cuando oyó la noticia por radio. Regresó para asistir al funeral. Endicott no había hecho testamento. Su esposa lo heredó todo. No había más herederos. Pasados unos meses, mistress Endicott se fue a vivir definitivamente a Whippoorwill, a la casona de los Endicott. Sale muy raras veces y dicen que lleva vida de reclusa.

Hice una pausa, y añadí:

—Hale le ha contado a algunos amigos íntimos que poco antes del crimen, Endicott le confió que su esposa le había dejado para siempre, y que Endicott estaba muy abrumado y extraordinariamente nervioso. La policía tiene la idea de que Endicott estaba sufriendo chantaje por parte de alguien, y que la persona que le asesinó puede haber sido el chantajista.

—¿En qué se fundan? —preguntó Bertha.

—En que Endicott había retirado veinte mil dólares del Banco aquella mañana. Era la tercera vez que retiraba gruesas sumas en un período de tres meses. Las otras veces había sacado diez mil. Le dijo a Hale que esperaba a un visitante, que sólo estaría breves momentos.

—¡Pues vaya negocio! —dijo Berta Cool—. ¡Diez mil pavos al mes! ¡Menudo chantaje!

—¡Menudo chantaje, sí! —respondí.

Bertha se sumió en sus pensamientos.

—¿Dejaste que Ansel te engatusara o estamos libres? —le pregunté.

—¿Qué diablos quieres decir con eso de que «te engatusara»? —

preguntó Bertha a su vez.

—Pues verás —le dije—, Ansel se ajusta perfectamente a la descripción del tipo que dio el taxista, el que llegó a casa de Endicott unos minutos antes del disparo. La policía cree que se trataba del chantajista y que Endicott le presentó un ultimátum, y le dijo que no pagaba un centavo más.

—¿Y qué más? —indagó Bertha.

—¿Qué harías tú si fueras un chantajista, Bertha? —le pregunté—. Supón que tuvieras a un idiota que te pagara diez mil dólares al mes. ¿Le matarías?

—¡Quita de ahí, hombre! —exclamó Bertha—. Le sacaría un seguro de vida, y alquilaría un guardaespaldas para vigilarle, y cuidar que no lo atropellaran al atravesar las calles.

—Exactamente —comenté.

Bertha siguió pensando.

—Entonces, a no ser por ese taxista, no tendrían caso.

—Probablemente —le dije—. Sin embargo, con la policía uno nunca puede estar seguro. Son endiabladamente listos.

—Es indudable que lo son —aseguró Bertha—. ¿Conoces el nombre de pila del taxista?

—Es un nombre poco corriente.

—¿Cuál?

Saqué un cuaderno de notas y leí.

—Drude. D-r-u-d-e. Drude Nickerson.

Una sonrisa afloró a los labios de Bertha.

—Donald —dijo—, algún día tendrás que admitir que aunque tienes talento para resolver un problema, Bertha lo tiene cuando se trata de ganar dinero.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

Bertha abrió el cajón de su escritorio, y sacó cinco billetes nuevos, sin desdoblar, de cien dólares cada uno.

—¿Qué es eso? —pregunté yo.

—Un anticipo —contestó ella.

—¿Para qué?

—Por un informe que ya tenemos.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo conseguiste los detalles e informes del crimen?

—Porque cuando me di cuenta que nos habíamos metido en un

asunto que probablemente no nos convenía, le pasé revista a los periódicos para averiguar de qué se trataba y estar preparados.

—Bueno, pues ya tienes el informe —dijo Bertha—. Ahora échale un vistazo a esto.

Me tendió un recorte de periódico procedente de la sección necrológica de un diario.

Lo leí.

«Nickerson, Drude, esposo amantísimo de María Nickerson. Muerto en accidente de automóvil cerca de Susanville, California. Funeral privado, Funeraria Susanville. No envíen flores».

—¡Qué interesante! —dije—. Pero ¿qué tiene eso que ver con el anticipo de quinientos dólares?

—Hemos de averiguar si ese tipo que ha muerto es el mismo Nickerson que condujo el taxi a casa de Endicott. Cobraremos quinientos dólares más al terminar la investigación, y además una cantidad razonable para gastos. ¡Adelante, Donald!

—No debiste aceptarlos, Bertha.

—¿Qué demonios quieres decir con que no debí aceptarlos? —gritó Bertha—. Son quinientos dólares perfectamente legales. Podemos utilizarlos para pagar nuestros impuestos. No me digas que no los necesitamos.

—Es un asunto peligroso.

—Estoy de acuerdo —contestó Bertha—, es un asunto peligroso. ¿Y qué? Todo lo que ese tipo quiere es que contestemos una sencilla pregunta: si Drude Nickerson es el taxista.

Miré el reloj.

—Bueno —exclamé—, hay que confiar en que todavía tendremos tiempo.

—¿Tiempo qué? —gritó Bertha.

—Para investigar el asesinato de William Taylor —le contesté—. Seguramente te acuerdas del caso. Ocurrió en 1921. Es uno de los crímenes sin resolver más famosos de Hollywood.

Por primera vez saqué a Bertha de quicio.

—Uno de los dos está completamente loco —gritó.

Abrí la puerta.

—¡Vuelve aquí! —gritaba Bertha a voz en cuello—. Regresa, enano ridículo, y…

La puerta de la oficina se cerró y ahogó el sonido.

Me dirigí rápidamente a la biblioteca pública, y comencé a buscar en los archivos el asesinato de William Desmond Taylor.

capítulo cuatro

LA muerte de William Desmond Taylor se convirtió en un tema clásico en Hollywood.

Taylor había sido un famoso director, en la época del cine mudo.

Cuando en las primeras horas de la mañana de 1921, el mayordomo, y brazo derecho de William Desmond Taylor, abrió la puerta del anexo donde vivía éste, en el patio de los «bungalows», y lo encontró tumbado en el suelo, muerto, comenzó una serie de acontecimientos en cadena que tuvo repercusiones inesperadas.

Se descubrió que William Desmond Taylor no era William Desmond Taylor, sino un tal William Deane Tanner, desaparecido de Nueva York misteriosamente unos años atrás. Los datos biográficos del famoso director de películas eran tan falsos como los argumentos que él había concebido en los días de la pantalla silenciosa.

Unas historias que circularon por Hollywood, y que acabaron por publicarse en los periódicos, hablaban de una camisa de dormir de seda, perteneciente a una mujer misteriosa, y que el mayordomo había encontrado muy bien doblada en el cajón de un armario de la planta alta. El mayordomo la había vuelto a plegar con mucho cuidado y de determinada manera, notando que, a intervalos regulares, la vaporosa prenda había vuelto a ser doblada de diferente manera.

Los nombres de actrices de la pantalla —nombres famosos por aquellos días— se mezclaban y entremezclaban en el caso, con declaraciones portentosas, explicaciones, comentarios y rumores, completamente en consonancia con los gestos exagerados de las películas mudas.

Como se recordará, en aquellos tiempos del cine, un actor que salía en persecución de alguien que le llevaba sólo cuatro pasos de

ventaja, corría hasta un ángulo de la pantalla, se paraba en seco mirando invariablemente hacia donde no debía y se ponía la mano de visera sobre los ojos para dar a entender que estaba mirando; luego se volvía en la otra dirección, repitiendo la maniobra con la mano sobre los ojos, y señalaba con un dedo para indicar, sin el menor error posible, que el perseguido seguía tal dirección. Entonces, y sin la menor transición, salía corriendo, reanudando la persecución hasta llegar al otro extremo, donde volvía a repetirse toda la pantomima.

La investigación del asesinato de William Desmond Taylor, siguió una técnica similar.

Tomé un sin fin de notas.

Cuando la biblioteca cerró, terminé, por aquella noche, con dos cuadernos de taquigrafía llenos de apuntes.

El miércoles por la mañana regresé a los archivos del periódico.

Al volver a la oficina, Berta Cool salía en aquel momento a comer.

—¿Has estado en Susanville? —me preguntó.

—Voy ahora.

—¿Qué vas ahora? —exclamó—. ¡Santo Dios! Se supone que hace tiempo que debías haberte marchado. Nuestro cliente llamó por teléfono, y le dije que ya estabas allí.

—Estupendo —contesté.

—¿Qué diablos has estado haciendo? —chilló Bertha.

—Haciéndome un seguro —le contesté.

—¿Un seguro?

Asentí con la cabeza.

—¿Para qué?

—Para no perder nuestra licencia —le dije.

—¿Cuándo vas a irte? —preguntó Bertha, demasiado exasperada para interesarse por nada más.

—Ahora —le contesté—. Tomaré el avión hasta Reno, y allí alquilaré un coche para ir a Susanville.

Lanzándome una mirada furibunda, Bertha preguntó:

—¿Cuándo llegarás a Susanville?

—Todo depende —le respondí.

Bertha agregó:

—Nuestro cliente está hecho un manojo de nervios. Ha

telefoneado dos veces. Quería saber si ya te habías marchado y yo le dije que sí.

—Magnífico. Mientras crea que estamos ocupándonos de su asunto, estará satisfecho.

El rostro de Bertha se ensombreció.

—¿Para qué demonios necesitas sacar un seguro, si estamos trabajando en un caso ya muerto y enterrado?

—Precisamente porque se trata de un caso muerto y enterrado.

—¿Qué quieres decir?

Le expliqué:

—A la policía le gustaría resolver el caso Endicott. Tienen un testigo, un taxista llamado Drude Nickerson: todo el asunto depende de él. De repente, la columna necrológica del diario, informa de la muerte de Drude Nickerson, en Susanville. Un funeral privado. Sin flores. Uno supondría, naturalmente, que iban a enviar el cadáver a Citrus Grove, y que el funeral se efectuaría allí.

Bertha parpadeó varias veces tratando de digerir lo que le contaba.

—Hasta la vista —le dije, dirigiéndome hacia la puerta.

—¡Qué me zurzan si lo entiendo! —murmuró Bertha, al tiempo que yo abría la puerta.

capítulo cinco

YA había avanzado la tarde cuando llegué a Susanville. Me hospedé en un «motel», registrándome bajo mi nombre verdadero y dando la dirección de la agencia.

Seguidamente, me dirigí a la Funeraria de Susanville.

—¿Está aquí el cadáver de Nickerson? —pregunté.

El empleado del escritorio me miró de arriba a abajo, y luego representó la comedia de mirar unos registros y un tarjetero.

—Efectivamente, está aquí.

—¿Puede decirme su primer nombre?

—Drude —dijo—. D-r-u-d-e.

—¿Conoce usted los antecedentes del individuo, o algún otro detalle?

—Fue un caso de juzgado —contestó—. Lesiones producidas en la carretera.

—¿Cuándo es el funeral? —pregunté.

—Es privado.

—Ya lo sé; pero ¿cuándo es?

—Todavía no se ha decidido.

—¿Podría ver el cadáver?

—El ataúd está sellado. ¿Quién es usted?

—Mi nombre —respondí—, es Lam; Donald Lam, de Los Ángeles.

—¿Pariente?

—No, interesado.

—¿Cuál es su interés?

—Una, simple investigación. Nickerson vivía en Citrus Grove. ¿Por qué no celebran el funeral allí?

—No me lo pregunte a mí.

—¿Fue el juez quién se ocupó del asunto?

—El mismo.

—Iré a verle.

—Eso es lo que debe hacer.

—¿Y qué ha pensado hacer con la ropa? —pregunté—. Supongo que llevaba algún documento. ¿Podría echarle una mirada a su carnet de conducción?

—Tendría que pedir permiso.

—¿Cuánto tiempo tardaría?

—No mucho.

El empleado cogió el teléfono, marcó un número, y habló:

—Está aquí un tal Donald Lam, de Los Ángeles, interesado por Drude Nickerson; quiere examinar su permiso de conducción y lo que llevaba en sus ropas, para estar seguro de la identificación; está haciendo una investigación. ¿Qué hago?

Escuchó un momento, y dijo:

—Está, bien.

Colgó el auricular y, dirigiéndose a mí, me informó:

—Viene en seguida un representante del juez. Dice que le enseñará lo que quiere ver, si le puede explicar la causa.

—Se la daré —contesté.

Esperé dos o tres minutos. Traté de entablar conversación con el empleado del escritorio; pero ya no quiso hablar más, y se puso a hacer una gran exhibición, como si estuviera, trabajando con un montón de papeles que tenía sobre la mesa.

La puerta se abrió, y entraron tres hombres. La palabra LEY se leía; sobre su traje.

El empleado del escritorio me señaló con el pulgar.

Los tres individuos se me acercaron.

—Bien —dijo uno de ellos, enseñándome la insignia—. Soy el sheriff de esta localidad. ¿Cuál es su interés en el caso Nickerson?

—Estoy haciendo una investigación.

—¿Por qué?

—Soy detective.

—Eso es lo que usted dice.

—Pues es la verdad.

—Vamos a verlo.

Le enseñé mis credenciales.

El sheriff miró al más alto de los dos, y dijo:

—Muy bien, Lam, ésta es la segunda vez que se inmiscuye usted en este caso. Este señor es el sheriff del condado de Orange.

—¿Cómo está usted? —dije—. Mucho gusto en conocerle.

El sheriff del condado de Orange inclinó brevemente la cabeza, y no hizo el menor gesto de extender la mano.

—¿Qué hacía usted ayer en Citrus Grove, revisando periódicos atrasados y preguntando sobre el caso Endicott?

—Pues estaba enterándome de lo que ocurrió.

—Está, bien —dijo el sheriff local—. Me parece que será, mejor que nos acompañe.

Se colocaron junto a mí, uno a cada lado, y me escoltaron hasta un automóvil que esperaba fuera.

Me llevaron directamente a una casa particular; presumí que era la del sheriff local.

El del condado de Orange, se hizo cargo del asunto. Era un individuo bastante simpático, pero tozudo y, además, estaba furioso.

—No puede usted jugar con la ley de esta manera —dijo—. Usted tiene licencia como miembro de una agencia de detectives. Se trata de asesinato.

—Naturalmente que es asesinato —corroboré.

—Ahora bien, usted fue a las oficinas del periódico de Citrus Grove, y estuvo buscando en los archivos datos e informes sobre el asesinato Endicott, ¿no es verdad?

—No.

—No me mienta, porque tenemos informes de que…

Le interrumpí:

—Si le informaron correctamente, comprobará usted que yo estaba indagando sobre el matrimonio de Endicott.

Los polizontes cambiaron una mirada.

—Telefoneen al periódico —les dije—. Yo pagaré la llamada. Así se convencerán de que no mostré el menor interés por el crimen. Sólo me interesaba el matrimonio.

El sheriff, dejando el asunto de lado, dijo:

—Está bien. No hay necesidad de llamadas telefónicas. Creemos en su palabra. Estaba usted investigando sobre el matrimonio de Endicott. ¿Por qué estaba usted investigando sobre tal boda?

—Porque ya tenía todos los datos referentes al asesinato.

—¿Admite eso?

—Claro que lo admito.

—¿Había estado usted investigando el asesinato?

—Claro que sí.

—Bien, eso está mucho mejor. Pero que mucho mejor. Y ahora, dígame: ¿por qué estaba investigando el asesinato? ¿Por qué le interesa? ¿Qué es lo que usted sabe acerca de este caso?

—Sé todo lo que la policía comunicó a los periódicos acerca de la cuestión —le contesté—. La muerte de este tipo, Nickerson, le da un giro estupendo. Estoy investigando sobre toda una serie de asesinatos sin revólver, de la región Suroeste, y voy a escribir un libro regional, que no sé aún si llamar «Los asesinatos de la California del sur», o cómo.

—No espere que nos traguemos ese asunto —dijo el sheriff.

—¿Por qué no? Se gana bastante con eso. Se le puede vender a alguna de las revistas que se especializan en historias verídicas acerca de crímenes, y también se puede publicar en forma de libro. Por si les interesa, les diré que ayer pasé bastante tiempo, y hoy también, investigando sobre el asesinato de William Desmond Taylor. ¡Ésa sí que es una buena historia!

—¡Oh, sí! Se ha hablado de ello alrededor de diecisiete mil veces —dijo el sheriff del condado de Orange.

—No de la manera en que lo voy a escribir yo.

—¿Y de qué manera lo va a escribir?

—No voy a ir contándolo por ahí, para que venga otro escritor y se me adelante.

—¿Qué otras cosas ha escrito usted?

—Ninguna.

—No me haga reír —dijo el sheriff local.

—Alguna vez se tiene que empezar.

El sheriff del condado de Orange volvió a hacerse cargo.

—Sí, y empieza gastando un montón de dinero en viajes. Usted quiere empezar desde arriba —dijo con sarcasmo.

—Bueno —le contesté—, usted empezó desde arriba.

—¿Qué es lo que quiere decir?

—Usted publicó una estupenda novela sobre el asesinato Endicott en una de las revistas de crímenes verídicos. ¿Había escrito usted anteriormente?

—Yo no escribí aquello —contestó—. Fueron otros. Utilizaron mi nombre.

—Muy bien —le dije—, creo tener talento para escribir, y a causa de mi puesto de detective privado, me parece que puedo averiguar y descubrir cosas de algunos de los crímenes en cuestión que me permitan sacar a la luz detalles verdaderamente interesantes.

Cogí mi portafolios, y extendiéndoselo, les dije:

—Echen una mirada. No tengo el menor reparo en mostrarles las notas que tengo del caso William Desmond Taylor. No les voy a decir cómo pienso escribirlo ni qué forma voy a darle, pero pueden revisar todas las notas.

Miraron y revisaron concienzudamente mis apuntes, todos y cada uno de los cuadernos de notas que encontraron. Se cambiaron miradas. Estaban confundidos y enredados.

—¿Para qué ha venido a Susanville? —me preguntó agente del sheriff.

—Para comprobar lo de Nickerson.

—¿Por qué?

—Porque si Nickerson ha muerto, nunca encontrarán al asesino de Endicott.

—No esté demasiado seguro —dijo el sheriff del condado de Orange.

—Si la conciencia, le molesta mucho —le repliqué—, y confiesa, quizá puedan echarle mano. De otra manera no tienen la menor probabilidad.

—¿Para qué quería ver el cadáver? —inquirió el sheriff de Susanville.

—Quería ver si podría tomar una foto exclusiva del cadáver en el ataúd.

—Pues no puede.

—Está bien. Quiero sacar algunas fotos sobre el accidente, donde recibió las lesiones que le produjeron la muerte. Quiero hacer una pequeña investigación.

El sheriff movió la cabeza negativamente.

—¿Y por qué no?

—Porque no queremos que la haga.

—¿Y por qué no quieren que la haga?

El sheriff del condado de Orange dijo:

—Porque hemos puesto un cebo y no le queremos por aquí, enredándolo todo y estorbando el trabajo que llevamos a cabo.

El agente local agregó rápidamente:

—Todavía estamos trabajando en el caso y no queremos extraños que vengan a molestarnos.

—Pero puedo buscar los informes del accidente, echar un vistazo a los coches destrozados y sacar una foto —dije—. Es una noticia de actualidad.

—No, no lo es. Los periódicos están cooperando y usted va a cooperar también.

Me puse en un plan algo petulante.

—Me he gastado un dinero que me cuesta bastante ganar para venir aquí a sacar algunas fotos.

—¿Dónde está su cámara?

—Voy a alquilar una. En todos mis casos, voy a utilizar cámaras alquiladas hasta que sepa más de fotografía y de cámaras. Entonces podré decidir cuál es la que debo comprar. Pero no quiero emplear una buena suma en una cámara al principio de mi carrera de escritor.

El sheriff de Susanville dijo repentinamente:

—Vamos a cambiar impresiones, muchachos.

Se levantaron y salieron de la habitación.

—Usted quédese aquí, Lam —me ordenó.

Esperé unos cinco minutos, al cabo de los cuales regresaron. El sheriff del condado de Orange me preguntó:

—¿Trabaja usted en Los Ángeles?

—En efecto.

—De la policía de allí, ¿a quién conoce?

—A Frank Sellers, de la Sección de Homicidios.

—Bien, espere un rato mientras le telefonearnos —me informó el agente local.

Pidió la conferencia y colgó. Los tres hombres cambiaron miradas entre sí, mientras esperaban la llamada.

Su actitud era de acusación.

De repente, el timbre del teléfono rompió el silencio con su estridente sonido. El sheriff exclamó:

—Ése ha de ser Frank Sellers —y cogiendo el auricular dijo—:

Hola —y luego, por el súbito cambio de su expresión, me di cuenta de que algo había sucedido.

—¿Qué nombre? —preguntó—. ¿Cómo se deletrea? ¿Cómo dice? A ver, repítalo.

Cogió un lápiz y escribió algo sobre un papel, añadiendo acto seguido:

—Está bien, ¿cuál es su nombre de pila? ¿Es propiedad de ella el coche?… Está bien, ¿cuál es el número de la matrícula? ¿Está eso en California? ¿Puede ir entreteniéndola?… Oh, sólo diez minutos… Bueno, trabajaremos tan de prisa como podamos… Estamos esperando una conferencia de Los Ángeles… De acuerdo, haga todo lo que pueda… Bueno, si no le queda otro remedio. Vuelva a llamar si lo considera necesario.

Colgó el auricular, miró significativamente a los demás, recogió el papel donde había escrito algo, lo dobló, se lo metió en un bolsillo; luego, miró el reloj y comenzó a decir algo; de pronto, el timbre del teléfono volvió a sonar.

Levantó el auricular, y dijo:

—Hola —y por la expresión de su rostro comprendí que Sellers estaba al otro lado de la línea. Se identificó y agregó—: Tenemos aquí a un detective privado nombrado Donald Lam. ¿Le conoce usted?

El auricular emitió unos ruidos extraños.

—Está, inmiscuyéndose en un caso. Dice que su único interés consiste en obtener material para un artículo que piensa escribir. Se trata de un caso en el que no queremos interferencia, de ninguna clase por ahora. ¿Cómo debemos tratarle?

Otra vez el auricular emitió extraños ruidos.

—Deme más detalles —dijo el sheriff.

Sellers debió de estar hablado durante unos tres minutos.

—Conforme —exclamó el sheriff.

Colgó el auricular y se volvió hacia mí. Su voz era más amable.

—Sellers dice que es usted un tipo endemoniadamente listo, y que protege a sus clientes hasta el límite Y que no podemos creer una sola de las palabras que diga.

—¡Qué bien! —respondí tranquilamente.

—Sellers añadió que si usted da su palabra, la cumple.

—Si la doy —le dije.

—Así es, si la da.

Siguieron unos instantes de silencio.

—¿Cómo llegó hasta aquí?

—Alquilé un coche en Reno.

—Muy bien, Lam. Es usted libre de regresar a Los Ángeles.

—Pero no quiero regresar.

—Sellers me dio un recado para usted. Que como favor personal hacía él, regrese en seguida. Dice Sellers que si usted representa a un cliente no se marchará, y si se queda por aquí significará que está trabajando en este caso para un cliente. Y agregó que si es verdad que sólo anda buscando material para un artículo o un libro regresará como un favor personal hacia él.

Me levanté para cambiar de postura y fui a colocar medio sentado sobre la mesa donde estaba el teléfono, haciendo ver que estaba intentando tomar una decisión. Eché la mano derecha tras la espalda, dejando caer el peso del cuerpo sobre ella, y cuando me aseguré de que la mano quedaba oculta para la vista de los policías, empecé a deslizarla cuidadosamente hacia el recipiente de plástico donde se colocaban las hojitas de papel para notas; logré apoderarme de la que se hallaba encima de todas, la misma que había estado debajo de la hojita donde el sheriff escribió.

Doblé el papel por la mitad, lo apreté contra la palma de la mano, y, al enderezarme, metí mi mano derecha en el bolsillo del pantalón y con ella el papel.

Todos observaban mi rostro y ninguno le atribuyó la menor importancia a mis movimientos.

—¿Y bien? —preguntó el sheriff.

—Déjeme pensarlo.

—Ya lo ha pensado.

—Sellers un tipo agradable. Sentiría disgustarle.

—Dice que es usted demasiado listo para ser de confianza.

—Eso es amabilidad por su parte.

—Así lo creo.

—Y tiene juicio —dije.

—Sellers opina así.

—Está bien —le dije al mismo tiempo que cogía mi portafolios —, siento desperdiciar el dinero, pero regresaré…

El sheriff del condado de Orange declaró:

—Esto no acaba de satisfacerme del todo, amigo.

—Ni a mí tampoco —agregó el tercer hombre.

Imprimí un tono de vehemencia a mis palabras.

—¿Quieren que me quede un día más? —pregunté—. Quizá para entonces pueda obtener una verdadera historia.

—No —contestó el sheriff del condado de Orange—; pensándolo bien queremos que se largue de aquí, y cuanto antes; ahora mismo. Tiene una hora para marcharse. Le enseñaremos la carretera que debe tomar en el caso de que para entonces no se haya marchado todavía.

—No hay la menor dificultad en encontrar la carretera que conduce fuera de la ciudad.

—Pudiera haberla para usted.

—No me gustaría nada que me echaran de semejante manera.

—Nos damos cuenta, pero es un favor personal al sargento Sellers, a menos de que se encuentre aquí representando a un cliente.

Me despedí de todos ellos y salí de la casa. Tomé mi coche y saqué del bolsillo la hojita de papel, en la que había ligerísimas marcas. Cogí mi cortaplumas, y con la hoja raspé la punta de un lápiz de mina blanda hasta tener un poco de grafito en polvo. Con la yema de un dedo froté el negro polvillo sobre el papel, y pronto obtuve una impresión legible de lo que el sheriff había escrito; que decía así: «Stella Karis, calle Morehead, 6825, Los Ángeles. Matrícula número JYH 328».

Me fui al hotel. El gerente me comunicó que el sheriff había telefoneado para ordenarle que sacara mis pertenencias de la habitación, y me devolviera el dinero.

Me pareció que era muy considerado por parte del sheriff.

Subí al coche, y anduve hasta el segundo semáforo de la avenida central. Estacioné el coche, y esperé. Ya era oscuro, pero las luces de la calle me permitían leer los números de las matrículas.

Pasó una hora.

Estaba a punto de abandonar la espera y poner en marcha el motor, cuando apareció el coche: un «Ford», matrícula JYH 328.

Lo conducía una joven, y cuando logré acercarme, me di cuenta de que estaba infringiendo todos los límites de velocidad. Durante un rato permanecí siguiéndola.

Súbitamente las luces rojas de los frenos del coche que seguía, se iluminaron. El conductor se echó a un lado de la carretera y paró. Se abrió la puerta correspondiente al volante, y vi un hermoso par de piernas, un trozo de falda y a la chica frente a mí en la carretera.

Patiné, quemando la llanta al parar.

Abrí la puerta y me bajé del coche.

—Y ahora, dígame, ¿qué es lo que cree usted que está haciendo?

—¿Yo? —respondí—. Pues ir a Reno.

—Sí, ya veo que va usted a Reno; pero parece que le da miedo perderse y quiere un coche guía delante de usted, y me ha estado siguiendo los pasados treinta y pico de kilómetros. Ahora bien, suponga que echa a andar en su coche, y sigue adelante sin detenerse hasta llegar a Reno. Sin embargo, si, como sospecho, es usted empleado de la Ley en esta comarca, asegurándose de que estoy abandonando el condado, puede regresar a Susanville y decirles que no quiero ni un pedacito de semejante lugar.

—No tengo la menor relación con las autoridades de Susanville —le dije—. Yo trabajo solo. Y ahora si no le importa que se lo diga, una joven tan guapa como usted podría meterse en un lío serio, al detener su coche para averiguar quién la venía siguiendo los pasados treinta y pico kilómetros.

—¡Es verdad! —me gritó furiosa—. Me importe mucho que lo diga. Muy amable por su parte haberlo pensado. ¡Y ahora márchese, y siga andando! ¿Cuántos son ustedes en el coche?

—Sólo yo.

Se acercó hasta el automóvil para comprobarlo.

—Está, bien, váyase ye.

—A lo mejor tengo alguna información que pudiera interesarle —le dije—. Me llamo Donald Lam.

—Me importa tres pepinos su nombre. En lo que a mí concierne, puede desaparecer usted de la tierra.

Me subí al coche y caminé delante de ella. Continué durante unos ocho kilómetros hasta encontrar un cruce; paré, di marcha atrás hasta situarme en el camino que cruzaba, apagué las luces, paré el motor, y esperé.

Aparecieron a lo lejos dos potentes luces de un coche. Oí el silbido de los neumáticos al deslizarse por la carretera. Un automóvil pasó como un cohete, pero no era el coche que conducía

la muchacha.

Estábamos en un descampado, y los autos que pasaban eran escasos y muy espaciados. Permanecí sentado tras el volante, y seguí esperando.

Otro coche pasó velozmente y tampoco era el de la muchacha.

Cinco minutos más tarde llegó otro auto que iba más despacio. Éste sí era el de la chica.

Le di cinco minutos de ventaja antes de aumentar la velocidad de mi coche. La pasé como un rayo, y al llegar a una pequeña loma de la carretera, reduje la velocidad hasta casi parar. Cuando vi sus luces en mi espejo retrovisor, aceleré y así seguí durante treinta o cuarenta kilómetros antes de que se diera cuenta. Pero entonces, cayó sobre mí, deslumbrándome con sus potentes faros reflejados en mi espejo retrovisor, y materialmente me echó fuera de le carretera. Me paré y ella también.

Bajó del coche, y se acercó a mi ventanilla.

—¿Cómo me dijo que se llamaba?

—Donald Lam.

—¿A qué se dedica, Mr. Lam?

—Soy detective privado.

—¡Qué interesante! ¿Lleva una de sus tarjetas por casualidad?

Le di una tarjeta.

—¿Podría ver su permiso de conducir sólo para comprobar el nombre?

Le enseñé el permiso.

Se guardó la tarjeta en su cartera.

—Muy bien —me dijo—, ahora ya sé quién es usted, y si persiste en molestarme, voy a hacer que le detengan cuando lleguemos a Reno.

—¿Por qué motivo?

—Por molestarme y otras cuantas ofensas variadas.

Sonreí, y le dije:

—Ésta es una carretera pública. No la he molestado en lo más mínimo. Usted va a Reno. Yo voy a Reno.

—¿Quiere decir con eso que no puedo hacer nada?

—Absolutamente nada, a menos de que yo intente flirtear con usted; y eso no lo he hecho. Ni tampoco la he molestado. He seguido al pie de la letra el reglamento de carreteras, en lo que

concierne a la manera de conducir.

Levantó la mano izquierda hasta agarrar con ella el cuello de la blusa y dio un fuerte tirón. La tela cedió, rajándose. Se levantó la falda, y cogiendo la tela con ambas manos tiró con fuerza. Estuvo luchando cosa de un minuto, sin lograr lo que se proponía, hasta que, por fin, la costura cedió y la falda se abrió hasta la cintura.

—¿Ha oído hablar alguna vez sobre el asalto criminal?

Asentí con la cabeza.

—Muy bien, pues eso es lo que usted ha hecho. ¿Tiene idea de cuál es la pena?

Moví la cabeza negando.

—Yo tampoco —dijo—, pero existe una prisión muy bonita, muy hogareña, en la ciudad de Carson y allí es donde va a ir a parar. Usted se lo buscó, Mr. Lam, y ya se lo encontró. Traté de ser amable, pero usted quiso dárselas de listo. Me siguió usted por la carretera. Paré para protestar y usted me cogió y me arrojó al suelo por la cuneta. Luché por desprenderme. Finalmente, aparecieron las luces de otro coche, y yo con todas mis fuerzas pidiendo auxilio. Usted me soltó y yo subí rápidamente a mi coche y pude mantenerme delante de usted hasta llegar a Reno.

—Todavía no está usted en Nevada —le dije—. Aún está en California.

No contestó, sino que se volvió, corrió hasta su coche sentándose ante el volante, cerró la puerta con violencia arrancó a toda velocidad.

Intenté adelantarla, pero no pude. Iba conduciendo como un demonio, y cada vez que trataba de pasarla, se corría hacia el centro de la carretera.

Íbamos a 120 kilómetros por hora, cuando el faro rojo de señales brilló a mis espaldas. El policía me hizo señas de que me echase a un lado de la carretera y parara. No había nada que hacer y obedecí. El policía aparejó su coche con el mío y me ordenó:

—Sígame, pero sin tratar de mantenerse cerca de mí. Yo voy a parar el coche que va delante.

Partió como un rugido. Aceleré al máximo, y veía la luz roja del coche de la muchacha y oía el chillido de la sirena, disminuido por la distancia.

La chica le hizo darse una tremenda carrera. Tuve que

esforzarme para mantenerme cerca. Finalmente, la pudo acorralar y sacarla de la carretera, justamente antes de llegar al límite del Estado, a unos veinticinco kilómetros de Reno.

El policía estaba furioso. Llegué y estacioné mi coche detrás del suyo, me apeé y me acerqué adonde estaba parado.

—Esa joven ha sido asaltada —le dije—. Íbamos corriendo en busca de la autoridad. Si se hubiera parado a escuchar lo que trataba de decirle, podría haber capturado a aquel coche lleno de gamberros que iba hacia Susanville. ¡Pero nada de eso! Estaba usted tan ocupado dando órdenes que no podía escucharme.

Inclinando la cabeza a un lado, me preguntó:

—¿De qué me está usted hablando?

—De un coche lleno de gamberros que desviaron a esta joven fuera de la carretera, y trataron de violarla. Quién sabe lo que hubiera ocurrido si no hubiera aparecido yo. ¡Mírela! ¡Fíjese en su ropa!

El policía exclamó:

—¿Qué clase de cuento es ése? Lo que le pasa a ella es que está borracha. Conducía de un lado a otro de la carretera. Usted trataba de pasarla y ella se le ponía delante. Usted la perseguía, y…

—Lo que ocurre es que está histérica —le interrumpí—. Hecha un manojo de nervios. Estaba tratando de llegar a algún sitio desde donde telefonear a la patrulla de caminos.

—Pues yo llevaba la sirena sonando —me respondió—, y no me hizo el menor caso.

Me acerqué al coche de la chica, y pregunté:

—¿Oyó usted la sirena, señorita?

Se echó a llorar y dijo:

—Creo que la oí, pero estaba demasiado asustada para parar. Creí que eran otra vez esos sinvergüenzas que regresaban.

Le dije al policía, a modo de explicación:

—La hicieron parar de esa manera. Uno de los muchachos imitó el sonido de una sirena. Una imitación bastante buena. La chica arrimó el coche a un lado de la carretera y paró, y entonces la sacaron por la fuerza.

—¿Dónde estaba usted? —me preguntó.

—Debo haber estado a unos ocho kilómetros de distancia —le contesté—. Cuando me pasaron también me hicieron salir de la

carretera.

—¿Qué marca de automóvil era?

—Un «Buick» del año 52, sedán, color negro.

—¿Cuántos eran?

—Cuatro —dije—. Todos muy jóvenes. Uno llevaba un jersey y una chaqueta de cuero color tabaco, otro una chaquetilla de gamuza, el tercero un suéter abotonado y el restante un abrigo deportivo y una camisa sin corbata, con el cuello fuera del abrigo.

—¿Tomó el número de la matrícula?

—Sí —admití tímidamente—, y luego en la confusión se me olvidó. No tuve la oportunidad de anotarlo, porque no quise perder de vista a esta joven, para que no le sucediera algo.

El policía permaneció indeciso por un instante, y luego dijo:

—Parece cierta pandilla que nos ha estado dando que hacer. ¿Es uno de ellos un rubio alto?

—Sí —le contesté—. El que vestía la chaquetilla de gamuza. Parecía un jugador de baloncesto.

—¿De unos diecinueve o veinte años, y de un metro ochenta y cinco más o menos? —quiso saber.

—No estoy muy seguro —le dije—. Se marcharon de allí volando cuando llegué y paré mi coche.

—¿Pensaba enfrentarse usted sólo con esos cuatro rufianes? —me preguntó.

—No sabían que iba yo solo en el coche —le contesté—, y además, tengo una pistola que podía haber usado en caso necesario.

—¿Tiene pistola?

—En efecto.

—Déjeme ver su permiso.

Le mostré mis credenciales.

Meditó por unos instantes, y dirigiéndose a la joven le dijo:

—A ver su permiso de conducción.

La chica se lo dio.

—Stella Karis, ¿eh? Está bien, ¿qué quiere usted hacer? ¿Quiere presentar una denuncia?

—Eso es lo que quería, pero ya no quiero. ¿Para qué dejar que salga mi nombre en los periódicos, después de todo lo que he pasado?

El policía le dijo:

—Con eso no va a ayudar a la próxima chica a quien detengan en la carretera, miss Karis.

Intervine para decir:

—Si le hacen una entrevista, miss Karis, no necesita mencionar que el agente la siguió a usted en vez de seguir a ese coche lleno de delincuentes juveniles.

El policía frunció el ceño.

—¿Dijo usted que era un «Buick» del año 1952?

—Sí.

—¿Un sedán negro?

—Negro, o de un color tan oscuro que lo parecía. Tal como yo lo entiendo, ellos la adelantaron una vez, después aflojaron la marcha y dejaron que ella les pasara. Luego, volvieron a adelantarse observando el coche, y entonces se quedaron muy atrás. Por último, la tercera vez, volvieron, haciendo el ruido de la sirena y cuando miss Karis se detuvo, la sacaron a rastras del coche, y…

—Está, bien, está bien —dijo el policía—; pero debiera haberse acordado usted del número de la matrícula.

—Si usted me hubiera hecho caso cuando le gritaba —le contesté—, todavía habría tenido tiempo de alcanzarlo.

—Quizá —murmuró él—; pero ésa no es excusa para que miss Karis condujera de esa manera.

—Es que sufre un trastorno emocional.

—Bueno, bueno —dijo—. Me iré al puesto más cercano para avisar por teléfono para que bloqueen la carretera. Es probable que esos gamberros hayan desviado por otro camino, pero queda una posibilidad de atraparlos. Ya hemos tenido problemas con esa pandilla. ¿Podría usted identificar el coche, Lam?

—No le vi ningún distintivo especial, pero sé que iban cuatro de esos jóvenes gamberros y que era un sedán negro, un «Buick» del año 1952. Eso es lo más que puedo decirle; aparte de que podría identificar a ese muchacho rubio, o por lo menos creo que podría. Y quizá también al tipo rechoncho de pelo negro. A los demás no los pude ver tan bien.

—Está, bien, me iré a telefonear.

El policía regresó hasta su coche, se montó en él, y pasó por nuestro lado como un rayo.

Permanecí junto a la ventanilla del coche de Stella Karis. De

repente, se echó a reír, y dijo:

—Donald, ¿creyó usted seriamente que le iba a denunciar?

—Pues a juzgar por el traje que se desgarró…

—No quería que se mezclara en mis asuntos. He comprobado que es un sistema excelente para alejar a cualquier hombre que se pone impertinente. Es algo que les aterra verdaderamente. Ahora tengo que abrir mi maleta y cambiarme de ropa.

—Será, mejor que espere hasta que hayamos cruzado el límite del Estado —le dije—. Pasaremos por un puesto de control que está en la misma línea divisoria.

—Muy bien, usted guía.

—Perfectamente —respondí—. ¿Qué le parece si cenamos juntos en Reno?

Se rió, y me dijo:

—Trabaja usted muy de prisa. ¿Qué es lo que se trae entre manos, eh?

—Ando atando cabos sobre lo de Drude Nickerson, el taxista —le contesté—. Me echaron de la ciudad.

Abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Era eso lo que estaba haciendo?

—Sí.

—Pues acepto su invitación a cenar. ¿Conoce un buen motel?

—Naturalmente.

—Pues adelante, y yo le sigo.

El policía de tránsito estaba telefoneando desde el puesto de control cuando pasamos. Le saludé agitando la mano y apenas movió la suya para contestarme. Supuse que la publicidad le interesaba tanto como a nosotros. También me inquietaba la idea de que pudiera estar repasando en su imaginación todo lo ocurrido y que, al final de sus razonamientos, el resultado no fuera muy agradable.

Atravesamos la línea divisoria, y unos ocho kilómetros antes de llegar a la ciudad, paramos.

Stella Karis detuvo su coche detrás del mío, sacó una maleta, y se situó al otro lado del vehículo.

No le llevó más de un minuto quitarse la blusa y la falda desgarradas, y ponerse otro traje. Volvió hacia donde yo estaba, y mirándome de arriba a abajo, me preguntó:

—¿Bromea usted o habla en serio?

—Hablo en serio —le contesté.

—¿Le interesa a usted Drude Nickerson?

—Sí.

—¿Por qué?

—Por razones que no le puedo contar, y que tampoco pude contar a las autoridades locales. Por eso me dijeron que me largara.

—¿Y cuál es su opinión? —me preguntó.

—¿Acerca de qué?

—No sea tonto. De Nickerson.

—En estos momentos no puedo darle ninguna.

—¿Por qué no?

—Por varias razones.

—¿Quiere usted decir que no tiene opinión, o que no puede dármela?

—No puedo dársela.

—¡Vaya! —dijo—. Resulta usted una gran ayuda.

—Estoy trabajando —le contesté.

—Muy bien —exclamó—. Me invitó a cenar y acepté. Y también voy a averiguar la información que quiere.

—¿Cómo? —le pregunté.

—Con astucia —me contestó—. Con encanto seductor. Quizá con bebida.

—¿Qué interés tiene en lo de Nickerson? —inquirí.

—No tengo el menor interés.

—No me haga reír.

—Condúzcame a un motel —me dijo—. Y nada de cosas raras cuando nos inscribamos. Usted en un cuarto sencillo y yo en otro, y confío que estén bien lejos el uno del otro. Me concede veinte minutos para refrescarme y arreglarme, y luego, con mucha delicadeza, golpea con los nudillos en la puerta de mi habitación y nos iremos a cenar. ¿Viaja con los gastos pagados?

—Sí.

—Magnífico —fue su comentario—. Usted paga.

—Yo pago —respondí.

Entré en el coche, y me dirigí a Reno. Escogí un buen motel, pero estaba lleno. Fui a otro y también estaba lleno. Me acerqué al coche de Stella Karis, y le dije:

—Puede que tengamos dificultad para encontrar hospedaje.

—Está bien —me contestó—. Trataremos de acomodarnos lo mejor que podamos.

—Supongo que no podemos obtener dos departamentos separados —le dije—. ¿Podríamos…?

—No, no podríamos —me interrumpió.

—¿Podríamos —seguí insistiendo— quedarnos en diferentes moteles?

Sonrió.

—Le juzgué mal, Donald. Sí que podríamos.

—De acuerdo —dije—. Seguiremos probando.

El siguiente motel tenía una apariencia bonita y moderna. Había dos habitaciones individuales.

El gerente nos examinó con cierto escepticismo, pero nos dio las llaves.

—Veinte minutos —me recordó Stella.

—¿Va a telefonear? —le pregunté.

—A lo mejor —contestó sonriendo—. ¿Y usted?

—Voy a poner un telegrama.

—Muy bien. Y recuerde: veinte minutos.

Entré en mi cuarto, y redactó un telegrama para Bertha, que decía:

> *«La situación es puramente hortícola. Otra planta simplemente. No hay motivo para excitarse, pero no creo que nuestro cliente quiera agregar una planta de esta variedad tan corriente a su colección. Recuerdos, Donald».*

capítulo seis

CON mucha delicadeza, golpeé con los nudillos en la puerta del cuarto de Stella Karis.

—¿Quién es? —preguntó.

—Donald —respondí.

—Adelante.

Abrí la puerta. Estaba sentada ante el espejo del tocador. Volvióse lentamente, y me miro por encima del hombro desnudo, al mismo tiempo que bajaba sus largas pestañas.

—¿Qué hay, Donald? —me dijo seductoramente.

De sobra sabía que lo había ensayado todo cuidadosamente; pero si lo que perseguía era causar un buen efecto, el ensayo valía la pena.

Se puso en pie, con estudiada calma, y se dirigió hacia mí.

Vestía un modelo «semi-formal», que dejaba sus hombros desnudos y modelaba perfectamente su figura.

Viéndola así, toda arreglada y compuesta, llegué a darme perfecta cuenta de sus curvas, de sus ojos de mirada fresca y despierta, con largas pestañas, de la manera ondulante de caminar, y de los largos y artísticos dedos que suavemente se apoyaban en mi brazo.

—Me perdonará, Donald, ¿verdad?

—¿Perdonarle qué?

—Por pensar que era usted un enviado de la autoridad local para escoltarme hasta el límite del Estado, y asegurarse de que no regresaba. Estaba tan furiosa que… Bueno, por eso me desgarré la ropa con idea de infundirle un pánico que le hiciera huir.

—Eso —le dije— es lo que se llama aprovechar la ventaja injusta de su sexo.

—Todo cuanto se relaciona con el sexo es injusto —replicó—.

Hasta la naturaleza es injusta con el sexo. El sexo da una ventaja injusta a ambas partes; de otra forma no estaría con usted, en este instante.

—Me parece que necesita un trago —le indiqué.

—Yo también lo creo.

Me alargó un abrigo para que la ayudara a ponérselo, y salimos a recorrer la ciudad. La invité a dos combinados antes de cenar, e insistió en tomarse un tercero, observándome para ver si se me soltaba la lengua. Cenamos muy bien. Jugamos a la ruleta. Jugamos al veintiuno. Jugamos a los dados. Jugamos en las máquinas traga-perras. Gané unos ocho dólares, Stella alrededor de ciento cincuenta, todo ello sin mostrar demasiado entusiasmo.

Era ya la una y media cuando la conduje de regreso al motel.

—¿Entra? —me preguntó.

—Ya es tarde —le contesté.

—¿De qué tiene miedo?

—De usted.

—¿Y cómo es eso?

—Por su deliciosa costumbre de desgarrarse la ropa, y llamar a la policía.

—¡Bah! Eso lo hago solamente con la ropa barata, de diario. Mientras lleve puesto este vestido, está usted perfectamente seguro.

Entré. Stella se sentó en la cama turca y yo a su lado.

—Muy bien —le dije—. Llegó la hora de las averiguaciones. Conozco su nombre. Sé la matrícula de su coche. Soy detective. Puedo investigar su vida. Pero eso lleva tiempo y cuesta, dinero. ¿Por qué no me lo cuenta todo?

—Sé cuál es su nombre —replicó ella—. Tengo su tarjeta profesional. Conozco su dirección, y el número de su teléfono. Dígame, Donald, ¿queda alguna posibilidad de que esté usted metido en esto, investigando el asesinato de Karl Carver Endicott?

—Ya le dije que no podía discutir las razones que tengo para estar aquí.

Me miró pensativamente, y exclamó:

—Lo de Drude Nickerson no es honesto.

—La ciudad entera no lo es —le dije.

—¿Susanville?

—Citrus Grove.

—Donald, si está usted interesado en el asesinato de Endicott, tal vez pudiéramos ayudarnos mutuamente.

—En mi trabajo no se me permite prestar ayuda. Sólo puedo aceptarla.

—Eso es estupendo —dijo la chica.

—¿Verdad que sí?

—Para usted.

Permanecimos en silencio unos instantes.

—¿Está usted trabajando en el caso Endicott, Donald?

—Sin comentarios.

—Podría ayudarle.

—Muchos comentarios, pero completamente inaudibles.

Cerró los ojos por completo, y sus largas y negras pestañas contrastaron con las mejillas, destacándose sobre el blanco y delicado cutis. Luego, levantó lentamente sus ojos hasta encontrar los míos. De repente me dijo:

—Está bien, Donald. Voy a poner mis cartas boca arriba. Tengo veintitrés años. He estado casada. Soy un asco de mujer de negocios. La tía Marta murió y me dejó todo lo que poseía. La mayoría en propiedades, en Citrus Grove. Yo era dibujante, no muy buena, sólo regular: ilustraciones para anuncios y cosas por el estilo. Va a instalarse una fábrica en Citrus Grove. Tengo el terreno que quieren. En un tiempo, aquella zona era de propiedad residencial. Necesito que se modifique una ordenanza municipal. Cualquier otra ciudad la modificaría como un asunto de rutina. En Citrus Grove las cosas no se hacen así.

—¿Y cómo se hacen las cosas en Citrus Grove?

—Citrus Grove —dijo Stella— está dominado por el alcalde.

—¿Y quién es el alcalde?

—Charles Franklin Taber. Tenían unas autoridades razonablemente honradas: un jefe de policía honrado. Taber pronunció discursos y concedió entrevistas de prensa. Hay alguien detrás de Taber. No sé quién es; pero utilizan demasiados cerebros para que todo se origine en la cabezota de Taber. De cualquier manera, un alcalde bastante competente fue derrotado en las urnas. Charles Franklin Taber fue elegido en lo que él dio en llamar una «ola reformista». Encontró un funcionario de la policía que cogía algún dinero; de modo que hizo ver que el cuerpo entero de policía

estaba corrompido. El honrado jefe fue despedido y se trajo a uno nuevo, para que estuviera «libre de política local y libre de presiones e influencias locales». Y la última frase la escribieron entre comillas.

—¿Y Drude Nickerson? —pregunté.

—Drude Nickerson era taxista. Y primo del alcalde. Ahora Drude Nickerson aspira a cosas más importantes. Drude Nickerson fue a visitarme. Sabía muchas cosas. Estaba enterado de las negociaciones secretas para la fábrica, y de la propiedad que yo había heredado. Le hablé a Drude Nickerson del bien que la fábrica traería a la ciudad de la nómina que representaba, de la gente que vendría, del aumento en la fabricación y de todo lo demás.

—¿Y que dijo Nickerson? —le pregunté.

—Nickerson se rió, y me dijo que no fuera ingenua, y que si esperaba que la ordenanza municipal se modificara tendría que esperar mucho, mucho tiempo. Agregó que semejantes negocios no se estaban haciendo así.

—¿En qué forma entonces?

—Con dinero contante y sonante.

—¿Y dio usted algo?

—Alguna vez, sí.

—¿Cuánto?

—Quince mil en tres plazos de cinco mil cada uno.

Dejé escapar un silbido.

—¿Fui una estúpida, Donald?

—¿Cambiaron la ordenanza?

—Todavía no. Apenas hace dos semanas que le di el dinero. Me dijo que, de aquel dinero, él sólo se quedaría con unos mil dólares y el resto tenía que utilizarse para «levantar presión política» y cosas por el estilo.

—¿Y luego?

—Pues se marchó, y acabó muerto en un accidente de tránsito.

—¿Y cuál era su interés por el cadáver?

—No por el cadáver. Por la ropa que llevaba cuando ocurrió el asesinato. Me había dicho que no iba a soltar el dinero hasta que estuviera seguro que la ordenanza municipal pasaría, y que para protegerme en el caso que algo le ocurriera a él, dejaría el dinero en una caja de seguridad, y la llave, y una nota diciendo que el dinero

era de mi propiedad, en su cartera.

—¿Usted creyó eso?

—Entonces, sí lo creí.

—¿Estaba la nota en la cartera?

—No lo sé. Me arrojaron de Susanville como a un vagabundo cualquiera. Me aconsejaron que presentara mi reclamación al albacea y ejecutor testamentario.

—¿No llegó a ver la cartera?

—No me dejaron hacer absolutamente nada. Y entonces, Donald, puse ya mis cartas sobre la mesa. Traté de hacerme la lista. He intentado superarle en astucia. He probado seducirle. He tratado de… ¡qué sé yo!; y es que he estado tratando con ladrones hace tanto tiempo, que creí que todo el mundo era igual. Usted es honrado, y usted… usted es decente.

—Sin embargo, no puedo ayudarla —le dije.

—¿Por qué?

—Porque estoy trabajando en otro asunto, para otra persona. Puedo conseguir y recibir informes, pero no puedo darlos. Pero voy a decirle una cosa.

—¿Qué?

—No derrame una sola lágrima por el infortunado fallecimiento de Drude Nickerson.

—¡Lágrimas por ese bandido! —gritó indignada—. Lo que quiero saber es lo que pasará con la ordenanza municipal. No lloraría, por cierto, por ése… Espere un momento. Creo que no debo hablar mal de los muertos. Parece que no está bien hablar así.

—No se preocupe y hable mal de él.

—¿Qué quiere decir?

—Que no está, muerto —le contesté.

Se me quedó mirando con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo lo sabe?

—No lo sé. Pero lo supongo —le dije—. No creo que esté muerto. Juraría que todo el asunto es una trampa.

Permaneció quieta y callada durante varios minutos, pensando en todo lo ocurrido y en lo que le había dicho.

De repente me miró, y me anunció:

—Donald, es usted un encanto, y le voy a permitir que me bese para darme las buenas noches. Y lo que es más: no va a un beso frío

y casto. Prepárese, Donald, a conocer una nueva sensación. Está a punto de recibir una recompensa osculatoria de una mujer agradecida.

En efecto, fue todo lo que prometió que iba a ser.

capítulo siete

TOMÉ el avión de las seis de le mañana para Los Ángeles, y llegué a la oficina más o menos al mismo tiempo que Bertha Cool.

—¿Recibiste mi telegrama? —le pregunté.

—¡Que si recibí tu telegrama! —exclamó Bertha—. Claro que lo recibí. ¿Estabas muy borracho cuando lo pusiste?

—Completamente sereno.

—¿Y qué diablos creíste que estabas haciendo, coleccionando flora, y fauna, en el desierto? ¡Que no te pudiste impresionar por una planta corriente! ¿Pero de qué demonios hablabas?

—¿Pero no entendiste lo que quería decir? —le pregunté—. Sólo pretendía avisar al nuestro cliente de que todo aquello era una trampa.

—¿Qué es lo que era una trampa?

—La muerte de Drude Nickerson.

Bertha Cool me miró con sus ojillos perspicaces, parpadeando varias veces.

—¡Si ya lo dije! Te envié un telegrama.

Bertha reflexionó durante un minuto, y agregó:

—Pues si se trata de una trampa, puede ser que nuestro cliente esté metido en un lío tremendo.

—¿Y por qué?

Bertha dijo:

—Estuve poniendo conferencias telefónicas a Susanville para comunicarme contigo. Hablé con todos los moteles, hoteles, pensiones y hospedajes que hay en ese pueblo.

—¿Pero qué pasa? —pregunté.

—Que nos han despedido. Ya nos tenemos más caso por resolver.

—¿Qué es lo que ha ocurrido?

—Nuestro cliente obtuvo toda la información que deseaba, de un periódico.

—¿Qué periódico? —indagué.

—El «Clarín», de Citrus Grove.

—¿Y qué decía el periódico?

—El periódico averiguó lo de la muerte de Drude Nickerson. Publicó un gran reportaje diciendo que con la muerte de Nickerson se había desvanecido la última oportunidad de resolver el asesinato de Karl Carver Endicott. Y seguía comentando que Nickerson fue el único hombre que vio al criminal, y que podía haberle identificado.

—¿Y eso le interesó a nuestro cliente? —pregunté.

—Muchísimo.

—¿Y entonces qué hizo?

—Me dijo que tenía todos los informes que necesitaba, que había sido un placer tratar con nosotros, y que estaba seguro de que hubiéramos manejado el asunto en tal forma que le hubiera producido la mayor de las satisfacciones; pero que ya no había necesidad de que siguiéramos adelante con las investigaciones, puesto que todo se había resuelto y tenía cuantos informes le hacían falta.

—¡Qué bien! —exclamé—. ¿Y la viuda de Karl Carver Endicott? ¿Qué hay de ella?

—¿Qué quieres decir con eso de «qué hay de ella»?

—Que ¿dónde está?

—¿Y qué nos importa eso?

—Vamos a averiguarlo —contesté. Levanté el auricular y le dije a la telefonista que hiciera una llamada a Elizabeth Endicott, de Citrus Grove; que la llamada era personal y que no hablaríamos con nadie que no fuera ella; que si no estaba allí, tratara de averiguar dónde podíamos localizarla. Que si le daban su teléfono en cualquier parte de los Estados Unidos, hablaríamos con ella donde se encontrase.

Bertha me miraba parpadeando a más no poder.

—¿Estás loco? —me preguntó, una vez hube colgado, el auricular.

—No.

—Esas llamadas cuestan dinero.

—Aún nos queda dinero para gastos.

—Ahora ya no tenemos. El caso está cerrado.

—Para que lo sepas —le dije—: si las cosas suceden tal como supongo, el caso está solamente en sus principios. Lo que no sé es si seguiremos con él o no.

Bertha dijo:

—Debes de estar chiflado, Donald, o bien te refieres a otro asunto. Nuestro cliente, John Dittmar Ansel, nos llamó para decirnos que ya no había problema, que paráramos los gastos y que le hiciéramos la cuenta. ¿No lo entiendes?

—Claro que lo entiendo. Ansel es el que no lo entiende.

—¿Qué es lo que no entiende?

—Que se está metiendo en un buen lío.

Sonó el teléfono, y la telefonista me informó de que mistress Endicott estaba ausente, probablemente por una semana y que no había dejado dicho adónde se la podía llamar.

Se lo comuniqué así a Bertha.

—Bien, ¿y ahora? —preguntó.

—Pues supongo que podríamos telefonear a nuestros corresponsales en Las Vegas, Nevada, y en Yuma, Arizona, y ponerles en antecedentes, para que avisaran a Ansel. Pero eso cuesta mucho dinero y no creo que pagara por interrumpirle la boda.

—¿Ibas a culparle por ello? —me preguntó Bertha.

—No —le contesté, al tiempo que me encaminaba hacia la puerta.

—¡Espera un momento! No salgas de aquí sin explicarme todo este enredo —chilló.

—¿Cuándo lo sabrás?

—Todavía no lo sé, de verdad.

—Cuando arresten a John Dittmar Ansel y a Elizabeth Endicott, mientras se acercan al altar, con el propósito de unirse en los sagrados vínculos del matrimonio.

—¿Estás bromeando?

—No.

—Bien, entonces ¿quién diablos es nuestro cliente? ¿John Dittmar Ansel? —me preguntó.

—Para tu conocimiento te informaré de que John Dittmar Ansel es el hombre a quien Drude Nickerson condujo en su taxi a casa de

Karl Carver Endicott, la noche del crimen.

Bertha estuvo procurando entender aquello durante buen rato.

—¿Pueden probarlo?

—Claro que pueden. De otra manera, no se hubieran tomado semejante trabajo para hacerlo salir al descubierto, y suministrarles prueba del motivo.

—¡Que me frían si lo entiendo! —murmuró Bertha, al tiempo que yo salía, dejándola allí sentada y chasqueando los dedos, con un ataque de exasperación.

capítulo ocho

ME desperté alrededor de la una y media, y me costó trabajo volverme a dormir. Una serie de acontecimientos me rondaban por la imaginación, tratando de formar una imagen nítida.

Tres o cuatro veces me quedé medio dormido, sólo para despertarme sobresaltado, cuando todas las ideas comenzaban a perseguirse las unas a las otras, como cachorrillos que jugaran. Finalmente, a eso de las dos y media, caí en un sueño intranquilo, interrumpido por pesadillas, y destrozado finalmente por el campanilleo del timbre del teléfono.

Cogí el auricular a tientas.

Bertha Cool estaba al otro extremo de la línea. En seguida me di cuenta, por el tono de su voz de que estábamos de lleno en un buen negocio.

—Donald —me dijo con su voz más arrulladora, pero modulando las palabras como si cada una de ellas fuera un dólar que entrara en la caja registradora—. A Bertha no le gusta molestarte a medianoche, pero ¿podrías vestirte y venir en seguida a la oficina?

—¿Qué pasa? —pregunté.

—No te lo puede explicar, Donald, pero tenemos un cliente que se encuentra en una situación muy difícil. Nosotros…

Le interrumpí para decir:

—Óyeme, Bertha, ¿estás tratando con el hombre al que arrestaron, con la mujer que le acompañaba, o con algún abogado?

—Con la segunda —me contestó.

—Iré inmediatamente. ¿Dónde estás tú ahora?

—Estoy en la oficina, Donald. Se trata de la historia más curiosa y extraña que hayas oído en tu vida.

—¿Mistress Endicott está ahí contigo?

—Sí —dijo Bertha brevemente.

—Llegaré en seguida.

Me arrojé de la cama, y me metí bajo la ducha; me retoqué la barba con una maquinilla eléctrica; me puse un traje, y me dirigí al edificio de la oficina a través de las desiertas calles.

El sereno estaba acostumbrado a las locuras de una agencia de detectives. Renegaba a veces de las personas que trataban de ocuparse en negocios a base de días de veinticuatro horas; pero me llevó arriba en el ascensor.

Abrí la puerta con la llave, y pasé directamente a la oficina particular de Bertha.

Ésta se hallaba prodigando consuelos maternales a una mujer de mirada triste, que rondaría los treinta años, sentada en una silla, en completa inmovilidad, pero que había estado retorciendo sus guantes hasta el punto que parecían un trozo de soga.

A Bertha se le iluminó el rostro.

—Miss Endicott, Donald.

—¿Cómo está usted, Mrs. Endicott? —le dije.

Me extendió su mano fría, y me sonrió acogedoramente.

—Donald —prosiguió Bertha—, se trata de la increíble historia que has oído en tu vida. Es algo que no parece de este mundo. Bueno, prefiero que mistress Endicott te lo diga en sus propias palabras.

Mrs. Endicott era morena. Tenía unos ojos grandes y negros, pómulos altos, cutis fino, y aparte un aire de tristeza fúnebre que la rodeaba, podría haber sido un jugador profesional de póker. Había aprendido en alguna parte a controlar sus emociones por completo. Su cara era tan inexpresiva como la losa de mármol de una tumba.

—¿No le importa, querida? —le preguntó Bertha.

—De ninguna manera —respondió Mrs. Endicott, en un tono de voz bajo pero poderoso—. Después de todo, para eso es para lo que hemos sacado de la cama a mister Lam, y él no puede trabajar en un asunto si desconoce los hechos.

—Si le parece, cuéntele tan sólo los puntos principales —dijo Bertha—. Yo puedo contarle el resto más tarde.

—Muy bien —estuvo de acuerdo Mrs. Endicott torciendo los guantes, con tanta fuerza que las costuras parecían a punto de estallar.

—El problema se remonta casi a siete años atrás —me dijo.

Asentí con la cabeza, mientras ella hacía una pausa.

—Sólo lo más importante —insistió Bertha, con una voz que rezumaba simpatía forzada.

—John Ansel y yo nos amábamos. Íbamos a casarnos. John trabajaba para Karl Carver Endicott. Karl envió a John a Brasil y, una vez allí, a una expedición por el Amazonas. Era un viaje suicida. Karl aseguraba que estaba investigando las posibilidades de encontrar petróleo. Dos hombres tomaban parte en la aventura. A cada uno de ellos le ofreció una gratificación de veinte mil dólares para hacer el viaje, si cumplían su misión con éxito.

»Por supuesto, ninguno estaba obligado a ir, pero John quería aquel dinero de todas maneras, porque nos hubiera permitido casarnos y haber empezado un negocio por cuenta propia. Aquel viaje era un asesinato legalizado. Fue cuidadosamente planeado como tal. Por aquel entonces yo lo ignoraba. La expedición no tenía ni una oportunidad entre mil. La suerte estaba contra ellos y Karl Carver Endicott se aseguró muy bien de que lo estuviera. Algún tiempo después, Karl vino a verme con los ojos llenos de lágrimas. Me contó que acababa de tener noticias de que el grupo completo que formaba la expedición había desaparecido. Siguió diciendo que, como ya estaban muy atrasados con relación a la fecha aproximada de retorno, había enviado aeroplanos en su busca y también grupos por tierra. No había ahorrado gastos. Aquello fue un golpe terrible para mí. Karl hizo cuanto pudo por consolarme y, finalmente, me ofreció la seguridad y la oportunidad de ajustar de nuevo mi vida.

Se calló unos instantes, y torció con tanta fuerza los guantes que los nudillos se le pusieron blancos.

—¿Y se casó usted con él? —le pregunté.

—Me casé con él.

—¿Y después?

—Pasado algún tiempo, despidió a una de sus secretarias. La chica fue la primera en contármelo. No podía creer a mis oídos, pero todo encajaba perfectamente con otras cosas que había ido sabiendo. La ex secretaria en cuestión me contó que Karl Endicott había hecho una investigación muy minuciosa para elegir el lugar de la expedición suicida. Envió a John Ansel a su muerte con la misma seguridad que si lo hubiese colocado frente a un escuadrón

de fusilamiento.

—¿Se enfrentó usted a su marido con los hechos y las pruebas? —pregunté.

—No hubo tiempo —dijo Mrs. Endicott—. Tuve la más terrible, la más espantosa, la más inesperada, la más devastadora de las experiencias. Sonó el teléfono y yo contesté. Al otro extremo de la línea estaba John Ansel. Los otros miembros de la expedición habían muerto. John sobrevivió a las más increíbles penalidades de la jungla, pudiendo, finalmente, regresar de nuevo a la civilización. Entonces se enteró de que me había casado.

—¿Qué hizo usted? —pregunté.

—Le dije a John exactamente lo que había sucedido. Le dije que le habían enviado a la jungla en una misión que constituía un asesinato legalizado. Le conté que Karl quería quitárselo de en medio, y que lo había planeado todo deliberadamente, para engañarme a mí.

—¿Y qué más? —insistí.

—De momento hubo silencio absoluto; después, un «*click*». No sabía si la persona que se hallaba al otro extremo había colgado el auricular, o si la comunicación se había cortado. Finalmente llamé a la telefonista, y le dije que me habían cortado la comunicación, pero me informó de que había sido la otra persona la que había colgado.

—¿En qué fecha ocurrió aquello? —preguntó.

—Ocurrió —me contestó amargamente— el día en que murió mi esposo.

—¿Dónde estaba John Ansel cuando le telefoneó?

—En el aeropuerto de Los Ángeles.

—Está bien. ¿Qué pasó entonces?

—No le puedo explicar todo lo que ocurrió sin contarle algo sobre Karl. Era despiadado, posesivo, de sangre fría, y diabólicamente listo. Cuando Karl quería una cosa, la quería por encima de todo. Y me quería a mí. Yo creo que unas de las razones principales por las que me quería fue porque, después de haber intentado conquistarme la primera vez, halló que no le correspondía. Cuando la llamada telefónica de John, las cosas habían llegado a un punto en que yo había averiguado ya muchas cosas acerca del carácter de Karl, y a él, a su vez, se le había pasado

buena parte de su capricho por mí, si le quiere llamar de tal manera. Después de todo, encontrarse casado son una mujer cuyo corazón está en otra parte, satisfizo la pasión conquistadora de Karl, pero nada más.

—¿Se enfrentó a su marido con todo cuanto había averiguado?

—Así fue, Mr. Lam, y hubiera dado cualquier cosa por haber usado el cerebro en lugar de dejarme llevar por mis sentimientos. Sin embargo, durante meses estuve luchando conmigo misma, controlándome y manteniéndome ecuánime. Cuando estallé, lo hice plenamente. Tuvimos una escena terrible.

—¿Qué hizo usted?

—Le abofeteé. Si hubiera tenido un arma le hubiera matado.

—¿Y luego le abandonó?

—Luego le abandoné.

—¿Y qué sucedió entonces?

—John estaba en el aeropuerto. Había un servicio de helicópteros a Citrus Grove. Tomó uno, luego un taxi, y se dirigió directamente a casa de Karl. Después supe lo que ocurrió.

—Está bien. ¿Qué ocurrió?

—John tocó el timbre de la puerta. Karl abrió personalmente. Él ya sabía, por supuesto, que John estaba vivo, porque en mi furia se lo había dicho. John no se había puesto en contacto con la oficina cuando regresó a la civilización, a causa de ciertos descubrimientos que había hecho en la expedición. Todavía fiel a los intereses de Karl, había planeado presentarle un informe confidencial, antes de dar a la publicidad que había sobrevivido a la expedición a la jungla, tener que enfrentarse con la inevitable curiosidad de los periódicos. Sin embargo, creo que, aún antes de que se lo dijera, Karl averiguó de alguna manera que John había regresado.

—Siga.

—Creo que tal vez Karl intentaba vérselas con él de una vez. Después de todo, John no podía probar cosa alguna, o por lo menos eso pensaba Karl; pero en cuanto vio el rostro de John, se dio cuenta de que estaba enterado de todo y… Bueno, el John Dittmar Ansel que había enviado al Brasil, a aquella expedición suicida, no era el mismo John Dittmar Ansel que regresó. John vivió en la selva con la muerte a su espaldas Había sido parte de una constante lucha, entre le vida y la muerte.

—Continúe —le dije.

—Karl le lanzó una mirada a John, y se estremeció. Le hizo pasar y le condujo a una oficina del piso alto. Le dijo a John que le esperara un momento, y entró en la habitación del lado. Usted conoce a John, Mr. Lam, y creo que sabe usted juzgar a las personas. John posee una peculiaridad psíquica. Es, esencialmente, tranquilo y manso; pero como digo, había vivido en la selva y sabía sufrido y padecido toda clase de infortunios y calamidades; pero siempre retuvo aquella sensibilidad de artista. John me ha contado que a los pocos momentos se dio perfecta cuenta de lo que Karl intentaba hacer. Karl pensaba matarle disparando contra él, y declarar luego que lo había hecho en defensa propia. Intentaba llevar a cabo algún plan por el cual apareciera un revólver junto al cadáver de John con un tiro disparado. Declararía que John le había acusado de robarle su novia, y de…

—No se preocupe por todos esos detalles —le interrumpí—, y dígame qué hizo John.

—Abandonó aquel cuarto silenciosamente, y bajó de puntillas las escaleras. Había decidido enfrentarse a Karl ante los tribunales y con testigos, para no darle una nueva oportunidad de que le matara y luego declarara que había actuado en defensa propia.

—¿Y que sucedió?

—Que John acababa de abrir la puerta principal y estaba a punto de abandonar la casa, cuando oyó el disparo de revólver.

—¿Sabía John que usted no estaba? —le pregunté.

—Lo sabía. Ése fue otro de sus presentimientos psíquicos o telepáticos o como quiera llamarlos. Me dijo que en cuanto entró en la casa, se dio cuenta de que yo me había marchado. Quizás fue algo en la expresión de Karl. Quizá, fue tan sólo una cosa intuitiva.

—¿No sería por algo que dijera Karl? —pregunté.

—No. Él dice que no.

—Está, bien. ¿Y qué hizo John?

—Salió hacia la carretera, y regresó a Los Ángeles, pidiendo transporte a los automóviles que pasaban. Por los periódicos se enteró de la muerte de Karl y lo leyó todo acerca del taxista que le había descrito tan perfectamente; de modo que John se dio cuenta que si alguien se enteraba de que estaba vivo, le acusarían del asesinato de Karl y no tendría ni la más remota posibilidad de

defenderse.

»John tenía motivos sobrados para matar a Karl, pero él… Bueno, eso lo puede ver por usted mismo, Mr. Lam: a menos que el verdadero asesino de Karl apareciera, John no tenía ni una sola probabilidad de que le consideraran inocente.

—¿Y entonces qué sucedió?

—Yo sabía dónde estaría John —me contestó—. Fui a verle aquella noche, y discutimos la situación. Decidimos que John tendría que mantenerse oculto hasta que la persona que mató a Karl fuera llevada ante la justicia. Aquello no resultaba difícil, porque todo el mundo creía que John estaba muerto. Así que comenzó para nosotros una larga pesadilla. John se mantuvo escondido. Hice cuanto estuvo a mi alcance para descubrir al asesino de mi esposo, y tuve que regresar para hacerme cargo de la herencia. Heredé toda la fortuna de Karl, porque él no había tenido tiempo de hacer otro testamento, y nunca disfruté tanto de una cosa como de posesionarme de cuanto Karl había dejado.

—Pero ¿y qué se hizo de la persona que asesinó a Karl Endicott?

—Cooper Hale asesinó a Karl Endicott —aseguró ella—, pero no podemos probarlo. Y nunca podremos hacerlo. Cooper Hale es demasiado listo. Estaba enterado de alguna manera de lo que ocurría, y siguió a Karl cuando éste subió al piso alto. Recuerde que Karl estaba buscando un revólver que intentaría colocar junto al cadáver de John, y que también pensaba llamar a Hale como testigo para que declarara que él había disparado en defensa propia.

»Hale entró en la habitación, cogió tranquilamente el revólver, disparó contra Karl, atravesándole la cabeza, y regresó a la planta baja, desde donde telefoneó a la policía.

—¿Y qué motivos tenía Hale para hacerlo? —pregunté.

—Eso lo desconozco. Lo único que sé es que mi marido había retirado veinte mil dólares del banco ese día. Mi opinión es que sabía que John estaba vivo, y quería estar preparado para pagarle la gratificación de veinte mil dólares que se había acordado. Por alguna razón, quería pagarla en dinero contante y sonante. Aquellos veinte mil se desvanecieron. Y, sin embargo, ya hacía dos meses que mi esposo había estado pagando un chantaje de diez mil dólares mensuales.

»Hale había sido un simple empleado. De repente llegó a la

opulencia. Hale ha ido aumentando progresivamente de posición, desde la muerte de Karl. En la actualidad, es un banquero influyente.

—Muy bien. Y ahora volvamos al presente —le dije—. ¿Qué es lo que ha pasado?

—La policía me vigilaba día y noche. Presentían que pudiera estar en comunicación con la persona que juzgaban ser el asesino. Yo tenía muchísimo cuidado. Me recluí sólo para proteger a John. Gradualmente, la policía fue disminuyendo la vigilancia. Se nos hizo posible a John y a mí el vernos; pero teníamos que hacerlo sólo muy de tarde en tarde, y en circunstancias tan ocultas, que era verdaderamente angustioso. Recuerde que todo el mundo pensaba que John Ansel había muerto.

»El único testigo era Drude Nickerson. Y entonces leí que había muerto en un accidente de tránsito. No me atreví a mostrar el menor interés por ello; pero pensamos que a John le sería posible contratar los servicios de una agencia de detectives, a no ser que ésta no supiera dónde vivía él, para que, si acaso sucedía algo, la policía no pudiera ir a arrestarle. Después nos enteramos de que Nickerson había muerto, y que la policía se había dado por vencida en el caso Endicott. Supongo que nos portamos como idiotas, pero durante años nos habíamos privado el uno del otro, nuestras entrevistas se realizaban en condiciones tan escondidas que buena parte del placer desaparecía por esa causa, y teníamos razones para creer que la policía había abandonado realmente aquel asunto.

»El pensar que pudiéramos vivir libremente como marido y mujer, cara a cara frente al mundo, nos trastornó completamente. Como más tarde o más temprano tendríamos que tomar una decisión, decidimos hacerlo ahora.

—Y así fue —le dije—, como cayeron en la trampa.

Retorció los guantes violentamente, y exclamó:

—Sí, caímos en la trampa. Nos marchamos a Yuma en avión y allí nos dirigimos a la casa de un juez de paz para que nos casara. Los agentes nos estaban esperando. ¡Oh, fue todo terriblemente cruel! ¿Por qué tuvieron que ir a escoger ese preciso momento? Por lo menos podían haber esperado hasta después de que nos casáramos, y…

—Y de esa manera no la hubieran podido obligar a testificar —

interrumpí—. Dejaron que llegaran hasta el momento preciso de la boda, para poder probar el motivo.

—Todo era una trampa —admitió Mrs. Endicott—. La policía lo arregló todo como parte de un plan muy meditado. Sabían que Drude Nickerson era el único testigo que tenían, y que si moría no tenían caso. Así que prepararon esta complicada trampa de acuerdo con Nickerson. Los periódicos de mañana dirán que los informes de su muerte eran equivocados, y que se fundaban en la identificación de un vagabundo cualquiera que llevaba una tarjeta de Nickerson en el bolsillo.

Negué con la cabeza.

—No harán eso —indiqué.

—¿Cómo que no harán eso? —dijo ella—. Si ya nos dijeron que…

—Cuando lo hayan pensado un poco más, tendrán otra idea —le interrumpí—. Y le darán bastante propaganda, diciendo lo que en realidad ha ocurrido; una trampa muy ingeniosa preparada por la policía para atraer a un fugitivo de la justicia, que durante seis años les estuvo eludiendo, y que, finalmente, cayó en sus redes.

Mrs. Endicott volvió a retorcer los guantes; pero esta vez su rostro también se contrajo, mostrando lo que sentía; y su voz era tan grave de tono y tan amenazadora como el sonido de una serpiente de cascabel.

—Podría matar al que nos ha hecho esto.

—Eso no serviría de nada —le dije.

—¿Qué puedo hacer? —me preguntó.

La pregunta le sirvió de señal a Bertha para hablar.

—Mrs. Endicott se ha puesto completamente en nuestras manos, Donald, y no tienes que preocuparte por los arreglos económicos, porque ya los resolvimos. Tan pronto como los agentes procedieron al arresto, ella se puso en contacto conmigo. Lo que queremos ahora, Donald, es que te pongas a trabajar inmediatamente en la cuestión. Es de la suficiente importancia como para que excluyamos cualquier otro problema y nos concentremos en este caso.

Cogí el listín telefónico de encima del escritorio de Bertha y dije:

—Lo primero que necesita es un abogado y lo necesita urgentemente.

—Ya lo había pensado —me contestó Mis. Endicott—. Hay dos

abogados importantes en Los Ángeles, cuyos nombres son muy respetados. Yo…

—¡Olvídelos! —le interrumpí—. Este caso va a ser juzgado en el condado de Orange. Necesita alguien de Santa Ana, y alguien que atienda a razones.

—¿Qué quiere decir con eso de «que atienda a razones»? —me preguntó.

—Escúcheme —le dije extendiendo la mano hacia el teléfono. Marqué el número de conferencia, y dije—: Señorita, ésta es una llamada de urgencia. Deseo hablar con Barney Quinn, un abogado de Santa Ana, California. El número de su teléfono es: Sycamore 3-9865. Empiece a llamar e insista hasta que contesten.

capítulo nueve

EMPEZABA a amanecer, cuando estacionamos nuestros coches en la desierta calle, frente al edificio donde Barney Quinn tenía sus oficinas.

Quinn nos estaba esperando.

Era un tipo de constitución robusta, y con bastante experiencia. Él y yo asistimos juntos a la escuela de jurisprudencia.

Le explicamos todo el asunto, dándole pelos y señales. Como era natural, estaba familiarizado —a grandes rasgos— con el asesinato de Karl Carver Endicott. En su día, constituyó un crimen misterioso, y los periódicos locales le habían sacado el jugo a toda la historia.

—¿No trataron de retenerla? —le preguntó a Mrs. Endicott.

Ésta negó con la cabeza.

—Ya volverán por usted, como testigo de cargo —le dijo—. El fiscal será muy amable y afectuoso. Le explicará que es indudable que la engañaron, y que si una declaración completa y veraz, no habrá problemas; pero que, de todas formas, tendrá que llamarla declarar como testigo, etc.

—¿Y qué tengo que hacer? —preguntó ella, apretando los labios con gesto de airada determinación.

—Decirle que se vaya al diablo —contestó Quinn—. Claro que no con tales palabras; pero sí con otras del mismo significado general, sólo que más propicias para la defensa. Dígale que lo que pasa es que él no conoce a John Dittmar Ansel, que existe una horrible equivocación, que Ansel no mataría ni a una mosca, que a usted nunca le satisfizo el trabajo de investigación realizado alrededor del caso, que el asesino de su esposo está en estos momentos leyendo tranquilamente los periódicos, y riéndose al contemplar los esfuerzos de la policía para acumular pruebas contra un hombre inocente. ¡Sea dramática! ¡Hable mucho! ¡Deje que las

palabras broten de sus labios con apasionamiento! ¡Represente su parte! Después, acójase al refugio de las lágrimas, y niéguese al decir nada más. Agregue que ya dijo todo lo que había que decir, y que eso es cuanto tiene que manifestar. Cuando le pregunten si se niega a ayudar y a cooperar en el juicio, indígnese y dígales: «¡Claro que no!»; que usted les prestará toda la cooperación que soliciten, y hará cuantas declaraciones sean necesarias; pero que desde ese momento en adelante, sus declaraciones sólo se harán en las oficinas de Bernard Quinn, el abogado de John D. Ansel. ¿Cree que podrá hacerlo?

—Naturalmente que podré.

—¿Y lo hará?

—Puede usted contar conmigo.

—¡Magnífico! —dijo Quinn—. Ahora voy a tratar de ver a Ansel. ¿Sabe usted si él renunció al derecho de extradición, Mrs. Endicott?

—No sé una palabra de lo ocurrido. Le arrestaron. Traté de hablar con él, y no me lo permitieron. Fue en la capilla matrimonial. Le sacaron de allí a toda prisa y le metieron en un coche que partió a toda velocidad, como si acudiera a un incendio. Es evidente que tenían agentes situados tanto en Las Vegas como en Yuma. En el momento en que sacamos el permiso para casarnos, quedamos condenados a la matanza.

Quinn agregó:

—Si no le hicieron renunciar a la extradición, lucharemos contra ella. Lucharemos por todo y en todo momento. Si renunció al derecho de extradición, me entrevistaré con él, tan pronto lo metan en la cárcel del condado.

Quinn se volvió a mí y me dijo:

—Lam, usted me sirvió de una ayuda inestimable, en un par de casos en los que intervine, y queremos su cooperación en éste.

—Y la va a tener —aseguró Berta Cool.

Quinn, dirigiéndose a Mrs. Endicott, le dijo:

—Es esencial que tenga la ayuda debida para obtener la información correcta. Quisiera que realice los arreglos necesarios con estos detectives, para…

—Ya están hechos —le interrumpió Berta con firmeza—. No necesita preocuparse de eso, Mr. Quinn. Puede contar con nuestra cooperación y ayuda.

Quinn se quedó pensativo, contempló los ojillos pálidos y calculadores de Berta Cool, apretó los labios, jugueteó con un lápiz y, por último, le dijo a Mrs. Endicott:

—Voy a pedirle un anticipo.

—¿De cuánto? —preguntó ella.

—Éste no va a ser un caso barato.

—Ni yo le he pedido que lo sea.

—Veinte mil dólares —dijo Quinn.

Mrs. Endicott abrió su bolso, y extrajo un talonario de cheques, al tiempo que decía:

—El culpable de todo es Cooper Hale.

Quinn alzó su mano:

—No mencione nombre alguno. Todo lo que usted sabe es que John Ansel es inocente. El resto me lo deja mí.

—Muy bien —contestó ella.

Quinn me miró.

—Y dependerá de ustedes para conseguir la información necesaria —declaró.

Siempre que un cliente extendía un cheque, Berta consideraba el momento como sagrado. El más pequeño ruido, arriesgar un comentario podría causar una interrupción. Por eso, Bertha estaba sentada allí, muy silenciosa, conteniendo la respiración, mientras la pluma de Mrs. Endicott se deslizaba sobre el trozo de papel rectangular. Cuando el cheque estuvo firmado, Bertha exhaló el aire que había estado aguantando durante el acto. Observó cuando pasó de la mano de Mrs. Endicott a la de Barney Quinn. Entonces respiró profundamente.

—¿Cuándo comemos? —preguntó.

capítulo diez

LOS diarios de la mañana publicaban grandes titulares que decían:

«
SOSPECHOSO
DE ASESINATO CAE EN LA TRAMPA DE LA POLICÍA».

El relato era largo. El misterioso asesinato, acaecido seis años atrás, del millonario Karl Carver Endicott, que tenía extensos intereses petroleros por todo el país, así como grandes plantaciones de naranjales, estaba a punto de resolverse, al decir de la policía.

Hacía tiempo que la policía contaba con una buena descripción del asesino. Un individuo que en aquella fecha era chófer de taxi, pero que desde entonces había prosperado, gracias al corretaje de fincas y otras inversiones, les facilitó una detallada descripción del último hombre que había visto vivo a Endicott.

La policía siempre había actuado basándose en la teoría de que el asesino, quienquiera que fuese, había actuado por motivos sentimentales. Sabían, también, que la debilidad fatal del caso estribaba en que Drude Nickerson, el antiguo taxista, era el único testigo ocular del presunto asesino.

Por lo tanto, y como último recurso, la policía preparó una trampa con la cooperación de la prensa.

Un vagabundo sin identificación murió cerca de Susanville, en un accidente de tránsito, aprovechando lo cual la policía efectuó los arreglos necesarios para que Drude Nickerson permaneciera fuera de circulación durante unos días. Simularon que se identificaba a la víctima como Drude Nickerson y, gracias a la cooperación de la prensa, se había logrado que el sospechoso se sintiera seguro.

Después, se había logrado que el sospechoso se sintiera seguro.

Tras haberse mantenido oculto durante todos esos años, John Dittmar Ansel —el cual se suponía muerto en el Amazonas, años antes— volvió a la vida normal. Pocas horas después del anuncio de que la policía daba por cerrado el caso del asesinato de Endicott, debido a la muerte del único testigo que podía identificar el presunto asesino, John Dittmar Ansel y Elizabeth Endicott, la rica viuda de Karl Carver Endicott, se habían presentado en Yuma, Arizona, habían obtenido un permiso para casarse y estaban a punto convertirse en marido y mujer, cuando la policía —que permanecía, esperando entre bastidores— cayó sobre la pareja, y se llevó a Ansel a la cárcel.

Todavía no se habían levantado cargos contra Elizabeth Endicott, pero el fiscal del condado de Orange había anunciado que quería interrogarla como testigo material, y pensaba hacerlo así. Su interrogatorio, según indicó, intentaría determinar si Mrs. Endicott sabía que Ansel estaba vivo, y dónde se había escondido durante los últimos seis años; el número de veces que Mrs. Endicott había visto a Ansel; qué es lo que había hecho para ayudarle a mantenerse oculto, y si sabía algo concerniente al asesinato de su marido que no se hubiera declarado previamente a las autoridades.

El periódico señalaba que debía recordarse que mistress Endicott había abandonado la casa poco antes del crimen. La hora de éste había podido fijarse con exactitud y Mrs. Endicott tenía una especie de coartada en el hecho de haber estado —aparentemente— poniendo gasolina a su coche en una estación de servicio situada a unos tres kilómetros de la casa, a la hora exacta de haberse cometido el asesinato.

El fiscal añadió que se iba a abrir una nueva investigación sobre ese elemento de tiempo, y que el caso entero iba a ser completa y totalmente investigado de nuevo.

Nos desayunamos y regresamos a Los Ángeles. Fui a una peluquería, me hice afeitar y dar masaje, con montones de toallas bien calientes.

Al regresar a la oficina, Elsie Brand, mi secretaría, le dio una nota con un número de teléfono al que tenía que llamar.

—¿No dieron nombre? —le pregunté.

—No, no dieron nombre, sólo una voz muy seductora que dijo que le conoció en Reno, y que si quisiera usted llamarle.

Llamé, Stella Karis me dijo:

—Estaba preguntándome si le gustaría desayunar conmigo.

—Yo soy trabajador —le respondí—. Hace ya mucho tiempo que lo hice.

—¿Cuánto tiempo?

—Horas.

—Entonces tal vez le apeteciera desayunar por segunda vez.

—¿Dónde está usted?

—En mi piso.

—¿Cómo regresó? —le pregunté.

—En coche, por carretera.

—¿Cuándo llegó?

—Anoche, alrededor de las once.

—¿Ha leído los periódicos?

—No.

—Hay algunas noticias que conciernen a Citrus Grove —le dije —. Le interesaría verlas.

—Ya las leeré. La cuestión es: ¿viene a desayunar?

—¿Cuándo?

—Ahora.

—¿Dónde?

—Apartamentos Monaster.

—Voy para allá —le dije.

Elsie Brand, que había estado escuchando la conversación, tenía cara de póker.

—¿Quiere dictarme la correspondencia ahora, Donald? —me preguntó.

—Ahora no —le contesté—. Estoy ocupado.

—Va me lo parecía.

—Mire, Elsie, si Bertha me llama, le dice que ya he estado aquí y que me he vuelto a marchar. Usted no sabe dónde. Ya conoce a Bertha lo suficientemente bien para saber si es algo importante o si simplemente está vigilándome. Si se trata de algo verdaderamente importante, telefonéeme a este número; pero no se lo dé a nadie, y no llame a menos que sea algo muy importante. ¿Entendido?

Asintió con la cabeza.

—Buena muchacha —le dije, al tiempo que le daba una palmadita en el hombro cuando salía.

El edificio de Apartamentos Monaster era pequeño, pero elegante, y Stella Karis tenía un piso muy bonito, donde entraba la luz del sol por las ventanas, orientadas hacia el Este.

Llevaba puesto una especie de vaporoso modelo, que constantemente se abría por la garganta, con unas largas mangas acampanadas que se hubieran metido en el café, encima de los huevos y en las tostadas, si no hubiera sido una especie de acróbata doméstica que se cogía la tela justamente a tiempo.

La contemplaba fascinado.

Resultó un desayuno agradable. Yo no lo necesitaba, pero estaba sabroso.

—Donald —me dijo después que hube limpiado mi plato—, ¿sabe una cosa?

—¿Qué?

—Yo le conté lo de Nickerson.

—Lo recuerdo.

—No está muerto.

—Ya le dije que leyera el periódico.

—No me hizo falta, me llamó esta mañana a las siete.

—¿Se sorprendió al oír su voz?

—Me impresionó desagradablemente. Yo… bueno, confiaba que no volvería a tener nada que ver con él.

—Le molesta ser sincera y decir que tenía esperanzas de que hubiera muerto, ¿no es así?

—De acuerdo, tenía esperanza de que hubiera muerto.

—Así está mucho mejor.

—Me llamó para decirme que necesitaba diez mil dólares más. Que los miembros del consejo cívico de la ciudad estaban más exigentes de lo que esperaba, y que querían cinco mil cada uno, y eran cinco. Que a ese precio no le quedaría un céntimo para él. Que estaba avergonzado por no haber podido cumplir lo prometido; de modo que sólo actuaría como intermediario y recadero. Y agregó que me regalaría sus servicios y no tomaría un céntimo.

—Un filántropo, ¿eh? —le pregunté.

—Eso es lo que me dijo.

—¿Y qué hizo usted?

—Le contesté que tenía que pensarlo.

—¿Y entonces preparó el desayuno para atraerme aquí? —le

pregunté sonriendo.

Lo pensó un poco y, luego, sonriendo también, admitió:

—Conforme, preparé el desayuno, y le atraje aquí.

—Soy un profesional —le dije—. Tengo un socio y vendemos nuestros servicios.

—Estoy dispuesta a comprar sus servicios.

—No puedo venderlos en este caso. No puedo admitirla como cliente.

—¿Por qué no?

—Porque podría haber un conflicto de intereses.

—¿Y no puedo llegar a ser cliente suya, sin importarle lo que pague?

—No en lo que respecta a Nickerson.

—¿Y, como amigo, podría sugerirme algo?

—Como amigo, sí.

—¿Qué?

—Dígale que se vaya al infierno —le dije—. Dígale que quiere que le devuelva sus quince mil.

—¿Que quiero que me devuelva dinero un hombre como Nickerson? —me preguntó—. ¿Está usted loco?

—Yo no le digo que se lo vaya a devolver —le contesté—. Simplemente dígale que usted quiere que le devuelva el dinero.

—¿Y, luego, qué ha de hacer?

—Luego Nickerson le preguntará qué es lo que se propone usted.

—¿Y qué más?

—Entonces, le dice que tiene un proyecto para acabar con toda le podredumbre de Citrus Grove.

—¿Y después qué hago?

—Cuelgue el auricular.

—¿Y qué sucederá?

—Que la ordenanza municipal se aprueba y pasa, y usted completa el negocio con la fábrica.

—¿Está usted seguro?

—Naturalmente que no estoy seguro. Depende de hasta dónde están mezclados los miembros del consejo municipal en el asunto. Depende de cuánto ha sido la tomadura de pelo, por parte de Nickerson. Y depende de si ha llegado a dar un solo dólar de los quince mil a alguien más.

—Por supuesto, yo no tengo nada que le pueda comprometer — arguyó ella.

—¿Le pagó quince mil dólares al contado?

—Sí.

—¿Cómo?

—En tres pagos de cinco mil cada uno.

—¿De dónde sacó el dinero?

—Del Banco, naturalmente.

—¿Cómo?

—Con cheques al portador.

—¿Cinco mil cada vez?

—En efecto.

—¿Por qué en tres veces?

—Porque así lo quiso Nickerson.

—¿Con qué intervalos entre los tres plazos?

—De un día par en medio. Quiso cinco mil el lunes, cinco mil el martes y cinco mil el miércoles.

—¿Dónde le hizo los pagos?

—Aquí.

—¿En este piso?

—Sí.

—Cuénteme algo de la fábrica —le pedí.

Ella vaciló.

—O no me lo cuente. Como usted quiera —le dije—. Y no me diga nada confidencialmente. Estoy trabajando en otro asunto, y si me parece aconsejable utilizar su caso como una carta de triunfo para el mío, lo haré.

—¿Quiere decir el caso de Endicott?

—Pudiera, ser.

—Después de todo, no sé por qué me he callado algunas cosas que debiera haber propagado.

Miré el reloj.

—Está, bien, se lo voy a contar —exclamó—. La fábrica es de novedades. Quiere hacer caramelos ácidos a base de no sé qué material resinoso, naranjas que parezcan de verdad, pero a una escala miniatura, envasadas en cajitas de empacar como las verdaderas. E igual con limones. Quieren presentar varios recuerdos de California del sur, para servir al comercio de objetos de regalo, y

también cosas que se puedan enviar al Este. Recuerdos de California. Quiere la dirección de Citrus Grove en su papel de cartas y en sus cajas. La gerencia opina que las palabras «Citrus Grove», California, serán una buena marca comercial.

—¿Y van a producir en gran escala?

—En gran escala. Van a vender directamente por correo. Van a colocar sus productos por todas partes donde la gente compra artículos de regalo. En los aeropuertos, estaciones ferroviarias, puntos escénicos interesantes, etc.

—¿Qué extensión de terreno quieren?

—Cuatro hectáreas.

—¡Cuatro hectáreas!

—Exactamente.

—¿Pero qué pretenderán hacer con cuatro hectáreas?

—Porque ese solar de cuatro hectáreas tiene facilidades para un desviadero del ferrocarril, y…

—¡Un desviadero del ferrocarril!

La joven asintió con la cabeza.

Estuve discurriendo sobre aquello, preguntándole luego:

—¿Está usted en tratos directos con la compañía, o con algún corredor?

—Trato directamente con la compañía. El presidente es un tal Seward, Jed G. Seward.

Volví a pensar intensamente en aquello.

—Pero, dígame una cosa —le pregunté—: ¿están esas cuatro hectáreas en la misma demarcación?

—Una parte está demarcada como propiedad residencial, y la otra parte dentro de un distrito comercial limitado.

—¿Y cómo es que hay cuatro hectáreas de terreno sin edificar, que…?

—¡Oh, no! Hay algunos edificios —me interrumpió—. Son edificios pequeños, baratos, del tipo de caja de galletas.

—¿Y es usted la propietaria de todos? ¿Cómo es que no pertenecen a varios dueños?

—Porque mi tía fue muy lista. Ella decía que la propiedad sería extraordinariamente valiosa a medida que la ciudad creciera, y durante varios años estuvo adquiriendo trozos de propiedad tan pronto como se ponían en venta. Finalmente acabó por adquirir

cuanto quedaba, pagando precios bastante elevados por algunas propiedades.

—¿Y ahora todo es suyo?

Movió la cabeza afirmativamente.

—Yo era toda su familia. Tengo algunas propiedades que no sé qué hacer con ellas. No me gusta administrar propiedades. Soy artista; me gusta dibujar y pintar. Ahora soy absurdamente rica.

Me miró pensativamente.

—Necesito un administrador, un hombre listo que pueda entenderme…

—¿Quiere un consejo? —le interrumpí.

—De usted, sí.

—Vaya a su Banco —le dije—. Confíe todos sus asuntos al departamento administrativo. Dígales que quiere usted una renta, y déjeles convertir sus propiedades en acciones y valores sólidos que le proporcionen una renta.

—No me gustaría hacer eso. Los Bancos son demasiado impersonales. Sería como declararme incompetente y tener al Banco por guardián.

—Necesitará un guardián, si empieza a buscar administradores de propiedad que congenien con usted.

—Puedo confiar en mi instinto.

—Eso prueba que necesita un guardián.

—Yo sé lo que hago.

—Está bien. Olvídelo. ¿Cuándo volverá a llamarla Nickerson?

—Esta tarde.

—Dígale que se vaya al infierno —le dije.

—Donald, es un negocio bonito. Bueno, si lograra hacer pasar la ordenanza municipal, podría…

Moví la cabeza.

—No logrará hacerla pasar.

—¿Por qué no?

—Porque es usted un bebé en pañales —le contesté—. Una compañía de artículos para regalos, novedades, etc., no necesita cuatro hectáreas de terreno con facilidades para un desvío de ferrocarril.

—¡Sí que las necesita! Han dejado una buena cantidad en depósito y en efectivo.

—Y —continué—, Nickerson está realizando un juego inteligente. Los quince mil fueron tan sólo el comienzo.

—Pero es que ya he invertido tanto, que yo…

—Eso es justamente lo que Nickerson piensa —le dije—. Y después que haya puesto veinticinco mil, también tendrá eso invertido. Entonces, habrá que poner otros veinte, y ya será tanta la inversión que no podrá echarse atrás y tendrá que formar sociedad con él.

—Pero, Donald, es… es que significa tanto y parece tan tonto el…

—Mire —le dije—, está tratando con unas autoridades municipales corrompidas. Está tratando con un bandido. Es el principal testigo de un asesinato, y le van a hacer polvo cuando comparezca a declarar. Aléjese de él. Mándele al infierno. Me pidió consejo, y se lo he dado. Puede que valga y puede que no; pero por lo menos sí vale un par de huevos fritos y una taza de café.

El rostro de la muchacha se sonrojó.

—No era mi intención el… Bueno, no es lo que usted cree. Yo quería hacerle una oferta. Me es usted simpático. Necesito a alguien que…

—Olvídese de eso —le dije—. Vaya a su Banco, y haga lo que le he dicho.

Stella se enfureció.

—No cree usted que mi instinto sea de fiar, ¿verdad? Y se imagina que yo escogería a un sinvergüenza. ¿Es usted un sinvergüenza? Le doy la ocasión de estafarme, y lejos de aprovecharla me manda a un Banco. ¡Y luego dice usted que no soy capaz de escoger hombres que…!

Sonó el timbre del teléfono una y otra vez. Stella lanzó una exclamación de disgusto, levantó el auricular, murmuró: «Hola», y luego, frunciendo el ceño, dijo:

—Es para usted, Donald.

Cogí el teléfono, y oí la voz de Elsie Brand que decía:

—El proceso ya ha comenzado, Donald. Barney Quinn ha hecho unas declaraciones desde Santa Ana. Ya estamos metidos de lleno en él y Bertha Cool anda histérica. Aquí, en la oficina, hay un par de periodistas.

—Procure detenerles. Iré inmediatamente.

—¿Qué quiere decir con «inmediatamente»? —me preguntó con escepticismo.

—Pues quiero decir eso: Inmediatamente.

Agarré mi sombrero, dije:

—Gracias por el desayuno, querida —y salí disparado hacia la calle.

capítulo once

LOS ojillos de Bertha Cool resplandecieron cuando entré en la oficina. Los periodistas le habían estado haciendo pasar un mal rato.

Había, dos reporteros y un fotógrafo. Les estreché las manos a todos.

—¿Qué desean saber, muchachos? —les pregunté.

Todos eran veteranos, y no se andaban con rodeos.

—¿Trabajan ustedes a cuenta de los acusados en el caso Endicott?

—¿Es que hay dos acusados? —pregunté.

—Puede haberlos.

—Trabajamos para Barney Quinn —respondí.

—¿Y cómo escogieron a Barney Quinn por abogado?

—¿No es un buen abogado?

—No lo sé. Sólo pregunto cómo le escogieron.

—Sería mejor que se lo preguntaran a Ansel.

—Escuche, Lam. Usted lleva trabajando en esto desde hace varios días. Fue a Citrus Grove y estuvo buscando en los archivos del periódico. Hizo preguntas acerca de Endicott.

—Todo eso es cierto —dije.

Bertha dejó escapar un sonido entrecortado.

—Yo lo había negado, Donald —exclamó.

Me senté en el borde del escritorio, y sonreí.

—No le mientas a los periódicos, Bertha. Es un mal negocio. Diles la verdad o quédate callada.

—¿Entonces es verdad? ¿Estuvo usted allí, trabajando en el caso Endicott?

—Yo no dije eso.

—¿Qué dijo entonces?

—Estuve trabajando en Citrus Grove. Consulté archivos antiguos del «Clarín de Citrus Grove». Hice preguntas sobre Endicott.

—¿Y eso no es lo mismo?

—No, no es lo mismo.

—¿Por qué?

—Porque yo estaba buscando algo que no tenía nada que ver con el asesinato. Yo no supe que Endicott había sido asesinado hasta después de haber conversado con la gente del periódico.

—¡Vaya con ésa!

—Es la verdad, muchachos. Estoy siendo absolutamente veraz con ustedes.

—Entonces, ¿para qué fue usted allí?

—Para otro asunto.

—¿Qué asunto?

—Estaba investigando algunas cosas para un cliente cuyo nombre no puedo revelar —les dije—. Para su información, Citrus Grove está a punto de convertirse en el centro de uno de los mayores desarrollos industriales de esta parte del país. Un gran fabricante de automóviles del Este está buscando el lugar apropiado para instalar una planta de montaje, con espacio adecuado, facilidades ferroviarias, suficientes facilidades para expansión residencial, y todo lo demás que acompaña a una empresa de esa índole. Citrus Grove ha sido elegida, en principio, como el lugar indicado. Con objeto de obtener el sitio que quiere la compañía, fue necesario cambiar las disposiciones territoriales en un trozo de propiedad contiguo a las posesiones que la compañía había adquirido en secreto. En atención a la expansión comunal, en atención a aumentar la vida industrial de la California Sureña, la ordenanza municipal correspondiente debiera haberse modificado como un simple hecho natural. En realidad, ha habido una demora y la compañía está preocupada por ello. Ha habido indicaciones de que ciertas personas influyentes estaban tratando de sacar dinero. La compañía ha querido que esa situación se investigue. En realidad, la compañía no quiere invertir capital en una ciudad donde existe corrupción.

—¿Podemos mencionarle como autor de esas declaraciones? —preguntaron los periodistas.

—Pueden citarme.

—¿Y acerca de esa fábrica que viene a la California Sureña?

—Así es.

—¿Qué fábrica?

—No puedo divulgar esa información.

—¿Dijo usted que se trata de un fabricante de automóviles del Este?

—Eso es lo que he dicho —les contesté—, y pueden citarme; pero no se sorprenden demasiado si resulta ser una factoría de tamaño similar, pero para otra industria.

Los lápices se movían rápidamente sobre las libretas, tomando apuntes. Bertha me miraba con asombro, incredulidad y sorpresa reflejados en su rostro.

—¿Y qué hacía usted en Citrus Grove revisando los ejemplares antiguos del periódico?

—Tratando de obtener informes personales de cierto individuo.

—¿Para eso fue luego a Susanville?

—Para eso fui luego a Susanville.

—¿Y se encontró allí al sheriff del condado de Orange, y le echaron de la ciudad como a un vagabundo?

—Me pidieron que abandonara la ciudad, como un favor personal a un miembro de la policía de aquí.

—¿Por qué?

—Porque, según pienso ahora, la policía estaba preparando la trampa para la persona a quien creían asesino de Karl Carver Endicott. Esto yo lo ignoraba por entonces. Se me pidió que me retirara como un favor especial, y como me convencí de que la pista que seguía no me iba a producir nada, me marché.

—¿Ofrece seguridad presumir que la persona que investigaba estaba mezclada con la corrupción que usted ha mencionado?

—Eso depende de lo que quiera usted decir con «seguridad» al suponer eso. Si usted lo cree así, magnífico. Pero si quiere publicar semejante suposición, podría verse envuelto en un juicio por difamación.

Se quedaron algo pensativos con aquello.

—¿Y cómo ha llegado a verse mezclado en el caso Endicott?

—Quinn nos contrató.

—¿Cuándo?

—Esta mañana muy temprano.

—¿Les llamó él?

—Sí, cambiamos impresiones por teléfono.

—¿Dónde se celebró la conferencia?

—En su oficina.

—¿No es realmente una coincidencia que en los últimos días les hayan caído dos asuntos relacionados con Citrus Grove?

—Eso depende de su punto de vista. Yo creo que, en realidad, debemos estarle agradecidos al «Clarín de Citrus Grove», por el artículo que publicó acerca de que yo me hallaba investigando el asesinato de Endicott. Barney Quinn leyó el artículo. No me sorprendería que, en esas circunstancias, tuviera algo que ver con el hecho de encontrarse trabajando para el caso Endicott.

—¿Qué es lo que va a hacer Mrs. Endicott? ¿Piensa cooperar con las autoridades?

—Sobre Mrs. Endicott tendrá que preguntarle a Quinn.

—¿A qué se deberá que John Ansel, al que se suponía habían matado en la selva del Amazonas hace varios años, no quisiera que se supiese que estaba vivo?

—Eso se lo tendrá, que preguntar a Quinn.

—¿Por qué se mantuvo oculto?

—No lo sé. A lo mejor estaba investigando por su cuenta. Tendrá que preguntárselo a Quinn.

—¿Es verdad que Mrs. Endicott supo que Ansel vivía antes que mataran a su marido?

Les dije:

—Escuchen, muchachos, están ustedes perdiendo mucho tiempo. Ya tienen una historia estupenda. ¿Por qué no se marchan a escribirla para sus periódicos? Saben muy bien que no podemos decirles nada de lo que los protagonistas de este proceso piensan hacer. Barney Quinn es la única persona que podría realizar alguna declaración a ese respecto. Tal y como están las cosas, ya he dicho demasiado. Nosotros trabajamos en el caso Endicott. Ustedes querían informes y yo les he dado un aspecto del asunto enteramente nuevo.

Se cambiaron miradas y asintieron. El fotógrafo me retrató, sentado en un borde del escritorio de Bertha. Luego hizo otra foto de Bertha y yo «conferenciando», y una de Bertha y mía estrechándonos las manos.

Nos saludaron y se marcharon.

—¡Qué tipo tan fresco eres! —gritó Bertha—: ¡Te van a crucificar por eso!

—¿Por qué?

—Por todos esos informes falsos.

—Espera a ver —le dije.

capítulo doce

EL artículo apareció con grandes titulares en la prensa de la tarde. La edición nocturna del «Clarín de Citrus Grove» contenía una declaración de Bailey Crosset, uno de los concejales de la población.

Crosset negaba rotundamente la escandalosa acusación hecha por un «detective irresponsable de Los Ángeles», en el sentido de que uno o varios miembros del consejo municipal de Citrus Grove hubieran recibido dinero o estuvieran estorbando el progreso de la ciudad.

Admitía, sin embargo, que se estuvo discutiendo extraoficialmente la modificación de una ordenanza municipal que afectaba a una extensión de tierras. El consejo municipal tenía el asunto en estudio.

Crosset afirmaba que en ninguna oportunidad recibió dinero alguno, en relación con sus deberes de concejal. Era, no obstante, un político, y como tal, tenía derecho a aceptar contribuciones con destino a sus campañas políticas. A ese efecto, había aceptado una contribución de Drude Nickerson, por la cantidad de dos mil dólares. Cuando Nickerson le dio el dinero, Crosset entendió que aquello no tenía motivos ulteriores; pero ahora iba a realizar una investigación, y si resultaba que Nickerson aparecía interesado de alguna manera en el asunto de la modificación de la ordenanza municipal, sería una novedad para Crosset, y, como cuestión de principio, votaría contra cualquier cambio de la ordenanza, para que no existiera la menor duda en cuanto a que él llegara a recibir dinero por ese motivo.

El periódico continuaba diciendo que Drude Nickerson, que había sido mencionado por Crosset como el que hizo una contribución de dos mil dólares a su campaña política, era el mismo Drude Nickerson, testigo en el proceso Endicott, y que por tal

motivo, de momento, no estaba en disposición de ser interrogado.

Los diarios de Santa Ana publicaron un artículo acerca de una importante empresa del Este, que buscaba terrenos adecuados para erigir una planta, y que, en principio y según rumores, escogió a Citrus Grove, pero que ahora había indicaciones de que se estaba considerando una propiedad contigua a Santa Ana, para esta gran expansión industrial.

Stella Karis me llamó por teléfono. Estaba tan furiosa que apenas podía hablar.

—¿Qué demonios es lo que me ha hecho? —me preguntó—. ¡Vaya con el bandido traidor! ¡Y todavía…!

—Cállese —le interrumpí—. Ya le dije que ningún informe que me diera sería confidencial.

—Ésas pueden haber sido sus palabras, pero en la forma que me lo dijo usted… Usted…

—Escúcheme —le dije—. ¡No se desanime! La última vez que la vi estaban tratando de sacarle diez mil dólares, además de los quince mil que ya pagó. No ha vuelto a saber nada más de ese asunto, ¿no es verdad?

—No —tuvo que admitir.

—Ni volverá a saber nada —le aseguré—. No se apure ni sea tonta. Vaya al Banco. Encomiéndeles sus asuntos para que se los administren y empiece a pintar desnudos.

Y, con esas palabras, colgué.

Recibí otra llamada. La voz era suave y cálida.

—¿Mr. Lam?

—El mismo.

—Soy Home Garfield, Presidente de la Cámara de Comercio de Citrus Grove.

—¿Cómo está, usted, Mr. Garfield?

—Muy bien, gracias, Mr. Lam. He estado leyendo en la prensa varias declaraciones acerca de una posible expansión de Citrus Grove. La fuente de información de dichas declaraciones parece provenir de usted, Mr. Lam.

—Así es.

—¿Puedo preguntarle si tiene informes verídicos?

—Sí puede hacerlo.

—¿Y los tiene usted?

—Sí, los tengo.

—¿Me puede decir cuáles son?

—No.

—¿Por qué?

—No puedo darle más informes que los que he facilitado a la prensa —le contesté—. Sin embargo, puedo decirle esto: el periódico de la noche trae unas declaraciones de Bailey Crosset, sobre una contribución para una campaña política, que le hizo Drude Nickerson. ¿Por qué no se pone en contacto con Nickerson y averigua lo de esa contribución? ¿Por qué no interroga a los demás concejales, para ver si también ellos han recibido aportaciones similares?

—Nickerson no está disponible.

—Pero ¡qué diablos! —le dije—. Usted representa a la Cámara de Comercio. ¿Quién le va a decir que Drude Nickerson no está disponible? ¿Va a sentarse tranquilamente, y dejar que una fábrica, con una nómina anual de veinte millones de dólares, se le escape de las manos, y se vaya a Santa Ana, porque su ciudad está tan corrompida que una industria no puede lograr una razonable modificación de una pequeña ordenanza municipal? ¿Va a dejar que un puñado de politicastros le ahuyente veinte millones de dólares de los bolsillos de sus comerciantes, porque quieren una miserable contribución para gastos electorales?

Carraspeó y me contestó:

—Ése es un punto que deseo discutir, Mr. Lam, Quiero saber más acerca de ello.

—Entonces no está hablando con la persona indicada —le dije —. El fiscal de un distrito tiene un puesto electivo. Su sheriff también tiene un puesto electivo. ¿Quién diablos va a impedirle hablar a Drude Nickerson de un asunto como éste? Usted se queda ahí sentado, retorciéndose los dedos, y Santa Ana acabara llevándose la fábrica.

Nuevamente carraspeó, antes de decir:

—¿Puedo preguntarle de dónde sacó la cifra de veinte millones de dólares de nómina, Mr. Lam?

—De mi cabeza —le contesté colgando el teléfono.

Salí en busca de la secretaria que Karl Endicott había despedido, la que le fue a Mrs. Endicott con el cuento de que a John Ansel le

habían enviado a una expedición suicida.

No me costó mucho trabajo dar con ella.

Se llamaba Helen Manning. No parecía fea. Rubia, con ojos azules, de anchas caderas, pero ¡qué clase de mecanógrafa era la niña!

Trabajaba en una oficina donde su patrón no le gustaba que hablara en horas de trabajo, y ella, por consiguiente, no quería hacerlo bajo ningún concepto.

Por fin, acabamos citándonos para cenar juntos.

Regresé a la oficina, y al entrar me dijo Elsie Brand:

—Tiene usted un telegrama.

Era de Barney Quinn, y decía simplemente: «Magnífico. Siga así».

Un periodista del «Clarín de Citrus Grove» llamó pidiendo una entrevista.

—No puedo hablar del proceso —le dije—. Tendrá que hacerlo con Mr. Quinn y…

Su voz indicaba tensión nerviosa.

—¡Al diablo con el proceso! —me interrumpió—. ¿Qué hay de esa fábrica?

—¿Ha hablado usted con el presidente de la Cámara de Comercio sobre esa fábrica? —le pregunté.

—¿Qué si he hablado con él? —me contestó la voz—. Él ha hablado con nosotros.

—¿Se ha puesto usted en contacto con Drude Nickerson? —le pregunté.

—Óigame —me dijo—, ¿qué es todo eso de Drude Nickerson?

—Le he preguntado, simplemente, si se había puesto en contacto con él.

—No —contestó secamente.

—Le sugiero que lo haga.

—Escúcheme —dijo—, está pasando algo. Otro de los concejales ha declarado que él también recibió una contribución de dos mil dólares de Drude Nickerson para gastos electorales. Insiste en que en ello no había nada que pudiera relacionarse con una ordenanza territorial. Dice que va a investigar el asunto, y que si el dinero pudiera significar un intento de hacerle votar por una modificación de la ordenanza territorial, lo hará en contra.

—¡Qué magnífico puñado de concejales tienen ustedes! —le dije.

—¿Es eso sarcasmo?

—¡Es sarcasmo! —le contesté—. ¿Qué está diciendo? Todos esos señores han aceptado ayudas para la campaña electoral. Y dicen que, si esas aportaciones estuviesen relacionadas de algún modo con las ordenanzas pendientes, votarán contra las ordenanzas en cuestión.

—Oiga, espere un momento —replicó el periodista—. ¿Cree usted que eso es justo?

—¿Qué es lo que es justo?

—Que voten de esa manera contra una ordenanza cuya modificación podría significar un aumento de prosperidad para esta comunidad.

—Eso presenta el asunto sobre una base de dólares y centavos —le respondí—. Los concejales lo presentan sobre la base de integridad personal. Me sorprende que llegue usted a una consideración de esa índole, cuando se trata de una decisión que afecta a la integridad personal de cualquier miembro de su consejo municipal. Y no tengo nade que decir.

Y colgué.

Esperé diez minutos, y telefoneé al Home Garfield, presidente de la Cámara de Comercio de Citrus Grove.

—Tengo entendido que hay otro concejal que ha admitido haber recibido dos mil dólares de Nickerson, como aportación a su campaña electoral —le dije.

Su tono de voz era canto esta vez.

—Sí —contestó—, es verdad.

—¿Se ha entrevistado con Nickerson?

—Como ya le dije anteriormente, Nickerson no está disponible.

—¿Va usted a dejarles que continúen con el asunto? —le pregunté—. ¿Por qué tiene Nickerson que hacer contribuciones para campañas electorales?

Dijo secamente:

—Contribuciones de dos mil dólares son un poco altas para el puesto de concejal.

—Es verdad —afirmé—. Y también podría preguntarle a Nickerson qué otras contribuciones se han hecho para campañas electorales. Sería interesante averiguar si los cuatro mil dólares

representan las únicas contribuciones que ha hecho.

—¿Puedo preguntarle cuál es su interés en este asunto, Mr. Lam?

—El interés por un gobierno honrado —le contesté—. El interés de mantener los ideales de nuestra patria. El interés de evitar que los comerciantes de su ciudad le miren como a un infeliz, que deja esconderse a Nickerson tras las faldas del fiscal del distrito, simplemente porque es testigo de una causa criminal.

—El fiscal del distrito me ha dicho que se halla usted sumamente interesado en ese proceso criminal.

—Y le ha dicho la verdad.

—Y que le gustaría ver a Nickerson desacreditado.

—Me gustaría averiguar la realidad de los hechos.

—Y añade que no permite que su departamento se encuentre colocado en la posición de sacarle a usted las castañas del fuego.

—¿Quiere decir que no puede interrogar a Nickerson?

—Eso es lo que él dice.

—¿Y que el gran jurado tampoco podrá interrogarle?

—Eso no se lo he preguntado.

—¿Quiere usted decirme cuál es su ocupación, Mr. Garfield?

—Tengo una ferretería aquí.

—¿Algunas propiedades en Santa Ana?

—No.

—¿Ningún solar por edificar?

—Bueno… tengo alguna propiedad rentable en Santa Ana.

—Me doy cuenta.

—Exactamente, ¿qué es lo que quiere decir?

—Nada, nada, sólo preguntaba; pero me parece que está usted en mala situación. No quisiera hallarme en su lugar. Si ponen la fábrica, en Citrus Grove, usted no consigue crédito alguno por ello, y si Santa Ana se la lleva, todo el mundo dirá que se vendió. Es una situación difícil.

Evadió aquello, y dijo a su vez:

—La única compañía de automóviles que tiene razones para, dar tal paso, niega tener el menor interés en esta nueva empresa.

Le contesté:

—¿Recuerda a las autoridades británicas, que negaron de manera inequívoca que Inglaterra, abandonaría el patrón oro?

No hizo comentario alguno, y continué:

—Si no hay tal compañía que está pensando en edificar una fábrica de esa naturaleza, ¿cómo se explica que por lo menos dos, y probablemente todos sus concejales, hayan recibido dos mil dólares para gestos de campaña?

—¡Ése —explotó— es el detalle que me preocupa!

—Y no hay para menos —le aseguré—. Déjeme preguntarle otra cosa. ¿Cree usted que las preguntas que pudiera usted hacerle a Drude Nickerson sobre las dichosas contribuciones políticas, podrían afectar de algún modo sus declaraciones en el proceso criminal Endicott?

—No veo razón alguna para que lo hiciera.

—Ni yo tampoco —le respondí—. Entonces, ¿por qué se empeña el fiscal en mantenerlo apartado? Y ahora tengo que colgar, Mr. Garfield. Me esperan para cenar. Adiós.

capítulo trece

HELEN Manning se había emperifollado para nuestra cita. Tenía gusto para elegir su ropa. Había estado en un «salón de belleza», y mostraba ese algo indefinido que permite a ciertas mujeres llevar vestidos que parecen modelos parisienses.

Nos tomamos un par de cócteles, y cuando llegó el momento de pedir la cena, representó la acostumbrada comedia de fijarse mucho en lo que iba a comer, para conservar la línea; pero se rindió fácilmente al camarero, al menú, y a mis sugerencias. Empezó por un cóctel de langosta; luego, una sopa de tomate, un filete «mignon», ensalada de aguacate y toronja, una patata asada, y de postre, un pastel de fruta.

Después fuimos a su piso, y allá sacó una botella de licor de menta. Amortiguó las luces porque los ojos le escocían, tras un largo día en la oficina.

Cruzó las piernas. Las tenía bonitas. En la suave penumbra de la habitación, parecía rondar los veintidós años, y, sobre todo, tenía «clase».

Cuando la vi de día, aporreando la máquina de escribir en la oficina donde trabajaba, aparentaba veinticinco años, y se la veía cansada.

—¿Qué quiere usted saber? —me preguntó.

—¿Trabajó usted para Karl Carver Endicott? —le dije.

—Sí.

—¿En calidad de qué?

—Como secretaria particular.

—¿Y qué tal era para trabajar con él?

—Estupendo.

—¿Un caballero?

—¡Maravilloso!

—¿Algo amigo de tomarse confianzas?

—Nada de eso —dijo con acritud—. Nuestras relaciones eran puramente comerciales. Si no hubiera sido lo suficientemente caballero para mantenerlas así, yo era lo bastante señora para haber insistido en que así fuera.

—¿Conocía usted bien sus asuntos?

—Sí.

—¿Y en cuanto a honradez?

—Era escrupulosamente honrado. El empleo era muy bueno.

—¿Y por qué lo dejó?

—Por razones personales.

—¿Cuáles eran?

—Dimití.

—¿Por qué?

—Porque la atmósfera de la oficina cambió en un aspecto.

—¿En qué aspecto?

—Es difícil de explicar. No me llevaba muy bien con las otras muchachas de la oficina, y como podía colocarme en cualquier otra parte, no tenía que aguantar en un lugar que no me agradaba. Y por eso dejé el empleo.

—¿Se marchó disgustada?

—Por supuesto que no. Mr. Endicott me dio una excelente carta de recomendación, que puedo enseñarle si lo desea.

—Me gustaría verla.

Se levantó, y entró en su dormitorio, saliendo al poco con una carta escrita en el papel timbrado de las «Empresas Endicott».

Era una carta magnífica. En ella recomendaba a Helen Manning como competente secretaria, que había trabajado con él durante años. Renunciaba voluntariamente y él lamentaba la pérdida.

—Ahora bien —le dije doblando la carta—, poco después fue usted a hablar con Mrs. Endicott, ¿no es cierto?

—¿Yo? —exclamó con incredulidad.

—Usted.

—Puedo asegurarle que no —dijo—. Yo vi a Mrs. Endicott en la oficina una o dos veces, y sabía quién era, y, por supuesto, cambié algunas palabras con ella; pero eso es todo.

—¿No habló usted con ella después de abandonar su puesto?

—Puede ser que le haya dado los buenos días si me la encontré

por la calle, pero ni de eso me acuerdo.

—¿No la llamó usted por teléfono para preguntarle dónde podían encontrarse, porque usted tenía algo que comunicarle?

—Claro que no.

—Estupendo —le dije—. ¿Le importaría darme un certificado de su declaración?

—¿Y por qué he de hacer semejante cosa?

—Para que yo puede mostrar la realidad de los hechos a quienes me pagan, y cortar un rumor que anda rondando por ahí.

—Pero no veo la razón para hacer esa declaración.

—¿Es auténtica, no es así?

—Claro que lo es. Yo no mentí.

—Entonces puede extender un certificado.

Permaneció en silencio unos segundos. Y luego, preguntó abruptamente:

—¿Cómo se enteró de eso?

—¿De qué?

—De que fui a ver a Mr. Endicott.

—No sea tonta —le dije—. Usted no fue a verla; y me va a dar un certificado en que conste así.

—¡Está bien! —me gritó apasionadamente—, ¡sí fui a verla! Le conté cosas que creí debía saber.

—¿Qué pasaba con Karl Endicott? —pregunté.

—Muchas cosas —me respondió—. Después de todo lo que hice por él. Le dediqué los mejores años de mi vida. Le fui leal y adicta en absoluto. Aguanté cosas que… Cerré los ojos ante ciertos… Ni siquiera me permití que me pasara por la imaginación pensamiento alguno acerca de sus trampas y líos. Y entonces admitió a esa pícara. No habría estado tan mal si al menos hubiere podido hacer el trabajo; pero siquiera sabía escribir a máquina. Era una simple ramerilla que le había engañado y que…

—¿Y usted hizo una escena? —le interrumpí.

—Yo no hice escenas —me respondió—. Simplemente le dije a Endicott que si quería una amante, le debía poner un pisito, y no entorpecer el negocio, por empeñarse en tenerla en la oficina. Y también añadí que, si yo iba a seguir siendo la secretaria en jefe, deseaba hacer constar que yo era la secretaria en jefe, y que no quería que una aventurera cualquiera sin sesos, y sólo con cuerpo y

rostro, me dijera lo que tenía que hacer.

—¿Y entonces le despidió a usted?

Comenzó a llorar.

—¿La despidió? —insistí.

—Me despidió, ¡maldito sea! —me respondió entre sollozos.

—Eso ya está mejor —le dije—. Y fue usted a ver a la señora Endicott. ¿Y qué le dijo?

—Le dije lo que había ocurrido. Que Karl Endicott había enviado a John Ansel y a otro individuo a las selvas del Amazonas, sabiendo que aquello era un asesinato legalizado. Que lo que quería era verse libre de ambos.

—¿Cuándo supo eso?

—Lo sabía ya cuando hablé con Mrs. Endicott.

—¿Cuánto tiempo antes?

—No mucho.

—¿Por qué no?

—Porque… porque ni siquiera me preguntaba los motivos que Endicott pudiera tener.

—¿Cómo sabía él lo que se iban a encontrar en el Amazonas?

—Porque otras persones habían estado por la misma región. Aquélla fue una expedición de buena fe. Les mataron a todos y Endicott estaba enterado.

—¿Cómo?

—Porque se trataba de la expedición de otra compañía petrolera, y Endicott les pidió los datos.

—¿Cómo?

—Por correspondencia.

—¿Dónde está esa correspondencia?

—Supongo que en los archivos.

—¿No la sacó usted cuando se marchó?

—No, y ojalá, lo hubiera hecho.

—¿No tiene fotocopias?

—No.

—¿No hay manera de probar lo que usted sabe?

—Solamente que yo las vi y también que escribí a máquina alguna de las cartas en que Endicott pedía informes.

—¿Al marcharse usted, le facilitó Endicott algún arreglo económico? ¿Algún título de propiedad?

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—¿Lo hizo?

—No.

—¿Depende usted de su sueldo?

—Soy una muchacha trabajadora.

Me la quedé mirando. Seis años atrás debió ser algo muy serio: todavía era una mujer guapa. Por aquel entonces, tenía veintinueve años. Ahora, treinta y cinco. Escribía a máquina maravillosamente.

Después, le dije:

—Sería lamentable que algo de esto se publicara.

—¿Por qué?

—A los jefes no les gustan las secretarias impresionables que les van con cuentos a las esposas.

Se quedó pensativa. De pronto miré el reloj, y exclamé:

—Caramba, Helen, tengo que marcharme corriendo. Estoy trabajando en el proceso Endicott, y tengo un millón de cosas que hacer. Fue verdaderamente encantador por su parte el obsequiarme con esta velada deliciosa.

—Gracias por su maravillosa cena, Donald —me respondió.

Me acompañó hasta la puerta. Le di un beso de despedida, que no fue gran cosa. Estaba sumida en sus pensamientos y endemoniadamente preocupada.

capítulo catorce

EL alcalde Taber era un hombre de cincuenta y cinco años, de mandíbulas pronunciadas, labios gruesos, ojos color acero, fría mirada, y una costumbre de hablar a rápidos borbotones, que hacía que las palabras sonaran como disparos de ametralladora.

Cooper Hale era bajo de estatura, gordo y reposado. Me examinó de pies a cabeza, y volvió la vista; repitió nuevamente la operación, y otra vez volvió la vista.

Bertha hizo las presentaciones, y los dos hombres me estrecharon las manos. Taber llevaba la voz cantante.

—¡Una publicidad muy lamentable, realmente muy lamentable! Parece haber salido de esta oficina. No sé cuáles son sus fuentes de información, Lam, ni me importa. Todo lo que puedo decir es que se ha insinuado que el municipio de Citrus Grove ha estado durmiendo, y que hemos dejado que una estúpida ordenanza territorial se interpusiera en el camino del progreso.

Hizo una pausa, respiró profundamente, y siguió disparando las palabras.

—Eso no me gusta. No es manera de luchar. Si tienen ustedes alguna queja legítima contra el municipio, vengan a Citrus Grove y dígannos de qué se trata. No sé qué es lo que se proponen. Sé que andan mezclados en el proceso Endicott, y aunque no estoy preparado —todavía— para hacer una acusación directa y pública, no puedo evitar pensar que debe existir una relación con todo esto.

—¿Quiere decir que mis informes son falsos? —pregunté.

—Claro que lo son.

—¿Y qué me dice del fondo para la campaña de Crosset? —inquirí.

—Bien, eso sí que ha sido algo lamentable. Soy muy amigo de Crosset, y le respeto y admiro enormemente. Era un hombre de gran

integridad. Tiene unos principios tan rígidos, un patrón de honradez tan alto, que cualquier cosa que pudiera significar la manchita más imperceptible en su reputación, la hace crecer enormemente en su imaginación. Siento muchísimo lo sucedido.

—Igual que Crosset —le aseguré.

—Tiene derecho a aceptar contribuciones para campañas políticas, siempre que actúe de buena fe.

—Así es.

—Bueno, ¿entonces para qué hablar de ello?

—Dimitió, ¿no es cierto?

—Sí, dimitió.

—¿Por qué?

—Porque, tal como le acabo de explicar, su concepto del honor es tan alto, que no puede tolerar que la más leve sospecha recaiga sobre él.

—¿Y para con los otros?

—¿Qué otros?

—Los otros que también recibieron donativos de dos mil dólares, para sus fondos de campañas electorales.

—¿Sabe usted de algún otro que haya recibido?

—¿Tengo entendido que uno más declaró que había aceptado una contribución similar?

—Bueno, ¿y eso qué tiene de malo?

—Nada.

—¿Por qué lo saca a relucir entonces?

—No saqué nada a relucir.

—Usted hizo la pregunta.

—Estaba tratando de familiarizarme con la situación —respondí.

Hale cambió de postura, y levantando la vista hacia mí, dijo:

—Después de todo, Lam, puede ser que tampoco usted se encuentre en una situación invulnerable.

—¿De qué manera?

—De muchas maneras.

—Nómbrelas.

—No tengo por qué hacerlo.

—Nombre una.

—Me he limitado a hacer una observación.

—Está bien. Ya la hizo. Ahora retírela.

—No vinimos aquí a pelear —dijo Tober.

—¿Y para qué vinieron?

—Nos gustaría contar con la cooperación de su agencia.

—¿En qué forma?

—Ustedes han estado haciendo declaraciones a la prensa.

—¿Tiene alguna objeción que presentar?

—Nosotros opinamos que algunas de esas declaraciones que se han dado a la publicidad son irresponsables.

—¿Le gustaría ver cómo Santa Ana le quita una gran fábrica a Citrus Grove?

—Claro que no. Y para que lo sepa, no hay posibilidad de que suceda nada de eso.

—¿Quiere hacer una apuesta?

—Yo no soy apostador, pero sí un hombre de negocios.

—¿Es usted político?

—He actuado en la política.

—¿Y espera volver a hacerlo?

—Posiblemente.

—Esa compañía desea ir a Citrus Grove —le aseguré—. Ha elegido el sitio. Aspira a una cooperación razonable del municipio. Claro que no sé lo que dirá la prensa, pero conozco la idea que se le ha ocurrido a un periodista.

—¿Cuál es?

—Que una persona con relaciones públicas influyentes, y que posee terrenos en Citrus Grove, quiere cambiar el emplazamiento de la fábrica y está ganando tiempo con lo de la modificación de la ordenanza territorial, confiando así en que podrá, descubrir la identidad del fabricante y llevarse el negocio.

—¡Eso es totalmente ridículo! ¡Es absurdo! ¡Es completamente falso! —dijo Hale.

—Yo solamente comentaba la idea de uno de esos periodistas —le recordé.

—Si puede decirme quién es, le romperé las narices.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque nada de eso es cierto.

—¿Por qué va a romperle las narices entonces? ¿Qué le importa a usted?

Hale no contestó, y Taber dijo:

—Lo que quiere decir Mr. Hale es que la publicación de semejante historia, acompañada de las correspondientes insinuaciones, podría recaer sobre él personalmente.

—¿Quiere usted decir que Mr. Hale tiene propiedades en Citrus Grove?

—Siempre he sido un creyente convencido en el futuro de Citrus Grove —dijo Hale ceremoniosamente—. He hecho dinero por una serie de inversiones afortunadas en bienes raíces, que han aumentado mi fe en el crecimiento de la comunidad. He realizado considerables sacrificios personales para ayudar a esa comunidad.

—Así es verdaderamente —confirmó Taber.

—¡Ése es el verdadero espíritu de solidaridad! —le felicité.

—Está bien —intervino Bertha—. Este juego no nos lleva a ninguna parte. ¿Qué es lo que quieren?

—Mr. Nickerson es testigo en el proceso criminal Endicott —anunció Taber.

No hice un solo comentario.

—Y Mr. Hale también —continuó Taber.

—¿Y qué? —pregunté.

—Y ustedes están interesados en ese caso —dijo Taber.

—Trabajamos en él —le recordé.

—¡Ansel no tiene la menor oportunidad! ¡Absolutamente ninguna! La causa es de las que no tienen vuelta de hoja.

—Indudablemente así piensa el fiscal del distrito —le dije—. Mr. Quinn, el abogado de la defensa, tiene otras ideas.

—Los ciudadanos de la comunidad se sienten muy irritados ante ese proceso —dijo Taber—. El espíritu de la comunidad se manifestará a través del juicio. Es más, algunos de los jurados serán indudablemente de la vecindad de Citrus Grove. El fiscal del distrito pedirá la pena de muerte y no creo que exista la menor posibilidad de que Ansel pueda librarse de la cámara de gas.

Permanecí callado.

—Ahora bien —continuó Taber—, estamos dispuestos a cooperar. Si, como sospecho, mucho del motivo que impulsa a esos rumores que han ido apareciendo en la prensa se debe al deseo de restarle atención al proceso Endicott, y comprometer a ciertos testigos, pudiera ser que estén recurriendo a tácticas equivocadas. Podrían obtener mejores resultados tratando de cooperar, que

intentando destruir.

—¿De qué manera?

—El fiscal es un hombre razonable. Es amigo mío, y estoy seguro de que atendería a razones.

—¿Hasta qué punto?

—Estoy seguro de que si Ansel se declara culpable, el fiscal tomaría en consideración el ahorro que eso iba a significar el erario público, y no ejercería presión alguna para conseguir que el juez impusiera la pena de muerte. Es más, pudiera ser que el propio fiscal pidiera cadena perpetua. No estoy en condiciones de asegurarle, y no represento al fiscal. Estoy únicamente explorando el terreno.

—Hasta podría suceder que Ansel llegara a ser declarado culpable de asesinato en segundo grado u homicidio casual.

—Yo no creo que a Mr. Quinn le interese su proposición —le dije—. La opinión de Mr. Quinn es que John Ansel es absolutamente inocente.

—Eso es una suposición completamente disparatada, que hace caso omiso de los hechos concretos y evidentes.

—Todavía no estoy familiarizado por completo con los detalles —le indiqué—. Estamos trabajando en la causa.

—Bien, pues cuando se haya familiarizado —dijo Taber poniéndose en pie—, venga a verme. Siempre me puede encontrar en mi oficina de Citrus Grove. Y puedo afirmar que siempre me hallo dispuesto a hacer cuanto pueda por el progreso económico de mi bella ciudad.

—Entonces lo mejor sería que se preocupara inmediatamente de esa ordenanza territorial —le dije.

—¿Qué quiere decir?

—Si cinco concejales recibieron dos mil dólares cada uno de Drude Nickerson —le contesté—, no deja de resultar asombroso que alguien estuviera tan interesado. Ahora bien —continué—, tengo mi propia teoría, y es que los concejales que recibieron dos mil dólares cada uno como contribución a sus fondos para campañas políticas, no los recibieron con la idea de votar a favor de la modificación de una ordenanza territorial. Diría que ese dinero lo recibieron convencidos de que Mr. Nickerson estaría encantado de ver que la ordenanza permanecía sin modificarse, para que el lugar escogido

para la nueva fábrica pudiera pasar a propiedad de un amigo suyo. De momento no puedo darles todos Los nombres, pero confío en poder hacerlo mañana a esta misma hora.

—¿Está usted trabajando en este asunto? —preguntó Taber.

—Por supuesto que sí.

—¿Profesionalmente?

—Confío en no estar haciéndolo en plan de aficionado.

—¿Sabe usted que podría verse metido en un lío?

—Claro que podría. Y muchos otros también. Me pregunto si Mr. Crosset anotaría los dos mil dólares que recibió, en su declaración del impuesto de utilidades.

—Uno no tiene que declarar contribuciones para gastos de campañas políticas —dijo Taber.

Me limité a sonreír.

—O al menos, así lo creo —se corrigió.

Continué sonriendo.

Hale intervino diciendo:

—Ya hemos hecho todo cuanto hemos podido, Charles. Ofrecimos nuestra cooperación. El fiscal del distrito es amigo mío, y estoy dispuesto a hacer lo que pueda, pero me gusta que los demás también lo estén.

Taber asintió con la cabeza.

—Conforme —exclamó—, sólo vinimos a visitarles para conocerles. Creímos que ustedes sabrían apreciar nuestra, actitud.

—Y yo estoy más que seguro de que ustedes la nuestra —le respondí.

—Ya volverán a saber de nosotros —nos aseguró, al tiempo que los dos salían sin despedirse.

Al cerrarse la puerta, los ojillos de Bertha, despedían chispas como los diamantes de sus sortijas.

—Donald —exclamó—, ¿qué demonios estás intentando hacer? Has insultado en esos hombres. Les has estado acusando prácticamente de estar haciendo chanchullos.

—¿Fue ése la impresión que sacaste? —le pregunté.

—Ésa, exactamente.

—Entonces, en buena lógica, ellos se llevaron la misma impresión.

—¿Tienes una idea de todo lo que estás diciendo?

—Claro que sí. Nickerson le cogió quince mil dólares a una tal Stella, Karis, que quería que se modificara una ordenanza territorial, porque hay una fábrica que desea comprarle un terreno. Nickerson se enteró y Hale se enteró. Hale tiene unos terrenos que quería arrendarle a la fábrica, y no quería a Stella. Karis por en medio. Por lo tanto, Hale decidió sobornar a los concejales para que modificaran la ordenanza. Sin embargo, Hale, por su manera, de ser, no estaba dispuesto a soltar el dinero, y entonces, junto a Nickerson, idearon un estupendo plan, gracias al cual hicieron que Stella Karis pusiera el dinero con el propósito ostensible de comprar a los concejales para que accedieran a la modificación de la citada ordenanza. Pero Nickerson utilizó el dinero para sobornar a los concejales y que dejaran la ordenanza territorial tal y como estaba.

Proseguí:

—Cuando los residentes de Citrus Grove se den cuenta de que una gran fábrica, capaz de dar empleo a miles de hombres, se marchó a otra parte, sólo porque un político quiso aprovecharse de la situación, va a haber un pequeño…

Bertha me interrumpió para advertirme:

—Espero que sepas lo que estás haciendo.

—Y yo también —le contesté—. La opinión pública es una cosa muy seria cuando se despierta.

—Pues puedes estar endemoniadamente seguro que la vas a despertar. Dicen que la gente anda reunida en pequeños grupos, en Citrus Grove, y que no hablan de otra cosa: sólo del proceso y la fábrica de automóviles.

A las tres y treinta y cinco minutos de aquella tarde, el consejo municipal de Citrus Grove se reunió en sesión especial y decidió modificar la ordenanza territorial: la propiedad de Stella Karis quedó dentro de una zona industrial.

El «Clarín de Citrus Grove», aseguró a sus lectores que, con esa medida, la expansión industrial, por la cual estuvieron trabajando en silencio las previsoras autoridades, había quedado asegurada.

Drude Nickerson continuó «incapacitado» para el interrogatorio.

Stella Karis me telefoneó dos veces sin encontrarme. Dejó un recado a Elsie Brand que ésta tomó en taquigrafía, leyéndomelo cuando entré en la oficina. Decía que miss Karis había dicho que le gustaría verme porque «le era del todo imposible expresar su

gratitud con simples palabras».

No hice el menor comentario.

capítulo quince

LA mayor parte del trabajo de un detective, en un juicio por asesinato, consiste en obtener todos los datos personales posibles acerca de las personas que compondrán el jurado. Tan pronto como la causa quedó lista para juicio, Bertha y yo empezamos a trabajar en el auto de convocación del jurado, del cual debían ser seleccionadas las doce personas que juzgarían el caso.

Bertha se encargó de las personas de más edad de ambos sexos, y yo de las más jóvenes.

Hubiera sido un desacato a la autoridad y una falta de ética, el discutir la causa con esas personas, o seguir a todas partes, dejando que se percataran de la vigilancia, o hacer cualquier otra cosa que pudiera estimarse como si las estuvieran influenciando.

No había, sin embargo, ley alguna que impidiera que se conversara de manera casual con amigos de esas personas, ni que se investigaran archivos e informes, para averiguar dónde habían actuado antes como jurados, en que clase de causas y cómo habían votado.

El trabajo era lento y pesado, pero al fin reunimos una colección bastante buena de biografías resumidas.

Barney Quinn se hizo cargo de ellas y las redujo a breves notas, y éstas, a su vez, las puso en clave. Una raya vertical corta, colocada en un cuadrado frente al nombre del posible jurado, significaba que éste era honrado y decente, pero aceptable. Si la raya se inclinaba a la izquierda, significaba que era de una integridad exagerada. Si la marca se colocaba en la parte baja de la figura, significaba que el hombre era obstinado, terco e intolerante. Si la raya era horizontal, quería decir que era de los que se dejaban vencer cuando las cosas se ponían difíciles.

Entretanto yo seguía confrontando y comprobando los hechos.

La víspera del juicio, Stella Karis me telefoneó.
—Nunca viene a verme, Donald —me dijo.
—Estoy ocupado día y noche.
—Pero tiene que comer.
—No como. Trago.
—Me gustaría verle tragar. Tengo algo que contarle.
—¿De qué se trata?
—Del caso para el que trabaja.
—¿Y qué hay de ello?
—Mr. Hale ha venido a visitarme.
—¡No me diga!
—Pues sí, señor; y varias veces.
—¿Y qué es lo que quiere?
Se rió de manera seductora.
—Se lo diré, pero no por teléfono.
—Sinceramente, Stella, ahora no tengo tiempo para…
—Se trata de un testigo del proceso.
—Iré, a verla.
—¿Cuándo?
—¿Qué le parece esta noche?
—¿A cenar?
—Mejor después de cenar —le contesté—. Ya tengo un compromiso. ¿Sería demasiado tarde a las nueve?
—Nada de eso. Estaré esperándole.
Dediqué el día a acabar la lista de jurados, preparando las cosas, y a las nueve menos cinco minutos llegué a casa de Stella.
Cuando abrió la puerta y se inclinó hacia mí, el escote dejó entrever deliciosas curvas, y al volverse para guiarme adentro, un trozo muy tentador de pierna se mostraba por una generosa abertura de la ceñida falda.
Tomamos café y después licor. Luego, me anunció:
—Donald, Mr. Hale quiere administrar mis propiedades.
—¡Qué amable! —comenté.
—Usted que dijo que un Banco debía…
—Un momento —le repliqué—, ¿está usted tan loca como para confiar sus propiedades a ninguna empresa que administre Hale?
—Está organizando una compañía de inversiones.
—¡Qué estupendo, qué magnífico… para Cooper Hale!

Stella continuó:

—Está en plan muy amable. Y a usted le odia.

—Eso puedo soportarlo muy bien.

—Y cree que yo también le odio.

—¿Ah, sí?

—Así mismo. Le dije que usted ya no venía nunca a verme. Quiso sacarme informes suyos.

—Siga.

—Y me contó algo que nadie sabe, según me explicó.

—¿Qué?

—Se trata de un ranchero llamado Tomás Victor. ¿Recuerda la noche en que Endicott fue asesinado?

—Por supuesto.

—Como usted sabe, se supone que Mrs. Endicott estaba en una estación de servicio precisamente a las nueve de la noche, y el disparo mortal se hizo exactamente a esa hora. Bien, ahora resulta que Tomás Victor estuvo en la misma estación de servicio a las nueve menos siete minutos, para poner gasolina, y la estación ya estaba cerrada. En su opinión, el empleado de la estación o bien cerró temprano o su reloj iba adelantado.

—También pudo ocurrir que el reloj de Victor estuviera atrasado —puntualicé yo.

—Victor afirma que no lo estaba. Creí que debía decírselo, Donald.

—Gracias.

—¿Es importante? —preguntó.

—Probablemente no lo es tanto como el hecho de que Hale creyera oportuno contárselo a usted —le contesté.

—¿Por qué?

—Eso —le respondí— es algo que no sé. De todas formas, lo comprobaré. ¿Cómo anda el asunto de la fábrica?

—Oh, ya han firmado el contrato. ¿Sabe usted una cosa, Donald? Tenía razón. No se trataba de una empresa de artículos de novedad. Cuando llegó la hora de la verdad, resultó que se trataba de una gran compañía de cojinetes de rodillos, que fábrica una extensa línea de ellos en el este, y quería instalar otra planta aquí para abastecer esta región oriental.

—¿Ah, sí?

—¿No se entusiasma?

—¿Y usted?

—Yo gano un montón de dinero con eso.

—¿Le gusta hacer dinero?

—Francamente, Donald, no. Me gustaría volver a mi dibujo y a mi pintura. Supongo que sólo soy una artista de segunda categoría, pero es un trabajo de creación. ¡Es mi vida! Me gusta la gente que conozco del mismo tipo. Con ellos puedo hablar de luces, perspectiva, y cosas por el estilo; y no sólo me entienden sino que charlamos de algo que vale la pena. Hoy en día todo son contratos, acciones, valores, utilidades, notas y todas esas cosas. Donald, ¿querría administrarme una compañía de inversiones?

—No.

—¿Por qué?

—Porque sería trabajar para usted.

—¿Y qué hay de malo en ello?

—Sí, sería como andar con una cadena al cuello. ¡Al diablo con todo eso! Ya me encuentro bien como estoy.

—Tenía miedo de que dijera eso. —Quedó pensativa por un instante—. Cooper Hale no piensa del mismo modo —dijo por fin.

—¡Naturalmente que él no!

—¿Cree usted que si Hale llegara a organizar una compañía de inversiones, yo debería dejarle administrar mis valores? Me garantiza una renta muy atractiva.

—Mi único consejo —le dije— es que deposite todos sus valores en el departamento administrativo de un Banco respetable. Déjeles que se los manejen de modo que obtenga una utilidad baja, pero segura. Líbrese de todo cuanto posea en bienes raíces y de todo cuanto requiere una administración personal. Invierta el dinero en acciones y bonos muy seguros, y luego dedíquese a pintar. Váyase a Europa a estudiar arte si quiere. Trate de hacer algo que realmente valga la pena.

—Sí, me parece que tiene razón —admitió.

—¿Ha estado casada? —le pregunté.

—Sí, ya se lo dije la noche que le conocí en Reno.

—¿Y qué ocurrió con su matrimonio? —inquirí.

Recorrió el diseño del tapizado del sofá con la punta del dedo índice.

—Pues que se deshizo. Estoy divorciada.

—¿Y por qué fue?

—Porque no me gusta ser propiedad de nadie. Yo creo que las personas que tienen un temperamento verdaderamente creador se irritan ante la idea de… de pertenecer a alguien. Y opino que ése es el motivo por el cual actores y actrices sólo pueden aguantar el matrimonio por temporadas. La gente habla de la inmoralidad de Hollywood y, en realidad, no es inmoralidad, Donald, simplemente algo más fuerte que uno mismo. No le impide enamorarse, pero después de que el lado amoroso llega al punto en que uno trata de respetar las tradiciones convencionales, y siente que pertenece a alguien, es cuando empieza la rebelión; no contra la persona, sino contra la idea de ser una propiedad.

—¿Quiere casarse otra vez? —le pregunté.

—¿Es una declaración?

—No, es una pregunta.

—Pues no especialmente. Creo que hay algunas personas que podría… Bueno, a veces presento síntomas de enamoramiento.

—En estos momentos usted constituye un cebo atractivo para los cazadores de fortuna. ¿Cuántas propiedades tiene usted?

—Eso no le importa a usted.

—Siga de esa manera.

—¿De qué manera?

—Pues que a nadie le importa lo que usted tiene. Si quiere mi consejo, convierta todas sus propiedades en valores, regrese a Nueva York, y viva con doscientos dólares al mes. Hágase el propósito de que, pase lo que pase, no gastará, más de doscientos dólares al mes por nada.

—¿Sabe usted que he estado pensando en hacerlo?

—Pues piénselo un poco más —le dije—. Y ahora me marcho. Estoy muy ocupado.

—Ya no le veo nunca —me dijo, torciendo la boca.

—Yo no me veo a mí mismo —le contesté—, excepto en los minutos que paso ante el espejo por las mañanas, cuando me afeito.

—¿Cuando termine este caso, le veré algo, Donald?

—No lo sé.

Se rió y dijo:

—Usted es peor que yo. Usted no quiere pertenecer a nadie. No

quiere que le sujeten.

—Puede que tenga razón —le respondí—, pero ahora mismo me tengo que marchar a la cama porque mañana tengo un día muy agitado.

Bostecé un par de veces, la besé, me marché rápidamente de allí, y llamé a Barney Quinn por teléfono.

La voz de Quinn sonaba preocupada y ansiosa. Comencé a decirle que había encontrado una nueva pista, pero no me dio la oportunidad de acabar.

—Escuche, Donald —me dijo—, toda la tarde he estado tratando de localizarle. ¿Cuándo puede venir aquí?

—Inmediatamente. Bertha y yo hemos estado fuera todo el día, investigando jurados.

—Está bien —contestó—. No pude localizar a ninguno de los dos. Tráigame a Bertha.

—¿Es tan grave? —le pregunté.

—Peor —me contestó.

Le dije:

—Puedo decirle algo sobre la parte contraria. Están comprobando la hora, en el asunto de la estación de gasolina.

—¿Qué estación de gasolina? Ah, ya me doy cuenta. Eso es de poca monta ahora. Vengan cuanto antes.

—Puede que tarde algún tiempo en levantar a Bertha —le informé.

—Entonces venga usted, y deje que Bertha lo haga más tarde. Esto es importante. Se desencadenó la tormenta.

capítulo dieciséis

BERTHA suspiró, gruñó, se quejó y renegó cuando la llamé, pero estaba lista al pasar a recogerla y el viaje a Santa Ana lo hicimos rápidamente.

Quinn estaba encerrado en su oficina. Tenía unas grandes ojeras. El cuarto estaba lleno de humo de tabaco, los ceniceros atestados de cigarrillos a medio fumar. Estaba nervioso y agitado.

Bertha atravesó la oficina, se dejó caer en silla, y anunció:

—Joven, se está usted convirtiendo en una verdadera miseria.

—Es esta dichosa causa la que me está poniendo así —dijo—. He mandado a buscar a Elizabeth Endicott, que debe estar al llegar. Si no les importa, esperaré hasta que venga y les contaré la triste noticia cuando ella esté presente, y así no tendré que hacerlo dos veces.

—¿Es triste? —pregunté.

—Lo es —respondió, aplastando otro medio cigarrillo en el cenicero.

—Yo puedo agregar algo desagradable también —le dije.

—Pues adelante. Así podremos recogerlos todos al mismo tiempo…

Sonaron golpes de nudillos en la puerta.

Quinn atravesó la oficina, abrió la puerta y Mrs. Endicott saludó:

—Buenas noches, Barney.

—Adelante, Betty —le dijo él—. Siento haber tenido que convocar esta conferencia nocturna, pero la carne está en el asador.

—¿Qué carne y qué asador? —preguntó ella.

—Siéntese —le aconsejó Quinn.

Mrs. Endicott se dejó caer en una silla.

Quinn se le enfrentó, y comenzó:

—Usted me contó una estupenda historia sobre la gran

sensibilidad psíquica de John Ansel, y de cómo él se dio cuenta, apenas penetró en la casa, de que usted no estaba allí, y de la idea que acudió a su mente de que Karl Endicott, le iba a asesinar. Me dijo usted que cuando Karl entró en la otra habitación, John Ansel tuvo la sensación repentina que Karl estaba preparándose para matarle y luego colocarle el revólver.

—Y es la verdad —afirmó ella.

—¿Es la verdad —preguntó él—, o es la historia que usted creyó que debía contarse, y que le ha estado metiendo en la cabeza a John Ansel para que la contara así?

Su rostro no mostraba la menor expresión.

—Es la verdad.

—No, no es la verdad —aseguró Quinn—. Ése es el cuento que John me ha contado las primeras dos veces, pero ya nos estamos acercando a la hora de la verdad. John debe prestar declaración ante el jurado, y cuando lo tenga que hacer va a ser interrogado por un fiscal sumamente listo.

Elizabeth Endicott, afirmó:

—John Ansel no miente. Su declaración está basada en hechos.

—¡Basada en hechos! ¡Narices! —explotó Quinn—. John fue a Citrus Grove con la intención de encararse con Karl Endicott y exigirle cuentas. Tenía la intención de matar a Karl. Llevaba un revólver. Karl era el que tenía presentimientos. Le echó la vista a John, y en seguida se las arregló para llevarle arriba, dejarle en un cuarto y, excusándose por un momento, entrar en la habitación contigua, que era un dormitorio. Y usted estaba allí.

—¿Que yo estaba allí? —preguntó ella.

Quinn afirmó con la cabeza.

—Una cosa era cierta en la historia que nos contó. John había estado en la selva y había vivido apartado de la civilización. Vivió luchando por la vida y contra la muerte, con todos sus sentidos siempre alerta. Usted estaba en aquella habitación. Cuando Karl abrió la puerta, el perfume que usted usa llegó hasta John. Entonces Karl cerró la puerta, al mismo tiempo que le decía algo a usted en voz baja. De pronto, John se dio cuenta de que usted era la mujer de Karl Endicott, con quien había estado viviendo como su esposa. Un sentimiento de asco se apoderó de él y comenzó a sentir nauseas. Arrojó por la ventana el revólver que tenía en la mano y

éste cayó en la espesa cerca de arbustos que rodean la casa. Sintió que se iba a poner malo. Se precipitó por la puerta, escaleras abajo, y, por último, fuera, al aire libre de la noche.

Quinn dejó de hablar, y permaneció frente a Mrs. Endicott, de pie, con las piernas un poco separadas, y dejando que la acusación implícita que reflejaba su actitud entera le diera de lleno cual impacto físico y real.

No lloró. Se encogió. Le miró fijamente, pero pareció ir haciéndose cada vez más pequeña. Finalmente habló:

—Ya le dije que nunca, nunca, debía contar eso.

—Ansel es un mal embustero —aseguró Quinn—, cuando se le empieza a atacar con energía. No le gusta combatir. Yo siempre admití su declaración como buena, pero vamos a juicio y allí tiene que someterse a un interrogatorio. Le van a destrozar a preguntas. De manera que esta mañana me decidí a interrogarle yo mismo, como ensayo para ver cómo aguantaría en la realidad. Y ya lo vi —dijo Quinn amargamente, volviéndose de espaldas.

—Lo siento —murmuró Elizabeth Endicott, con los ojos secos y la voz firme.

—Y bien que lo debe sentir —exclamó Quinn.

—¿Estaba usted en la habitación? —le pregunté a Elizabeth Endicott.

—No —contestó rápidamente, pero sin énfasis.

—Ésa no es una negativa —gritó Quinn—. Mañana va a tener usted que declarar. Póngale algo de sentimiento.

—¡No! —exclamó ella.

—Así está mejor —dijo Quinn.

—Su coartada depende de un sujeto llamado Walden, que cerró su gasolinera a las nueve de la noche —le indiqué yo.

—Es una buena coartada —me contestó.

—El fiscal —continué— tiene a un ranchero llamado Tomás Victor, que llegó a la estación de servicio en cuestión, a las nueve menos siete minutos. Quería gasolina. Y la estación estaba cerrada.

Elizabeth Endicott se humedeció los labios con la punta de la lengua.

—El reloj de Victor no marchaba bien —comentó.

Barney dijo:

—¡Por Dios, Lam! No puede haber nada malo en esa coartada.

Walden declaró en el juicio de investigación y se le sometió a un severo interrogatorio. Víctor es el que debe de estar equivocado.

Seguí mirando fijamente a Mrs. Endicott.

—Está, jugando al póquer con nosotros —le dije a Quinn.

Quinn se volvió rápidamente a ella.

—Betty —le dijo—, mañana comienza el juicio. No puede mentirnos. Somos amigos suyos. Tenemos la responsabilidad de salvar todo lo que usted quiere en la vida. Si nos miente, se está ahorcando a sí misma. Dígales la verdad.

—Ya se la he dicho —respondió.

Quinn, volviéndose a mí, me preguntó:

—¿Qué opina, Donald?

—Yo creo que miente.

Bertha Cool exclamó:

—Donald, no puedes…

—Ya lo creo que puedo, —le interrumpí—. Lea el párrafo 258 del Código testamentario, Barney. Léaselo a ella.

—¿Qué párrafo es? —preguntó Barney.

—El 258 —le contesté.

Elizabeth Endicott me miró.

—¿Es usted abogado? —me preguntó.

—Lo era —afirmó Bertha Cool—. Ha estudiado leyes. Es un tipo muy listo. Si está usted mintiendo, querida, será mejor que lo confiese.

Quinn pasó las hojas del Código testamentario.

—¿Lo ha encontrado ya? —pregunté.

—Sí —dijo.

—Léaselo —le indiqué.

Quinn leyó el párrafo:

«Ninguna persona convicta del asesinato u homicidio voluntario del finado, tendrá derecho a porción alguna de la herencia; y la parte que, de no ser así, le correspondería, pasa a las otras personas con derecho, según se especifica en este capítulo».

Quinn miró a Mrs. Endicott, y luego a mí. Su rostro había palidecido.

—¡Dios mío! —murmuró.

—Vamos —le dije a Elizabeth Endicott—, cuéntenos la verdad.

—Usted trabaja para mí —me contestó—, y no tiene derecho a

decir que estoy mintiendo.

—¡Que no lo tengo! Estoy trabajando para usted, y por eso me gustaría salvar algo, antes de que sea demasiado tarde.

—Yo no estaba en la casa cuando dispararon —afirmó.

—¿Y dónde estaba?

—En la carretera de San Diego.

—Vamos a probar otra vez —dije.

—Está bien —contestó—. Se lo diré. Yo estaba en la carretera de San Diego, pero no puedo probarlo. Walden, el de la estación de servicio, estaba equivocado. Creyó haber cerrado a las nueve. Aquel día no le debió dar cuerda a su reloj y se paró a eso de las siete. Conectó su radio para saber la hora. El programa terminaba a las siete y cuarto. Él creyó que terminaba a las siete y media y puso el reloj con quince minutos de adelanto. No se dio cuenta de ello hasta después de haber prestado declaración. Estaba positivamente seguro de que su reloj iba bien. En su declaración afirmó que había puesto su reloj por la radio, menos de dos horas antes de cerrar. Todo el mundo pensó que lo había puesto con una señal horaria, pero no fue así. Lo puso con el programa. Y se equivocó de quince minutos.

—¿Y él se enteró de eso? —pregunté.

—Sí. Se enteró después de celebrado el juicio de investigación. Pero Bruce Walden confía en mí. Le dije que aquello no tenía importancia, porque yo estaba camino de San Diego, y me creyó. Por eso nunca ha dicho nada.

—¿Dónde está Bruce Walden ahora? —le pregunté.

—En aquella época, trabajaba en una estación de servicio. Ahora es distribuidor de gasolina para todo el condado.

Quinn me miró. Dije:

—Ahora han hablado con ese Victor, que está totalmente seguro de que la estación estaba cerrada cuando pasó por ella, a las nueve menos siete minutos.

Elizabeth Endicott afirmó:

—Si comienzan a investigar, Mr. Walden también declararía que su esposo estaba equivocado. Llegó a su casa a las nueve y cinco. Si realmente hubiera cerrado a las nueve, no habría podido hacerlo. Mrs. Walden dio por supuesto que su marido había cerrado más temprano. No hubo comentarios. No fue sino hasta después del juicio, cuando empezó a atar cabos, y entonces le preguntó a su

marido. Él le contó lo sucedido y ella fue la que le hizo ver cómo había cometido el error, adelantando su reloj quince minutos.

Quinn me miró y levantó los brazos. Bertha Cool dijo:

—¡Qué me frían una ostra!

—Está bien —le dije a Quinn—, empezaremos desde ahí. Una de las primeras cosas que tenemos que hacer es encontrar el revólver antes que el fiscal. Recuerden esto: el fiscal está, en una situación comprometida. Acusa a John Ansel de asesinato en primer grado, y no quiere tener que echarse atrás y retractarse. Aunque pudiera probar que Walden cerró la estación quince minutos antes de las nueve, todavía no ha probado que Elizabeth Endicott sea culpable de matar a su esposo. Eso le tiene molesto y perturba sus pensamientos. Vamos, pues, a encontrar ese revólver; si todavía está allí.

—¿Pero no ve usted —me dijo Barney Quinn—, que cuando Ansel preste declaración, tendrá, que decir la verdad? Ansel no sabe mentir, y ahora que yo conozco lo ocurrido no puedo dejar que lo haga. Tiene usted que contar lo del revólver.

—No tiene necesidad de prestar declaración —manifesté yo.

—Si no lo hace, estamos vencidos —afirmó Barney.

—No —le contesté—. Conseguiremos que el fiscal caiga en nuestras manos.

—¿Cómo?

—Proporcionándole un testigo.

—¿Quién?

—Helen Manning.

—¿Y quién es ésa?

—La secretaria despedida que fue a contarle a Elizabeth Endicott lo sinvergüenza que era su marido. Es la mujer que le contó a Elizabeth, por primera vez, que Karl había enviado a John a la muerte deliberadamente. Es la mujer que hizo concebir a Elizabeth Endicott la idea de matar a su marido. Es la mujer que inculcó por vez primera esa idea en la cabeza de Elizabeth.

Elizabeth permaneció sentada en perfecta inmovilidad. Su rostro era una máscara perfecta.

—¿Qué están tratando de hacer? —preguntó—. ¿Enviarme a la cámara de gas?

—Estamos tratando de colocar al fiscal sobre una cerca de

alambre de púas —le dije—, con un pie a cada lado.

—No va a poder hacerlo con ese tipo. Es listo —previno Quinn.

—Está bien —exclamé—, ¿qué va a hacer con él?

Quinn no supo qué contestar a mi pregunta.

Me volví a Elizabeth Endicott.

—Sólo podemos hacer una cosa. No nos atrevemos a usar linternas, y no podemos registrar de día, o alguien avisaría a la policía. Cooper Hale vive en la casa contigua a la suya; así es que tendremos que esperar hasta bien pasada la medianoche. Iremos a su casa, y entraremos por la puerta de servicio. Luego, agachados y de rodillas, nos pondremos a registrar cada pulgada del seto, al tacto.

—¿Pero que haremos si lo encuentran? —preguntó Barney Quinn.

—Lo guardaremos nosotros —le contesté.

—Será una prueba —señaló Quinn—, y es un delito esconder las pruebas. No es conducta profesional. Por una cosa así podrían impedirme ejercer mi carrera.

Me sonreí.

—Usted no estará presente, Barney. Mañana no se le ocurra preguntarme si encontramos un revólver en el matorral. Vámonos, Bertha. Nos encontraremos con usted en su casa, dentro de un par de horas, Mrs. Endicott. Déjenos la puerta de servicio abierta. Nos puede reanimar con un café, y asegurarnos de que la casa está libre.

capítulo diecisiete

LA noche era oscura. Una niebla alta que procedía del mar impregnaba la atmósfera de gran humedad.

Bertha Cool y yo, arrodillados sobre la hierba húmeda nos arrastrábamos a lo largo de la cerca, registrando con los dedos cada pulgada de terreno.

—¿Por qué le dijiste a Betty Endicott que se quedara dentro? —me preguntó Bertha.

—Una razón es que no podemos fiarnos de ella —le contesté—, y la otra es que, en caso de que alguien viniera, podría avisarnos.

—Me he estropeado un vestido, un par de medias y me he roto dos uñas —se quejó Bertha.

—Eso no es nada —le dije—. A lo mejor hasta estropeas tu carrera profesional.

—¿Por qué demonios estamos haciendo esto?

—Es un servicio que prestamos a nuestros clientes.

—Jamás hice nada semejante antes de que tú llegaras —subrayó Bertha—. Cuando te asociaste conmigo, empezamos a meternos en todos estos malditos líos.

—Pero antes no ganabas dinero —le recordé—. Cállate y trabaja. No te limites a tocar y registrar solamente la superficie. Mete bien los dedos en la tierra. Lo que buscamos ha pasado años aquí y estará bastante cubierto.

—¿Y cómo es que nadie lo ha encontrado aún? —preguntó.

—Porque nadie lo ha buscado. El jardinero riega la cerca. La recorta de vez en cuando, y está tan espesa que impide que la hierba mala crezca bajo ella, y nunca la ha cavado para hacer un buen trabajo. Recorta simplemente el césped que la rodea y echa tierra en el centro. Probablemente hace años que él mismo ha cubierto lo que buscamos.

Bertha dejó escapar un rosario de palabras gruesas.

—¿Qué te pasa?

—Que me he roto el vestido y me he arañado la cara, Donald, ¿por qué diablos no podemos usar linterna para este trabajo?

—No podemos dejar que nadie sepa lo que estamos haciendo. Es posible que la policía tenga vigilada la casa. Hale vive al lado.

Bertha gruñó, gimió y suspiró, moviendo su voluminosa humanidad de un lado al otro en aquella postura de cuadrúpedo que había adoptado. Me maldijo de todas las formas habidas y por haber, y, de pronto, mis dedos tropezaron con algo.

—¡Espera un momento, Bertha! —exclamé—. Yo creo que es… es una piedra o… ¡Ya está, es el revólver!

—Bueno, gracias a Dios —murmuró Bertha—. ¡Ya era hora!

Se puso en pie con considerable esfuerzo, y continuó:

—No sé cómo diablos voy a entrar en mi casa. Si el portero me pone la vista encima va a creer que he estado robando gallinas.

—Pues dile que te está menospreciando —le aseguré—. Dile que has estado cometiendo un delito. El robo de gallinas es una fechoría de menor cuantía.

—Bueno —dijo Bertha—, vamos a contárselo a Elizabeth Endicott, y supongo que debiéramos telefonear a Barney Quinn.

—No —le repliqué.

—¿No qué?

—A Elizabeth Endicott le diremos que registramos toda la maldita cerca y no encontramos nada, y a Barney Quinn le contaremos la misma historia.

—Algunas veces —exclamó Bertha apasionadamente—, desearía no haberte visto nunca.

capítulo dieciocho

HABÍA una cosa que no concordaba con lo que John Dittmar Ansel le había contado a Barney Quinn. El revólver estaba sumamente oxidado. Ni siquiera pude abrir el cilindro, sin someter el arma a un largo tratamiento destinado a quitarle el óxido. Pero después de sacar la suciedad adherida al cañón, pude ver, con ayuda de mi linterna y, a pesar del óxido, que el cartucho correspondiente al cañón había sido disparado.

El rayo de luz de la linterna mostraba claramente el cartucho vacío. Los otros cinco cartuchos conservaban sus respectivas balas.

Era un enredo descomunal.

El juicio comenzó el día y hora señalados. Primero tuvimos que soportar el tedioso proceso de formar el jurado.

Barney Quinn tenía nuestras notas. Nos hizo sentar en la sala para poder consultarnos; pero el tipo había perdido el valor. Parecía un hombre al que arrastraban a la cámara de ejecución. Tuvo buen cuidado de no preguntarnos nada acerca del revólver.

Durante el intermedio del mediodía, me lo llevé a un lado donde no había periodistas, y le hablé de manera directa y sin tapujos.

—Éstas son las cosas que distinguen a los hombres de los niños —le dije—. Usted está aquí como abogado que representa a un acusado de asesinato. El castigo de tal delito es la muerte. Los jurados les están observando al fiscal y a usted. Su apariencia es la de un hombre que defiende a un cliente culpable. Lo cual no es justo ni para usted ni para su cliente. ¡Por todos los demonios del mundo!: ¡vaya y luche! Pero no luche como si estuviera entre la espada y la pared, luche con la confianza sonriente del hombre que defiende a un inocente.

—No soy un actor tan bueno —aseguró Quinn.

—Pues será, mejor que empiece a aprender —le contesté.

Por la tarde lo hizo un poco mejor.

Gracias a los informes que le habíamos facilitado, Quinn sabía todo cuanto era necesario saber acerca de los jurados. El peligro, por supuesto, estribaba en que se agotaran los convocados. En ese caso, el juez se hubiera visto obligado a promulgar un nuevo auto de convocación, y Quinn se habría encontrado ante una lista de nombres sobre los cuales no sabía nada.

Mortimer Irvine, el fiscal del distrito, era un hombre de aspecto distinguido, alto, guapo, cabello oscuro y ondulado, anchas espaldas, y cintura estrecha. Irvine no estaba casado y se le consideraba como a uno de los solterones más solicitados del momento, al que le encantaba tener jóvenes e impresionables damiselas en el jurado. También aceptaba a las de más edad, de pelo blanco y tipo de matrona. No le gustaban los rancheros de rudos modales.

Las jóvenes e impresionables damiselas le miraban como si fuera un ídolo del teatro o del cine. Escuchaban sus argumentos, votaban por un veredicto de culpabilidad, y salían de la sala de juicios, diciéndose la una a la otra:

—¿Verdad que estuvo maravilloso?

Las mujeres de más edad contestaban que Irvine les recordaba lo que «Jimmy» hubiera sido, si «Jimmy» hubiera vivido. «Jimmy» siempre había querido ser abogado.

Algunos de los viejos rancheros de rudos modales contemplaban el cabello cuidadosamente peinado de Irvine, su melancólica mirada, y votaban a favor del acusado.

Barney Quinn había confeccionado su lista de jurados, con la idea de tener el menor número posible de mujeres en el estrado.

Irvine había confeccionado su lista con el propósito de tener un jurado compuesto todo de mujeres, si resultaba posible.

Tras observar cómo iban las cosas, me llevé a Barney a un lado, y le dije:

—Hágale el juego, Barney.

—¿Qué quiere decir?

—Déjele poner mujeres en el jurado.

—¡No, hombre! —protestó Quinn—. Ya tiene demasiadas por ahora. Las mujeres le siguen. Tiene una voz profunda, resonante. Cuando argumenta mira con languidez a cada una de las que hay en

el jurado. Paga trescientos dólares por sus trajes, y cada mañana se pone uno distinto y acabado de planchar. Es un tipo que tiene fortuna propia; de modo que no depende de su profesión para vivir. Lo que quiere es adulación e influencia. Ha puesto su mira en llegar a senador del Estado, secretario de justicia y gobernador.

—A pesar de todo eso —insistí—, hágale el juego. Déjele que ponga mujeres en el jurado.

Quinn suspiró.

—¡Qué diablos! —afirmó—. No sé para qué queremos un jurado, después de todo: lo mejor que podría hacer ese tipo sería confesarse culpable.

—Lo que usted necesita —le aseguré— es media botella de whisky, un buen sueño, y una muchacha. ¡Anímese! Este juicio o le da prestigio o le destruye.

—Prestigio no me va a dar —respondió tristemente—. Eso es seguro.

—Lo es si sigue de esa manera —afirmé.

Permanecí allí hasta que el juicio se suspendió, a las cinco de la tarde. Dejé a Bertha que se marchara a su casa en el coche, telefoneé a Stella Karis y la invité a cenar.

Tomamos unos cócteles, cenamos y regresamos a su piso a tomar una copa. Esta vez no se sentó en la cama turca, sino en una silla. Se la notaba un poco más retraída.

—¿Qué tal le va con su buen amigo? —le pregunté.

—¿A quién se refiere?

—Al banquero.

—¡Ah, Cooper! —dijo—. Caramba, Donald, me parece advertir un poquitín de celos masculinos por su parte.

Me miró burlonamente.

—Quizás los haya —admití.

—Cooper es una buena persona. A mí no me cae del todo mal. —Se rió y agregó—: Pero a usted, ¡no sé qué le cae bien! Es usted una de las personas más reservadas que he conocido. Pero le diré una cosa: Cooper es listo.

—No soy reservado —le dije—. Estoy trabajando en este asunto de Endicott, y me tiene preocupado.

—¿Por qué?

—Confidencialmente —le contesté—, existe un testigo que tengo

miedo que descubra el fiscal un testigo que puede suministrar motivos para un crimen.

Stella bajó los párpados, fijó la vista en la punta de su cigarrillo, y, sin mirarme me preguntó:

—¿Quién es?

—Una muchacha llamada Helen Manning —le respondí—. Una ex secretaria que trabajó con Endicott. Endicott le despidió. Esto no es público, pero lo cierto es que ella se fue a ver a Mrs. Endicott, y le contó que su esposo era un sinvergüenza, y que había enviado a John Ansel a la selva brasileña para quitárselo de en medio. Fue una historia desagradable.

—Puedo imaginarme cómo le sentaría a Mrs. Endicott —dijo Stella.

No hice el menor comentario. Stella Karis estuvo reflexionando unos instantes.

—¿Sabe una cosa, Donald? —me dijo—. Creo que tiene usted razón. Me parece que debo convertir mis propiedades en valores que me den una renta, y volver a mi trabajo artístico.

—Sólo que debe tener mucho cuidado con el que le administre esos valores —le indiqué.

La joven se mordió los labios.

—Por regla general, me doy cuenta de la manera de ser de una persona —manifestó—. Y si no, bueno, si alguien tratara de engañarme, Donald, soy despiadada, completa y totalmente despiadada.

—La mayoría de las mujeres lo son —le dije—, sólo que pocas lo admiten.

—No sólo lo admito, sino que me enorgullezco de ello. No trate nunca de engañarme, Donald.

—No lo haré —contesté.

—Soy como un gato montés —añadió.

Se levantó a servir más licor. Vestía un conjunto blanco y extraordinariamente vaporoso. La botella se estaba terminando. En la cocina había otra, y abrió la puerta que daba a ella para traerla.

La cocina estaba brillantemente iluminada, y la luz inundaba el hueco de la puerta, marcando en una silueta perfecta cada línea de su cuerpo.

A medio camino, se le ocurrió algo, se volvió y me preguntó:

—¿Preferiría coñac y Benedictine en vez de crema y menta, Donald?

Por un instante, debatí el asunto mentalmente.

—¿Tiene las dos cosas? —le pregunté.

—Sí —contestó, cambiando ligeramente de postura.

Las luces cumplieron su cometido a la perfección.

—Coñac y Benedictine —le dije—. Pero sólo un poco, Stella. Me tengo que marchar ya. He de seguir trabajando en ese maldito caso.

—¡Usted, y su dichoso caso! —gritó furiosa.

—Pero cuando haya terminado —declaré—, nos veremos más a menudo.

—Para entonces —me dijo muy enfadada—, puede que ya no me vea más.

Entró en la cocina, cogió el coñac y el Benedictine, y al regresar apagó las luces de la cocina.

Nos tomamos un coñac con Benedictine. Le di un beso de despedida, y me fui a casa.

A la mañana siguiente, a las ocho, sonó el teléfono.

Tomé al auricular, y dije: «Hola». La voz que llegó a mi oído parecía histérica.

—¿Mr. Lam?

—Sí.

—Habla Helen, Helen Manning.

—Ah, sí, Helen, ¿qué tal, cómo está?

—Me acaban de traer una citación. Hay un policía aquí. Dice que el fiscal del condado de Orange quiere hablarme.

—¿Y el agente está, ahora ahí? —le pregunté.

—Sí.

—¿Dónde?

—En la otra habitación. Le dije que tenía que entrar al dormitorio para cambiarme de ropa. ¿Qué debo hacer?

—¿Qué puede hacer? —inquirí.

Quedó reflexionando.

—Creo que nada —admitió.

—Podría consultar a un abogado —le dije—. Pero no parecería muy bien. Se diría que tiene algo que ocultar. Podría rehusar hablar, pero eso sólo atraería la atención hacia usted. Yo creo que lo único que puede hacer es decir la verdad.

—Oh, Mr. Lam, Donald, ojalá pudiera hablar con usted.

—No puede ser —le dije—. Ahora mismo me marcho a Santa Ana. Tengo que estar en la sala mientras seleccionan el jurado. Será mejor que les cuente la verdad.

—No puedo. Simplemente no puedo decirles la verdad.

—Si la cogen en muchas mentiras —le dije—, va a verse mal. ¿Puedo darle un consejo?

—¿Cuál es? —preguntó.

—Mortimer Irvine, el fiscal del distrito del condado de Orange, es alto, moreno, guapo, muy impresionable y soltero. Y por si acaso no lo sabe todavía, ¡usted es algo muy serio!

Su voz sonó más animada.

—¿Lo cree usted, Donald?

—Lo sé —contesté—. Tiene usted ese algo que irradia de una mujer guapa, personalidad, atractivo sexual, «pose», y la habilidad para saber llevar la ropa.

—¡Oh, Donald!

—No hable con ningún subordinado. No discuta nada con los agentes. Diga que lo que tiene que decir es únicamente para los oídos del fiscal. ¿Me entiende? —continué—. Para él solo.

Su voz mostraba ahora mucha más animación.

—Donald —me dijo—, ¡es usted maravilloso y tonificante!

—Hasta la vista —me despedí; y colgué.

capítulo diecinueve

EL juicio propiamente dicho comenzó a las once de la mañana. El juez Lawton anunció:

—El ministerio público puede ejercer el derecho definitivo de elección de jurado.

Mortimer Irvine, de pie, hizo una cortés inclinación, sonrió al tribunal, volvió sus ojos melancólicos al jurado, y dijo:

—La acusación está completamente de acuerdo con el jurado. El ministerio público renuncia al derecho de elección.

El juez Lawton miró a Barney Quinn. Éste se volvió en redondo para dirigirme una rápida mirada, y yo le hice una seña disimulada de conformidad.

Quinn se levantó, y se puso a la altura de las circunstancias. Sonrió al jurado, con una sonrisa cansada, ojerosa, y dijo:

—Con la venia del tribunal, la defensa está plenamente convencida de la imparcialidad y justicia con que actuará este jurado.

El juez Lawton frunció un poco el ceño, debido a la oratoria del parlamento, pero declaró:

—Muy bien. El jurado prestará ahora el juramento para enjuiciar esta causa. Los otros miembros del auto de convocación que están presentes, pueden retirarse. Tan pronto como el jurado haya prestado el juramento, el tribunal se retirará durante diez minutos, después de lo cual el fiscal hará, su primera declaración.

Se produjo un gran bullicio en la sala. Los periodistas se dirigieron corriendo a los teléfonos, para enviar la noticia de que el jurado había sido aceptado, y dar el nombre de sus componentes.

Barney Quinn se acercó a donde yo estaba y, una vez disminuyó el ruido, comentó:

—Bueno, muy pronto sabremos lo peor. Su primera declaración

nos informará de con qué tendremos que enfrentarnos.

—Quizá, —dije—. Por otro lado, si nos tiene preparada una sorpresa, puede desviarnos con su verborrea.

—¿Qué tal lo estoy haciendo? —preguntó Quinn.

—Mejor —le contesté—. Recuerde esto. El jurado siempre está mirado a los abogados. Las pequeñas cosas que haga denunciarán sus sentimientos. Los jurados no lo apreciarán por una sola cosa, sino por las mil cositas que haga. La manera de echarse hacia atrás en la silla. La manera de mirar el reloj. La forma de pasarse la mano por la cabeza. La forma de levantarse cuando se dirige al tribunal. La forma de coger un lápiz. La rapidez con que tome notas. Todo cuenta. Usted no puede convencer a un jurado hasta haberles entrado por los ojos. Éste en su caso más importante. Ésta es su oportunidad. Aprovéchela hasta el máximo.

Quinn objetó tristemente:

—Éste es el caso más importante de Irvine. Y también es su gran oportunidad. Ahora es cuando va a alcanzar su campaña para secretario de justicia. Está sonriente, cortés, persuasivo, y… ¡maldita sea!, Lam, tiene ocho mujeres en el jurado.

—¿Y qué? —le contesté—. ¿Qué hace cuando se enfada? ¿Se excita mucho?

—No lo sé —admitió Quinn.

—Ésa es una manera absurda de ejercer la abogacía criminal —le espeté—. Averigüe qué es lo que hace cuando se enfada.

Quinn me dedicó una débil sonrisa.

—Generalmente no me comporto de esta manera, Lam; pero este asunto me ha enervado. Dígame, ¿encontraron el revólver?

Le miré a los ojos.

—No —le contesté.

—¿No lo encontraron? —Volvió a preguntar con rostro alegre.

—¡Qué no, caramba! —le respondí—. Usted es el abogado de la defensa. Yo le diría la verdad, ¿no es así? ¡Vaya, hombre! Estamos trabajando para usted.

—¿Quiere usted decir con todo eso que no están reteniendo evidencia alguna?

—¡Ni un poquito!

Pareció crecer varios centímetros.

—Bueno, ¿y por qué no me lo había dicho?

—Porque no me lo preguntó.

—Tenía miedo. Yo pensé… Ansel estaba seguro de haber tirado el revólver en aquel seto.

—Dudo que ni siquiera llevara un revólver —le dije—. ¿Sabe usted lo que opino?

—¿Qué?

—Yo creo que el pobre imbécil se imagina que Elizabeth Endicott mató a su esposo y está tratando, a medias, de cargar con la culpa.

Quinn se quedó pensativo.

—Ahora sí que me ha reventado —dijo luego muy despacio.

Vi abrirse la puerta que conducía al departamento del juez, y le di un codazo a Quinn, al tiempo que le decía:

—Vaya adentro, y haga enfadar al fiscal.

El juez Lawton abrió la sesión. Mortimer Irvine comenzó su discurso de apertura, con la bien modulada voz del hombre que ha seguido un curso de teatro, en la Universidad.

Fue un informe de apabullantes generalidades. Dijo que confiaba en probar que había existido una aventura entre Elizabeth Endicott, la viuda de Karl Carver Endicott, y el acusado, John Dittmar Ansel. Esperaba probar que, tras haber consentido Elizabeth Endicott en casarse con el finado, Karl Endicott, el acusado Ansel no se contentó con ser un buen perdedor, sino que había continuado con la esperanza de llegar a destruir aquel hogar, sin importarle el hecho de ser un empleado de Karl Endicott, y sin importarle el hecho que Endicott le hubiera enviado en misiones confidenciales. Ansel, como una serpiente al acecho, había esperado a que llegara su hora…

Barney Quinn se levantó para protestar. Dijo que no deseaba interrumpir, pero que aquélla no era la oportunidad para entablar una discusión. Que se trataba tan sólo del discurso de apertura; el fiscal tenía el derecho de hablar sobre lo que esperaba probar, pero no meterse a dramatizar y a tratar de impresionar a los jurados con su «conmovedora personalidad».

El juez Lawton se puso furioso. Mortimer Irvine se puso furioso. El juez amonestó a Barney por la forma de presentar su objeción. El juez amonestó también a Irvine por abusar del privilegio del discurso de apertura. Y por último, el juez mantuvo la objeción.

Irvine no lo hacía tan bien cuando se enfurecía. Perdía buena

parte de su suavidad. En su naturaleza existía una veta salvaje y sarcástica. Tal y como le juzgué desde el primer momento, no era un luchador. Cuando las cosas se ponían duras, no se atrevía a pelear. Se limitaba a describir círculos alrededor del asunto y a tirar pellizcos.

Irvine continuó su perorata. Dijo que confiaba poder mostrar que Ansel había regresado de una expedición, para la cual se había ofrecido voluntariamente, y por la que recibió una gratificación de veinte mil dólares. Esperaba poder mostrar que a los pocos minutos de su llegada al aeropuerto, Ansel hizo una llamada telefónica a la residencia de Karl Carver Endicott, pero había sido una llamada personal y los comprobantes correspondientes mostrarían que había advertido específicamente que solamente deseaba hablar con Mrs. Endicott y con ningún otro si ella no estaba.

Irvine continuó diciendo que esperaba mostrar que Ansel había ido a la casa. Ante la sorpresa del acusado, el que le abrió la puerta fue Karl Carver Endicott, quién invitó al acusado a subir a una habitación del piso alto. Unos minutos después Karl Carver Endicott había muerto y Elizabeth Endicott era viuda. Inmediatamente, Ansel se dio a la fuga. Consiguió permanecer oculto, moviéndose en las sombras, y fuera del alcance de la ley, solamente por suponerse que estaba muerto. Durante el largo tiempo de espera, había continuado viéndose en secreto con Elizabeth Endicott.

Finalmente, cuando la policía logró formarse una idea de la verdad, preparó una trampa en la que cayó la pareja culpable. Elizabeth Endicott, la viuda, que frecuentaba la compañía del asesino de su esposo aún antes de estar frío el cadáver de éste, y John Dittmar Ansel, el acusado, que pagó las oportunidades de prosperar que le dio Karl Carver Endicott, disparándole por detrás una bala calibre 38 en la cabeza.

Irvine se sentó, entre el silencio absoluto de la sala. Uno o dos de entre los jurados femeninos más jóvenes, contemplaron a John Dittmar Ansel con gestos de marcada repulsión en sus rostros.

El tribunal se retiró para el descanso del mediodía.

—Es suyo —le dije a Barney Quinn—. No puede resistir la lucha cuerpo a cuerpo. Le estropea su bella apariencia. Suba al estrado y pelee violentamente. No le deje escapar con todo eso que ha dicho acerca de traicionar los intereses de su jefe. Haga también un

discurso de apertura de su propia cosecha, y dígale al jurado que Endicott envió a Ansel, deliberadamente, a una expedición suicida, poniéndole el anzuelo de los veinte mil dólares; pero que era tan cruel que ni siquiera se los pagó por adelantado. Eran únicamente para recibirse al regreso de aquella misión, imposible de llevar a cabo.

—Pero un abogado defensor no debe hacer su discurso de apertura hasta estar completamente preparado para empezar a exponer el caso —subrayó Quinn.

—Para entonces puede que no le quede caso que exponer —le previne—. Ahora mismo usted no se atreve a sacar a declarar al acusado, y antes de terminar probablemente tampoco se atreverá, a presentar a Elizabeth Endicott, Explíqueles qué es lo que usted espera probar, y utilice todos los trucos que sepa. Irvine habló de la lealtad que le debe el empleado a su jefe. Muéstreles el reverso de la medalla, y cuénteles del hombre que, sentado cómodamente en su oficina, envía deliberadamente a otro a la muerte, para poder casarse con su novia.

—El tribunal me amonestará —afirmó Quinn.

—También amonestó a Irvine —le contesté—, así que estarán empatados. ¡Vamos, adelante!

Quinn se portó bastante bien. Irvine se enfureció, se puso en pie, agitó las manos e interrumpió.

A medida que las palabras brotaban de los labios de Quinn, algunas de las mujeres empezaron a dirigir miradas de simpatía a John Ansel. Varias de ellas miraron a Elizabeth Endicott estudiando su cara de póquer.

Tomé nota, para recordarle a Quinn que dijera al jurado que aquélla era una mujer que había sufrido tanto que abandonó las lágrimas como un consuelo inútil. Una mujer que durante años estuvo sin poder dar rienda suelta a sus emociones, a sus sentimientos: una mujer que había sufrido hasta quedar agotada por completo.

Quinn comenzó a cogerle el juego a la cosa. Estaba más seguro, y mostraba algunas de las cualidades que le habían ganado la reputación de ser un abogado criminalista que prometía.

Cuando empezaron a ofrecer las pruebas, la mayor parte de la impresión causada por Irvine, con su discurso de apertura, había

desaparecido. Los jurados mostraban interés y curiosidad. Seguían mirando a los abogados, a los testigos, al acusado y, sobre todo, a Elizabeth Endicott.

Después de todo, era una figura pública, la rica gobernante de un imperio petrolero, una mujer misteriosa que se había mantenido retirada después de la tragedia, pero que ahora estaba acusada de haberse entrevistado, ocultamente, con un amante, que, a su vez, estaba huyendo de la policía.

Los jurados se prepararon para escuchar todos los jugosos detalles.

Irvine presentó a varios testigos, y pasó rápidamente por los preliminares necesarios: el hecho de la muerte, un agrimensor que presentó un lugar de los hechos, un reporter con fotografías, el cirujano que hizo la autopsia al cadáver, demostrando que Karl Carver Endicott había muerto a causa de una bala del calibre 38, que le entró por detrás de la cabeza: una bala que casi llegó a salir por la frente.

Se enseñó el proyectil como prueba. El disparo fue hecho a una distancia que no dejó quemaduras de pólvora. En la opinión del testigo fue a «pocos pasos» de donde se encontraba el finado, y en ocasión de hallarse éste de espaldas al asesino.

Mortimer Irvine miró hacia el reloj, y dijo dramáticamente:

—Llámese a declarar a la testigo Helen Manning.

Helen se había arreglado muy bien. Aparte unos pocos kilos de más, era una mujer bonita y lo sabía. Uno sólo necesitaba echarle una mirada, cuando se sentó a declarar, para comprender que las cosas habían ido exactamente al revés. Lejos de haber fascinado a Mortimer Irvine, éste le había aplicado todo su hechizo, y se la había metido en el bolsillo.

Se portaba exactamente como un perro bien entrenado, llevado con una correa, y haciendo exactamente lo que se espera de él. Contó la historia en su voz gruesa, un poco ronca; es decir, la historia que quiso contar.

Declaró haber trabajado varios años con Mr. Endicott. Finalmente decidió dimitir, porque el trabajo le estaba resultando un poco pesado, y quería un cambio, y, francamente, existía una atmósfera en la oficina que le disgustaba, pero no quiso molestar a Mr. Endicott con eso. Era una secretaria muy competente y podía

conseguir trabajo en cualquier parte, y decidió abandonar su empleo con Mr. Endicott. Éste sintió mucho que se fuera, y trató de averiguar el motivo. Le ofreció hacer lo que fuera necesario para que se quedara; pero ella se negó repetidamente a decirle por qué se marchaba, debido a que la otra joven empleada con la que no se llevaba bien, tenía a su madre enferma y necesitaba el empleo, y como no era muy buena secretaria, hubiera tenido dificultad para colocarse, mientras que Helen era muy competente, y estaba muy entrenada y podía conseguir un puesto en cualquier sitio.

Tenía en su poder una carta firmada por Mr. Endicott, lamentando su marcha y asegurando que lo hacía por su propia voluntad. También la recomendaba en términos muy elogiosos.

En aquellos días, poco más o menos, le «contaron» que al acusado, John Dittmar Ansel, le habían enviado a la selva brasileña en una expedición suicida. Desgraciadamente se lo había creído y así se lo contó a Mrs. Endicott.

—¿Y qué dijo Mrs. Endicott? —le preguntó Irvine.

Quinn recuperó su aplomo habitual. Se levantó indignado, y acusó al fiscal de utilizar procedimientos incorrectos. Protestó ante la pregunta y propuso que se retirase todo el testimonio de la testigo. Nada de lo que se le hubiera comunicado a Mrs. Elizabeth constituía evidencia contra el acusado, y el fiscal lo sabía muy bien. Aquello era un intento insidioso de crear prejuicios en el jurado, lo que constituía un «procedimiento perjudicial». Quinn lo calificó como tal, y pidió al tribunal que no se admitiera el testimonio de la testigo, y amonestara al ministerio fiscal.

El juez Lawton tomó una actitud seria ante el asunto, y preguntó a Irvine:

—¿Cuál es su posición exacta de la acusación en cuanto a esto? ¿Cómo puede afirmar que una notificación hecha a Mrs. Endicott pueda relacionarse de alguna manera con el acusado?

—Nos proponemos demostrar que Mrs. Endicott comunicó al acusado la información recibida —contestó Irvine.

—¿Está usted en condiciones de hacerlo así?

—Bueno, por deducción —respondió Irvine.

El rostro del juez Lawton enrojeció.

—¿Tiene usted evidencia personal que apoye esa deducción, señor fiscal?

Irvine titubeó.

—Con la venia de Su Señoría, yo creo que ciertos hechos hablan por sí mismos y, en mi opinión, debería permitirse que los jurados saquen sus conclusiones.

—Le he hecho una pregunta directa —interrumpió el juez Lawton—. ¿Tiene usted una evidencia personal, definida, que proporcione hechos para apoyar su deducción en forma legal, y no basándose en una probabilidad?

Irvine se pasó un dedo alrededor del cuello de la camisa.

—No me gusta descubrir mi posición por adelantado —manifestó—. Si el tribunal me concede un poco de tiempo, estoy seguro que la relación entre estos hechos se logrará.

—¿Cómo? —exclamó el juez Lawton.

—Por las circunstancias y por la propia admisión del acusado —contestó Irvine.

El juez Lawton manifestó:

—Es prerrogativa del tribunal controlar el método probatorio. Creo que este testimonio podría ser altamente perjudicial, a menos que se relacione debidamente. Antes de hacerle más preguntas a la testigo, le sugiero presente cualquier prueba que tenga y que demuestre cómo se propone usted relacionar la declaración con el acusado.

—Con la venia de la Sala, aún no he terminado con el interrogatorio —dijo Irvine.

—En lo que concierne a este tribunal y a esta testigo, y hasta que demuestre lo antedicho, el interrogatorio ha terminado —afirmó el juez Lawton—. El tribunal controla el método probatorio y es su intención proteger los derechos del acusado en este sentido. El tribunal opina que se necesita algo más que la seguridad del fiscal para establecer la debida relación con el asunto que nos concierne.

—Muy bien —admitió Irvine—. ¿Puedo retirar a la testigo por un momento, y llamar a otro?

—¿Es con el propósito de relacionar el testimonio de la testigo declarante?

—Sí, Señoría.

—Muy bien —dijo el juez Lawton—. Y ahora, dejemos bien claro todo cuanto está sucediendo para que así conste en los informes del

juicio. Hay una petición ante el tribunal para retirar el testimonio entero de esta testigo. Otra petición, solicitando que el tribunal instruya al jurado para que haga caso omiso de las preguntas y de las respuestas de esta testigo, y para amonestar al ministerio fiscal por su «procedimiento perjudicial». El tribunal se reserva el derecho de decidir sobre dichas peticiones, hasta oír el testimonio del próximo declarante. Está usted en libertad de abandonar la tribuna de los testigos provisionalmente, miss Manning, pero no abandone la sala. Su testimonio aún no ha concluido. Tiene que ser interrogada por la defensa. Retírese momentáneamente, para que el fiscal pueda llamar al siguiente testigo. Y ahora, señor fiscal, llame al testigo, por quien confía en relacionar este testimonio con el acusado.

—Muy bien, Señoría —dijo Irvine de mal talante—. ¡Llámese a John Small Ormsby!

Ormsby iba de estreno. Zapatos nuevos, traje confeccionado, corbata nueva y el cabello recién cortado. Parecía sentirse un poco incómodo.

Según quedó patente, Ormsby estaba cumpliendo una sentencia en la cárcel del condado, por habérsele encontrado cigarrillos de marihuana en su persona. Admitió el hecho y pidió excusas, siendo condenado a seis meses de cárcel. Se hizo simpático a los funcionarios policíacos, se convirtió en confidente, y lo pusieran en la misma celda de John Dittmar Ansel, con quien sostuvo una larga conversación.

—¿Y qué le dijeron? —preguntó Irvine.

Ormsby cambió de postura en la silla, cruzó las piernas reflejándose la luz en sus zapatos nuevos.

—Bueno —dijo—, parece ser que Ansel acababa de regresar a la celda, tras una entrevista con un abogado, y que éste le había hecho pasar un mal rato.

—Un momento —interrumpió el juez Lawton—. No queremos que nos cuente sus suposiciones. Únicamente, ¿qué fue lo que hablaron?

—Sí —agregó Irvine con mucha melosidad—, ¿qué fue lo que hablaron? ¿Le contó Mr. Ansel que su abogado le había hecho pasar un mal rato?

—Ésas fueron exactamente sus palabras —contestó Ormsby—.

Dijo que su abogado le había hecho pasar un mal rato.

—¿Y qué agregó después?

—Pues dijo que se había dejado abatir, y le había contado a su abogado que la noche que fue a ver a Endicott, llevaba un revólver. Que lo había arrojado por la ventana al jardín, en el seto que rodea aquella parte.

—¿Y qué más dijo? —preguntó Irvine.

—Que creía haber cometido una equivocación al contarle aquello al abogado, porque éste pareció desmoronarse por completo.

Las miradas de los jurados se dirigieron a Barney Quinn, quien consiguió tener la presencia de ánimo de echar la cabeza hacia atrás y reírse silenciosamente.

—¿Qué más? —siguió preguntando Irvine.

—Pues me dijo que Mrs. Endicott le habló de una secretaria que había sido despedida y fue a verla para contarle cómo Endicott le había enviado…

—Un momento, al decir «le había enviado» ¿se refiere usted a Ansel?

—Así es. Ansel me dijo que la secretaria le contó a mistress Endicott que éste le había enviado deliberadamente al Amazonas para ponerlo fuera de la circulación, porque sabía que moriría.

—¿Dijo algo más?

—Eso fue casi todo. Me lo explicó dos o tres veces, y me preguntó si yo creía que había cometido una equivocación al contarle a su abogado lo del revólver.

—Su testigo —le dijo Irvine a Quinn.

—¿Y él le dijo que había arrojado un revólver por la ventana? —le preguntó Quinn desdeñosamente.

—Así es.

—¿Y dijo que era su revólver?

—Sí, señor, eso dijo.

—¿Y que lo llevaba consigo cuando fue a visitar a Endicott?

—Sí, señor.

—¿Y le contó por qué razón lo había arrojado por la ventana?

—Pensar que la muchacha que amaba estuviera casada con un tipo como Endicott.

—Ahora bien —exclamó Quinn, apuntando con su dedo al

testigo—, ¿le dijo que hubiera disparado el revólver?

—No, señor.

—¿Y le dijo concretamente que no había disparado el arma?

—Eso fue lo que me dijo, que no la había disparado.

—Ahora bien, ¿le dijo cuándo le informó Mrs. Endicott de lo que le había contado la secretaria?

—No, señor, no me lo dijo.

—Pero a usted le dio la impresión de que mucho después de la muerte de Endicott cuando él llegó a enterarse, ¿no es verdad?

—Protesto —dijo Irvine—. La impresión que el testigo tuviera no es importante. La pregunta implica una respuesta.

—Protesta aceptada —dijo el juez Lawton.

—¿No le contó que no había vuelto a ver a Mrs. Endicott hasta después de la muerte de Endicott?

—Sí, señor, me lo contó.

—¿Por lo tanto, Mrs. Endicott no pudo haberle dicho nada con anterioridad a ese instante?

—Protesto por ser una pregunta capciosa —dijo Irvine.

—Protesta aceptada —dijo el juez Lawton.

—¿Pero él le dijo de una manera concluyente que, desde que partió a la selva, no volvió a ver a Mrs. Endicott, hasta después de la muerte de Endicott?

—En efecto, así fue.

—Usted es el vendedor de drogas, ¿no es verdad? —preguntó Quinn.

—Protesto —dijo Irvine—. Ésa no es una razón adecuada para acusar. El testigo sólo puede ser acusado demostrando ser convicto de delito.

—La pregunta, sin embargo, puede ser preliminar. Puede ser considerada como secundaria —manifestó el juez Lawton.

—Entonces la otra pregunta debiera formularse primero —dijo Irvine.

—Muy bien, aceptaré la protesta por esta vez.

—¿Está usted en la cárcel en calidad de detenido? —interrogó Quinn.

—Sí, señor.

—¿Y cuánto tiempo lleva allí?

—Poco más de cuatro meses.

—¿Y cuánto le queda por cumplir?

—Unos diez días.

—¿Por qué le enviaron a la cárcel?

—Por tener cigarrillos de marihuana.

—¿Los fumaba usted?

—Sí, señor.

—¿Los vendía?

—Protesto por considerar la pregunta como incompetente, fuera de razón y sin importancia —declaró Irvine.

—Protesta aceptada —decidió el juez Lawton.

—¿No mantuvo usted una conversación con agentes de la policía, al efecto de que, si bien podían acusarle de vender cigarrillos de marihuana, si usted prestaba declaración en este juicio, no formularían ese cargo contra usted?

—Bueno… no.

—¿No habló con algunos agentes, en relación a que si le ponían en la celda del acusado, John Dittmar Ansel, y usted trataba de entablar conversación con él, y decía alguna cosa que pudiera utilizase como testimonio, usted sería puesto en libertad y no se le acusaría de dedicarse al tráfico de marihuana?

—No, señor, no con esas palabras.

Quinn contempló burlonamente al testigo.

—¿Cuánto tiempo hace que tiene esos zapatos? —le preguntó, señalándolos desdeñosamente.

—Desde ayer.

—¿Y de dónde los sacó?

—De una zapatería.

—Pues parece ser que está usted en la cárcel. ¿Cómo salió de allí?

—El sheriff me dejó salir.

—¿Y dónde consiguió esos pantalones?

—En una casa de confecciones.

—¿Cuándo?

—Ayer.

—¿Dónde compró la chaqueta?

—En el mismo sitio.

—¿Cuándo?

—Ayer.

—¿Quién pagó el traje?
—El sheriff.
—¿Quién pagó los zapatos?
—El sheriff.
—¿Cuándo le cortaron el cabello la última vez?
—Ayer.
—¿Quién pagó?
—El sheriff.
—¿Dónde le cortaron el cabello?
—En una peluquería de la ciudad.
—¿No sabe usted que hay peluqueros en la cárcel?
—No lo sé.
—¿Cuánto tiempo lleva usted allí?
—Cuatro meses y medio.
—Durante ese tiempo le han cortado el cabello, ¿no es verdad?
—Sí, señor.
—¿Quién se lo cortó?
—Un peluquero, en la cárcel.
—Pero ayer, después de haberles ido con este cuento a los agentes, después de haberles servido de «confidente», un vulgar corte de pelo en la cárcel no era lo suficientemente bueno para usted. Con objeto de impresionar a este jurado, los agentes le llevaron a una buena peluquería para que le arreglasen bien, ¿no es verdad?
—Bueno, me llevaron a la ciudad.
—Esa corbata que lleva es nueva, ¿no es verdad?
—Sí.
—¿Quién la pagó?
—El sheriff.
Barney Quinn se apartó del testigo, con un gesto de asco.
—Eso es todo —anunció.
—No hay más preguntas —dijo Irvine.
El testigo abandonó el asiento.
—Y ahora, Su Señoría —declaró Quinn—, renuevo mi petición de retirar el testimonio completo de la testigo Helen Manning, porque queda claro que nada de lo que dijo a Mrs. Endicott pudo habérselo comunicado al acusado, con anterioridad a la muerte de Karl Endicott. También renuevo mi petición de que el ministerio

fiscal sea amonestado por «procedimiento perjudicial», y que se instruya al jurado para que haga caso omiso de todo cuanto dijeron el fiscal y la testigo Helen Manning, al prestar declaración.

El juez Lawton se inclinó hacia adelante sobre la mesa del tribunal y, midiendo sus palabras cuidadosamente, dijo:

—Se concede la petición de retirar el testimonio de Helen Manning. Se instruye al jurado que haga caso omiso de la declaración de esta testigo. A todos los efectos, se obrará como si no hubiera prestado declaración. El tribunal reconoce el procedimiento incorrecto por parte del ministerio fiscal, en lo que representa a este extremo. Se instruye a los jurados para que no presten la menor atención a ninguna observación hecha por el ministerio fiscal o por el abogado de la defensa, a menos que dichas observaciones se apoyen en pruebas conclusivas que puedan presentarse al jurado. El tribunal instruye al jurado para que haga caso omiso de todas las declaraciones hechas por el ministerio fiscal en conexión con la declaración de la testigo Manning y la relación que establecería con el acusado. Y ahora, señor fiscal, proceda con el siguiente testigo.

—Mi siguiente testigo, con la venia de la sala —informó Irvine —, todavía servirá para relacionar más el testimonio que…

—Ese testigo ha sido suprimido —le interrumpió el juez Lawton en tono de reproche—. Puede solicitar su admisión nuevamente, si en cualquier momento consigue establecer la debida relación. El tribunal opina que las pruebas se han presentado fuera de turno. Opina que el fiscal debiera haber presentado la evidencia que pueda tener para establecer la relación debida con la declaración de la testigo Manning, antes de haber llamado a dicha testigo a declarar.

El juez Lawton prosiguió:

—El tribunal opina que otra referencia más, por parte del fiscal, a un testimonio que ha sido retirado del proceso, puede muy bien constituir «procedimiento perjudicial» por su parte. Y ahora, prosiga.

—Muy bien —dijo Irvine de muy mal talante—, llámese a Steven Beardsley.

Beardsley, un tipo alto y desgarbado, subió al estrado y prestó juramento.

—¿Cuál es su ocupación, Mr. Beardsley?

—Soy vice-sheriff, de este condado.

—¿Es usted especialista en alguna rama en particular que se refiera a la aplicación de la ley?

—Sí, señor.

—¿Cuál es?

—Balística. Identificación de armas de fuego.

—¿Quiere usted decirnos cuál ha sido su experiencia en tal campo?

—He estudiado con varios de los mejores expertos del país, y vengo practicando la identificación de armas de fuego desde hace más de diez años.

—¿Conoce usted la ciudad de Citrus Grove?

—Sí, señor.

—¿Conoce usted la residencia conocida como el «Whippoorwill», propiedad de Karl Carver Endicott?

—Sí, señor.

—¿Reconoce usted la residencia que se muestra en este plano que se presenta como «Prueba No. 1 del Ministerio Fiscal»?

—La reconozco, sí, señor.

—Quiero preguntarle si ha registrado usted alguna vez el seto que se muestra en este plano.

—Sí señor, lo he registrado.

—Y ahora le pregunto si, en cualquier momento de la semana pasada, encontró usted un arma en ese Seto.

—Sí, señor, la he encontrado.

—¿La lleva consigo?

El testigo presentó un revólver de acero azulado, con una capa de orín.

—¿Qué es eso?

—Es un revólver Colt del calibre 38.

—¿Cuantos cartuchos hay en ese revólver?

—Cinco cartuchos con balas y una cámara vacía en el cilindro.

—¿Ha conseguido disparar balas de prueba con ese revólver?

—He tenido mucha dificultad para ponerlo en condiciones de disparar con seguridad pero he quitado suficiente óxido para permitir el funcionamiento del mecanismo, y he dejado el resto para poder enseñar las condiciones en que se hallaba el revólver cuando fue hallado.

—Mediante las pruebas realizadas, ¿ha podido usted determinar

si fue ése el revólver que disparó la bala que mató a Karl Carver Endicott?

—Bueno, voy a explicarle. El cañón se ha oxidado enormemente. Las marcas propias de todo cañón, están en unas condiciones que hacen imposible la identificación. Todo lo que puedo decir es que éste es un revólver Colt calibre 38 que dispara balas de un tipo determinado y que la bala que se extrajo de la cabeza de Mr. Endicott es del mismo calibre que la bala que se sacó de este revólver, tiene las mismas características, y ambas balas fueron disparadas por un Colt calibre 38.

—En otras palabras, y desde el punto de vista de la balística, ¿no hay razón para que la bala extraída de la cabeza de Mr. Karl Carver Endicott, no pudiera haber sido disparada por este revólver?

—No la hay. Este revólver podría haber disparado la bala fatal.

—¿Ha podido usted investigar la propiedad de ese revólver hasta el extremo de saber a quién pertenece?

—Sí, señor.

—¿De quién es?

—Formulo objeción a la pregunta por no considerarla como buena prueba, sino como de oídas, como una deducción del testigo, y como usurpación del jurado —interrumpió Barney Quinn.

Irvine pareció molestarse.

—Con la venia de la sala, podemos llegar a la misma conclusión de otra manera; pero va a resultar costoso y se necesitará llamar a un testigo que tendrá que venir en avión para presentarse aquí.

—Sin embargo —decidió el juez Lawton—, ésa es una de las garantías constitucionales de un acusado de asesinato. Tiene el derecho de enfrentarse con los testigos de la oposición y el privilegio de interrogarles. Por lo que veo, el testigo que se encuentra declarando no sabe por sí mismo a quién pertenece el arma, sino que, como funcionario policíaco, ha llevado a cabo una investigación que le ha convencido de que dicha arma pertenece a una cierta persona.

—Así es, Señoría.

—Aceptada la objeción —decidió el juez Lawton—. Y ahora, me parece que hemos llegado al momento de terminar por hoy. El tribunal se retirará hasta mañana por la mañana. Mientras tanto, el acusado se devuelve a la custodia del sheriff, y se recomienda a los

jurados que no discutan el caso entre ellos ni permitan que nadie lo haga en su presencia. No tienen que formarse ni formular opinión alguna hasta que el caso se les someta finalmente para su decisión.

El juez Lawton concluyó:

—El tribunal se retira hasta mañana por la mañana a las diez.

Quinn pasó junto a mí, al salir de la sala.

—Vaya a mi oficina —me dijo en voz baja.

Le seguí hasta emparejarme con él.

—¿Qué es lo que quiere?

—Discutir las pruebas.

—¡Al diablo con las pruebas! —le contesté—. Tengo otra cosa que hacer. Manténgase cerca de su teléfono, para que pueda comunicarme con usted a cualquier hora de la noche. Duerma lo que pueda. ¡Ésta va a ser una noche infernal!

Le hice una seña a Bertha y nos dirigimos a la salida, empujando a la multitud que nos rodeaba.

—¿Y ahora qué? —preguntó Bertha.

—Ahora —respondí—, vamos a Pasadena, a ver a nuestro experto en balística, para averiguar qué demonios fue lo que nosotros desenterramos del jardín.

—Es un revólver calibre 38 —dijo Bertha.

—Probablemente el arma homicida. Y eso quiere decir que uno de nosotros tendrá que declarar como testigo.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró Bertha.

Nos dirigimos a Pasadena, donde tiene su oficina uno de los mejores físicos del país. Se puso a trabajar en el revólver inmediatamente. A la media hora ya había logrado descifrar el número del revólver, y una hora después teníamos la respuesta.

El revólver había sido comprado por Helen Manning, seis años atrás.

Colgué el receptor telefónico; y me volví a Bertha.

—Esto forma parte de tus deberes, Bertha —le dije—. Vas a tener que «deshacer» a una muñeca.

—¿A quién?

—A Helen Manning.

—¡A esa perra! —exclamó Bertha.

—¿Podrás hacerlo?

—Voy a sacarle las tripas —prometió Bertha—, y a derramar

todo el serrín de que está llena por el suelo de su piso.

—Pues vamos allá, —le dije.

capítulo veinte

APRETÉ el botón del timbre del piso de Helen Manning.

—¿Quién es? —preguntó ella misma, en tono almibarado.

—Donald Lam —contesté.

—Un momento, Donald.

Esperó un instante, se rió y dijo:

—Estaba en la ducha. Déjeme ponerme algo.

Bertha y yo esperamos unos cinco minutos, hasta que por fin se abrió la puerta. La ropa que se había puesto era vaporosa, semi-transparente y bonita. Alzó su mirada, y me dijo con cierta malignidad:

—Perdóneme la apariencia, Donald, pero acabo de salir del baño y ¿Quién es esta señora?

Bertha Cool penetró en la habitación como un tanque blindado que atacara contra una trinchera enemiga.

—Soy Bertha Cool —anunció—. Soy detective. Déjese de pamplinas y vamos al grano. Siéntese allí, donde la pueda ver bien.

Bertha cerró la puerta de una patada.

—¿Por qué demonios mató a Karl Endicott? —le pregunté.

Helen Manning retrocedió. Se llevó la mano a la garganta, y abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Pero qué está usted diciendo?

—Usted sabe a lo que me refiero —le replicó Bertha—. Usted fue a ver a Endicott el día que le mataron. Y llevó su revólver, ¿no es verdad, queridita? Y mientras declaraba esta tarde, haciendo tantas monerías desagradables, y flirteaba con el romántico fiscal, no se le ocurrió decirle todo lo que había pasado. No le dijo que había comprado un revólver, ¿verdad? Bueno, pues yo se lo voy a contar todo, queridita. Usted compró el revólver en una tienda de artículos para deportes en Santa Ana, un monísimo revólver Colt, calibre 38.

Lo compró dos días antes de que Karl Endicott fuera asesinado, y no ha vuelto a estar en su poder desde entonces.

Bertha se detuvo un momento, y espetó:

—¿Qué le parece, verdad que será bonito contarle eso al fiscal?

Helen Manning exclamó:

—Pero usted cómo… Yo no hice… Yo nunca.

—No me diga usted que no lo hizo —le gritó Bertha—. Ahora no le está enseñando sus malditas piernas a un hombre impresionable. Está hablándole a una mujer que se sabe todos los trucos. Y no me venga con el truquito de hacerse la señora. Usted se acostaba con Karl Endicott y no le importó que él se casara, mientras usted siguiera siendo la amante número uno, pero cuando Karl Endicott metió a una nueva y la relegó al puesto de amante número dos, se volvió loca.

—Yo… yo… —y Helen Manning se echó a llorar.

—Eso está bien, siga llorando —le dijo Bertha—. Así no tiene que mirarme a los ojos. Pero no le va a servir de nada. Cuando se sequen sus lágrimas se enfrentará con Bertha Cool, no con Donald Lam. Y ahora, pare el chorro, y cuéntemelo todo antes de que me ponga bruta de verdad.

—¿Qué… qué es lo que quiere?

—¿Qué sucedió la noche en que Endicott fue asesinado?

—Yo… yo no sé.

—A otro perro con ese hueso —replicó Bertha—. A Mrs. Endicott le contó todo lo de que Karl mandó a John Ansel al Amazonas, en un viaje del que no debía volver. Usted se refociló contando aquello. Y ella tuvo que ir y contárselo a su vez a su marido. Eso puso la carne en el asador, como suele decirse, y el marido le telefoneó a usted. Así es como me lo imagino. De todas maneras, usted estaba allí la noche del crimen. Estaba usted allí cuando llegó John Ansel. Usted era la mujer que se hallaba en la habitación del piso alto. Y después de matarle, pensó que jamás se encontraría el revólver. Y ya ve, queridita, para que lo sepa, nosotros lo encontramos, y el experto en balística testificará que la bala fue disparada por ese revólver, un revólver comprado por usted dos días antes en una tienda de artículos para deportes de Santa Ana. ¿Y ahora, quiere hablar o prefiere que llame a la policía, y que los periodistas den a la luz pública todos los pormenores de

su vida?

Bertha permanecía en pie junto a Helen Manning, mirándola con ojos que brillaban amenazadores. Bertha era enérgica, de eso no había la menor duda. Cuando Bertha se ponía dura era de temer.

Helen Manning exclamó:

—Yo no le maté, Mrs. Cool. De verdad que no le maté.

—¿Quién lo hizo?

—Cooper Hale fue el único que pudo hacerlo.

—Ahora está hablando —dijo Bertha Cool—. Vamos a ver si me da algunos detalles. ¿Qué sucedió?

Helen contestó:

—Yo se lo expliqué a su esposa. Su esposa le contó lo que yo le había dicho, y él se puso furioso. Mandó a buscarme para decirme que fuera a verle. Yo estaba asustada. Había comprado aquel revólver… no sabía qué hacer; pero… Quise mucho a Karl Endicott y le di mucho más de lo que él me dio a mí. Le di mi corazón; los mejores años de mi vida; yo…

—¡Corte el chorro! —exclamó, Bertha—. Cuénteme los hechos. ¡No tenemos mucho tiempo!

Helen continuó:

—Al llegar a la casa, me dijo que Mr. Hale regresaría en cualquier momento. Me llevó a su dormitorio del piso alto. Estaba muy amable. Me dijo que su esposa le había abandonado. Él… estuvo muy cariñoso. Me estrechó entre sus brazos y… bueno, sus manos… Vaya, que encontró el revólver.

—¿Y entonces, qué?

—Se rió, me lo quitó y lo puso sobre la cómoda.

—Y luego sonó el timbre de la puerta, y era Hale.

—Me dijo que le esperara, que volvería, que Hale iba a estar poco tiempo. Estaba tan confusa y disgustada que no sabía qué hacer. Y entonces volvió a sonar el timbre, y esta vez era John Ansel. Yo creía muerto a John Ansel y me sorprendió vivamente oír su voz.

Karl condujo a Ansel arriba y se excusó con él un momento. Entró en el dormitorio; y me dijo en voz muy baja:

—Tendrás que marcharte, querida, porque la situación se ha complicado. Regresa a la ciudad y te llamaré más tarde. —Entonces me dio una palmadita y un beso y me dijo—: Baja sin hacer ruido y

esfúmate de la escena.

—Muy bien, ¿y qué hizo usted?

—Bajé la escalera, y, al llegar a la acera, oí un disparo de revólver en el dormitorio del piso alto.

—¿Y qué hizo? —preguntó Bertha Cool.

—Vacilé y un momento, y luego corrí. Corrí hasta la esquina, y después caminé y caminé y caminé hasta que no pude dar un paso más; y, finalmente, tomé un autobús para volver a la ciudad. Yo sabía… en lo más profundo de mi corazón… sabía lo que había ocurrido. Sabía que estaba muerto.

Bertha me miró.

—Escríbalo —le ordené.

La llevamos hasta una mesa, y le pusimos un papel delante, donde escribió su declaración.

—¡Fírmela! —le ordené.

Y cuando la firmó:

—¡Féchela!

Después de fecharla, Bertha Cool y yo firmamos como testigos.

—¿Se dio usted cuenta de que estaba enviando a un inocente a la cámara de gas? —le reproché.

—No sabía qué hacer —me contestó—. Traté de permanecer alejada de todo. Pero usted no comprende lo que significa para mí, Donald. Mi carrera… tengo un buen empleo. Soy una secretaria muy competente y en este empleo voy ascendiendo. Tengo un buen sueldo. La más leve sospecha de escándalo y me echarían… ya no soy joven. Es decir, yo…

—¿Qué diablos está diciendo? —exclamó Bertha—, no diga que no es joven. ¡Caramba, si sólo debe tener unos treinta y cinco años! Ésa es precisamente a la edad en que empieza a vivir una mujer. Usted sabe ya todo lo que hay que saber. Sabe cómo piensan los hombres y cómo trabajan, y si es medianamente lista, sabrá cómo volverlos locos. Me disgusta oírla hablar así. Y no ande jugando con esa cantinela de «los mejores años de su vida». Eso es lo que espanta a los hombres más de prisa que un letrero de: «Hay sarampión». Deje de comer tantos malditos dulces y propóngase cazar a alguno de esos tipos. Ahora es cuando está entrando en los mejores años de su vida.

—Lo sé —dijo Helen tristemente—, pero los hombres que

conozco están todos casados, o casi todos.

—¡Qué mal está, eso! —comentó Bertha sin el menor entusiasmo—. Pero yo no veo señales de fracaso a su alrededor, queridita. —Se dirigió a una silla, cogió una faja, la contempló un instante, la arrojó a un rincón y dijo—: Con la figura que usted tiene es una verdadera vergüenza que se meta una de estas cosas. Quítese algunos kilos y vuelva a poner en circulación ese cuerpo.

—Vámonos, Donald.

Dejamos a Helen Manning sollozando.

—¿Y bien? —preguntó Bertha Cool.

—Vete a la cama —le dije—. Voy a llevarle esto a Barney Quinn.

—¡Ojalá le alegre un poco! —exclamó Bertha.

—El que un cliente le engañe a uno es una experiencia funesta, particularmente cuando se ha basado toda la defensa en una suposición falsa —le dije.

—Ya lo sé —contestó Bertha—. ¿Y qué tal lo hice allí dentro? ¿Estuve lo suficientemente enérgica?

—Lo estuviste.

—Se lo tiene merecido —continuó Bertha—, por no haberse preparado su nido. Debía haberle sacado suficiente dinero a ese hijo de perra, y así hubiera tenido lo necesario para no tener que trabajar cuando llegara el rompimiento.

—¿Y cómo iba a saber que habría un rompimiento? —pregunté.

—¡Vamos! —exclamó Bertha—. Con un tipo como Karl Endicott siempre hay un rompimiento. ¡Y esa rubia tonta está, pensando que ya ha terminado, a los treinta y cinco! ¡Qué diablos, si está comenzando! Con dos kilos menos, ya anda lista para empezar. Treinta y cinco es la edad correcta. Pero entonces es cuando uno se da cuenta ya de las cosas. Está bien, Donald, vete a ver a Barney Quinn, que Bertha se va a comer un enorme bistec, tierno y jugoso. Gracias a Dios yo ya no tengo que preocuparme por mi figura. Ya he terminado con los hombres.

capítulo veintiuno

BARNEY Quinn estaba paseando de un lado a otro de su oficina.

—Empiezo a creer que tal vez podamos salvarnos, Donald —me dijo—. Es un buen jurado y me parece que hemos despertado su simpatía.

—Está bien —le contesté—. Eso es lo que hay que hacer. Mañana Irvine terminará con el experto en balística. Apoyándose en el hecho de que se haya encontrado el revólver en el seto, tratará de presentar de nuevo el testimonio de Helen Manning.

Quinn se rió.

—Eso no le llevará a ninguna parte. El juez Lawton ha retirado ese testimonio del juicio y va a…

—¡Pare un momento! —le interrumpí—. Cuando Irvine solicite que se reincorpore la declaración de Helen Manning a causa de la corroboración prestada por el hallazgo del revólver, usted le dice al tribunal que, en vista de las circunstancias, le parece bien la opinión de Irvine, y que usted retira su petición de anular el testimonio de Helen Manning del juicio.

—¿Qué dice? —exclamó Barney con incredulidad—. ¿Se ha vuelto usted loco?

—Y después —continué—, Irvine caerá en la trampa: Sigue adelante y presenta el resto de su caso consistente en Nickerson y en Cooper Hale. Hale explicará una historia convincente. Luego, el fiscal descansará y le cederá la palabra a usted. Entonces usted le llama la atención al tribunal sobre el hecho de que Helen Manning se retiró de la tribuna antes de que usted tuviera oportunidad de interrogarla.

Barney Quinn aseguró:

—Eso sería un completo suicidio.

—Y —proseguí— hace usted que Helen Manning regrese a la

tribuna para interrogarla. Entonces es cuando deja caer la bomba sobre el fiscal.

—¿Qué quiere decir con lo de «dejar caer la bomba»?

Eché sobre el escritorio la declaración firmada.

Barney Quinn se sentó para examinarla. Leyó las primeras líneas, y súbitamente se enderezó en la silla. Pasó rápidamente la vista por el resto de la declaración hasta la firma y la fecha. Me miró con una expresión de respetuosa admiración, se levantó y me estrechó las manos. Luego se dirigió a una estantería, abrió las falsas encuadernaciones de media docena de libros, que dejaron al descubierto un armario para bebidas, y sacó una botella y dos vasos.

—Para mí, no —le dije—. Tengo que conducir.

Barney Quinn mantuvo el cuello de la botella inclinado, sobre el vaso, hasta que el gorgoteo se convirtió desde el tono grave *glú-glú-glú* en el más agudo *glá-glá-glá*.

—Pues váyase —me dijo—. Me ha quitado un tremendo peso de encima, y voy a dormir bien por primera vez desde que comenzó este maldito caso. ¡Vaya, vaya! ¡Menuda plancha! ¡Habrá que ver la cara de Irvine, cuando se dé cuenta del lío en que se metió!

—Bueno, pero tenga cuidado —le previne—. No se sienta demasiado seguro. Ese tipo, Irvine, es de cuidado, y la Manning está, demasiado embelesada con sus ojos cautivadores, sus anchos hombros y su estrecha cintura.

Quinn tomó en su mano la declaración firmada, y repuso:

—No me importa nada si duerme ya con el tipo. Déjeme abofetearle el rostro con esto.

Le aconsejé:

—Entonces será, mejor que acabe con ella mañana, o será tarde.

Levantó el vaso de whisky y se bebió de un trago la mitad de su contenido. Una sonrisa fue dibujándose lentamente en su rostro.

—¡Caracoles, pero qué rico está! —exclamó.

capítulo veintidós

LA sesión de la mañana la abrió Irvine, llamando a declarar a un testigo llegado de Nueva Orleans. El testigo manifestó que era propietario de una tienda en aquella ciudad, y que había vendido el revólver presentado por el fiscal, al acusado John Dittmar Ansel, varios años atrás. Mostró su libro-registro de armas, donde figuraba la firma del acusado, a quien identificó.

No hubo interrogatorio por parte de la defensa.

—Y ahora, con la venia de la sala —dijo Irvine, como si se tratara de algo de rutina, y mostrando por el tono de la voz no estar interesado en ello—, quisiera solicitar la reincorporación de la declaración de la testigo Manning.

El juez Lawton ya había abierto la boca para denegar la petición, cuando Barney, poniéndose en pie rápidamente, dijo:

—¿Permite Su Señoría que diga unas palabras?

—No es necesario —contestó el juez Lawton.

—Muy bien, Señoría, muchas gracias. La defensa opina que, con la identificación del arma en cuestión, la declaración de la testigo Manning ya se había relacionado debidamente, y la defensa retira su petición de anular el testimonio de dicha señorita.

—¿Qué usted hace que…?

—Retiramos nuestra petición de anular la declaración. La defensa opina que, técnicamente, ahora debe figurar en el proceso.

—Bueno, pues el tribunal no lo cree así —afirmó con cierta aspereza el juez Lawton.

Irvine se vio en disposición de aprovechar la ventaja.

—¿Ha retirado la defensa su objeción, ha retirado su petición de anular el testimonio de la testigo Manning? —preguntó.

—Así es —aseguró Quinn.

El juez Lawton vaciló durante un largo rato.

—En vista de las circunstancias —resumió Irvine—, no existe, al parecer, objeción alguna ante el tribunal, y la deposición de la mencionada testigo es de nuevo incorporada.

—Muy bien —asintió el juez Lawton, mirando a Quinn con el ceño fruncido.

Después de aquello, Drude Nickerson fue llamado a declarar.

Nickerson, un tipo barrigón, con apariencia de cacique del barrio, inició su declaración refiriéndose a la noche del crimen, cuando andaba conduciendo un taxi. Identificó a Ansel como el individuo que tomó su coche en el aeropuerto, algo después de las ocho de la noche, el individuo parecía estar nervioso y disgustado, el individuo que él condujo hasta la residencia de Karl Carver Endicott.

Quinn interrogó muy superficialmente a Nickerson.

Luego, el fiscal llamó a declarar a Cooper Franklin Hale.

Hale subió silenciosamente a la tribuna, prestó juramento, dio su nombre y dirección, y se sentó con muchas precauciones, como asegurándose de que no había alambres escondidos o trampas secretas.

Hale declaró que había ido a casa de Endicott la noche del crimen, que Endicott había recibido a un visitante, se había excusado y había subido al piso alto; que él había permanecido abajo, esperando a que Endicott terminara de hablar con el hombre que les había interrumpido cuando tocó el timbre de la puerta, que oyó un disparo de revólver que provenía de arriba, y que al dirigirse él hacia las escaleras vio a un hombre que bajaba corriendo por ella, sucediendo todo eso inmediatamente después del disparo. Identificó al hombre con el acusado John Dittmar Ansel.

De nuevo Quinn hizo un breve interrogatorio.

—Hasta aquí, la causa del ministerio fiscal, Señoría —manifestó Irvine.

—Con la venia de la sala —dijo Quinn, poniéndose en pie—, deseo hacer constar que no se nos dio oportunidad de interrogar a la testigo Helen Manning. Según entendimos fue retirada de la tribuna, y…

—Su testimonio resultó anulado —interrumpió Irvine—, y más tarde reincorporado sin indicación alguna por parte de la defensa de desear ejercer el derecho de interrogatorio.

—Eso no obsta en lo más mínimo —decidió el juez Lawton—. Se sobrentendía que la defensa tendría la oportunidad de interrogar a la testigo. El tribunal perdió de vista el hecho, a causa de que el tribunal creyó que… No importa. La testigo Manning regresará a la tribuna para ser interrogada por la defensa.

Helen se había preparado cuidadosamente para los fotógrafos de los periódicos.

—¿No era verdad que ella le había comunicado a Mrs. Endicott lo de que John Ansel había sido enviado a una expedición suicida, unos dos días antes de la muerte de Karl Endicott?

La testigo admitió que aquello era verdad.

—¿Y no es verdad —continuó Quinn— que Karl Endicott le telefoneó a usted el día de su muerte, para decirle que lo que usted le había contado a su esposa era falso, y que deseaba una oportunidad de explicarle su punto de vista acerca del asunto, y que estaba muy disgustado de que hubiera tenido que utilizar los chismes de la oficina como fuente informativa, sin haberle dado a él una oportunidad de explicarse?

—Sí.

—¿Y no fue usted a la casa de Karl Endicott, accediendo a su ruego, el mismo día de su muerte?

—Sí.

—Y —exclamó Quinn poniéndose en pie y señalándola con el dedo—, ¿no llevaba usted un revólver del calibre 38 en su bolso aquella noche?

—No en el bolso. Lo llevaba en el sostén.

—No hay necesidad de gritarle a la testigo —intervino Irvine en voz baja—. No hay motivo para tanto dramatismo.

El juez Lawton parecía estar completamente aturdido. Miraba del pulido y suave fiscal al abogado defensor y de éste a la testigo.

—Proceda —ordenó.

—¿Y no es verdad que cuando fue usted allí aquella noche, el finado, Karl Carver Endicott, su antiguo jefe, le dijo que estaba esperando a un individuo llamado Cooper Franklin Hale y le pidió que fuera arriba y le esperara, hasta que hubiera podido librarse de Mr. Hale?

—Sí.

—¿Y fue usted allá arriba con él?

—Sí.
—¿A un dormitorio?
—Sí.
—¿Y allí descubrió Mr. Endicott el arma que usted llevaba?
—Sí.
—¿Y qué hizo con ella?
—Me la quitó y se burló de mí por llevarla.
—Y después, ¿qué pasó?
—Sonó el timbre de la puerta, y Mr. Endicott me dijo que era Mr. Hale y que le excusara.
—¿Y qué más?
—Entonces se marchó abajo, donde estuvo unos quince minutos; luego volvió a sonar el timbre y Mr. Endicott le abrió la puerta al acusado.
—¿Sabe usted que era el acusado?
—Oí su voz.
—¿Conoce usted al acusado?
—Sí.
—¿Conocía su voz?
—Sí.
—¿Y qué hizo Mr. Endicott?
—Condujo a Mr. Ansel… quiero decir al acusado, arriba, a un cuarto.
—¿Y el cuarto en cuestión, se comunicaba con el dormitorio donde usted estaba esperando?
—Sí.
—Y, luego, ¿qué pasó?
—Mr. Endicott se excusó y entró en el dormitorio, y me dijo que la situación se había complicado y que sería mejor que me fuera a mi casa, pero que más tarde se pondría en contacto conmigo y tendríamos otra cita.
—¿Y, qué hizo usted? —preguntó Quinn, mostrando por su aspecto lo sorprendido que se hallaba ante lo que ocurría.
Frente a él, se encontraba una testigo que debería estar histérica, llorando, admitiendo a empujones hechos perjudiciales y que, sin embargo, estaba allí sentada, con perfecto dominio de sí misma, tranquila y reposada, contestando a sus preguntas sin el menor síntoma de vergüenza. Y el fiscal debiera haber estado al borde del

pánico, al ver como se destrozaba su caso, tan cuidadosamente preparado; por el contrario, Irvine se hallaba tranquilo, reposado y sardónico, reflejando en su apariencia la tolerancia del hombre que aguanta pacientemente las tácticas de un vulgar picapleitos, sólo por no hacer perder el tiempo al tribunal con sus objeciones.

Un agente del sheriff se acercó a mí de puntillas, y me entregó un papel doblado. Era un aviso de nuestro experto en armas de Pasadena. Decía que le habían dirigido una orden judicial para presentarse a declarar llevando el revólver.

Entonces me di cuenta de que estábamos hundidos.

Traté por todos los medios de captar la atención de Quinn antes de que pronunciara la pregunta fatal.

—¿Y qué hizo usted después?

La muchacha contestó:

—Salí de la casa, y dejé el revólver sobre la cómoda del dormitorio.

—¿Quién se encontraba en el dormitorio?

—El finado, Karl Endicott.

—¿Y dónde estaba el acusado?

—En el cuarto contiguo.

Quinn dijo:

—Eso es todo —y se sentó. Parecía un hombre que se hubiera lanzado con todas sus fuerzas contra una puerta para forzarla, y se hubiera encontrado con que la puerta estaba abierta y sin pestillo.

El fiscal Irvine sonrió con condescendencia.

—Eso es todo, Mrs. Manning. Y muchas gracias por su exposición clara y franca de los hechos.

La testigo hizo ademán de marcharse.

—Un momento —le dijo Irvine—. Una pregunta más, sólo una. Mrs. Manning, ¿hizo usted una declaración escrita de todo cuanto aquí ha testificado, a la defensa de esta causa?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—¿A quién prestó esa declaración?

—A dos detectives empleados por el acusado, Donald Lam y Bertha Cool.

—Gracias, gracias. Eso es todo —dijo Irvine.

La testigo abandonó la tribuna.

Irvine dijo:

—Y ahora, Señoría, en vista del testimonio de la declarante, se hace necesario que llame a un testigo más.

Y llamó a nuestro experto de Pasadena.

El experto identificó el revólver como el que le habíamos llevado nosotros. Admitió haberlo limpiado para lograr disparar una bala de prueba. Dijo que, no había tenido acceso al proyectil fatal y, por consiguiente, no podía afirmar si era aquél el revólver que lo había disparado.

—Si se le concede la oportunidad de consultar con el experto del ministerio fiscal y una oportunidad de examinar la bala fatal, ¿cree usted que podría llegar a una conclusión? —le preguntó Irvine.

El experto dijo que creía que sí.

El sonriente Irvine sugirió que el testigo abandonase la tribuna y se le diera una oportunidad de realizar el examen, ya que Steven Beardsley, el experto en balística del ministerio fiscal, tendría mucho gusto en cooperar con un experto de tan reconocida fama.

Y, entonces, Irvine pidió que se llamara nuevamente a declarar a Cooper Hale. Eso fue la puntilla.

Cooper Hale testificó que, tras oír el disparo, subió precipitadamente, encontrándose a Endicott en el suelo, muerto, con un agujero de bala en el cerebro y no había revólver alguno sobre la cómoda del dormitorio.

—Y ahora, permítame hacerle unas preguntas sobre hechos más recientes, Mr. Hale. ¿Dónde vive usted en la actualidad?

Hale dio su dirección.

—¿Y con referencia a la mansión conocida como «El Whippoorwill», propiedad del finado Karl Carver Endicott, dónde se encuentra su casa?

—Al lado.

—¿Es la casa contigua?

—Sí.

—Si fijó usted su atención, la noche anterior al día en que comenzó este juicio, ¿notó usted que ocurriera algo fuera de lo corriente en la residencia Endicott?

—Sí, señor.

—¿Qué?

—Dos personas estaban desenterrando algo, en un seto de la residencia.

—Tuvo usted la oportunidad de ver a esas personas o reconocerlas.

—Sí, las reconocí por sus voces.

—¿Quiere contarme lo ocurrido?

—Mi casa estaba oscura. Yo ya me había retirado. Fue bastante después de la media noche. Pude ver vagamente a dos individuos en el seto. Como sentí curiosidad, me puse una bata oscura y salí por la puerta lateral. Por su conversación en voz baja me enteré que estaban buscando algo.

—¿Y luego, qué pasó?

—Oí decir a uno de ellos: «Ya lo encontré».

—¿Sabe usted quién era el que hablaba?

—Sí, señor.

—¿Quién?

—Donald Lam, un detective contratado por la defensa.

—¿Había usted oído su voz anteriormente?

—Sí.

—¿Reconoció la voz?

—La reconocí.

—Antes de eso, ¿vio usted a alguien que tratara de enterrar algo cerca del seto?

—Sí, señor.

—¿A quién?

—A Mrs. Endicott.

—¿Quiere usted decir Elizabeth Endicott, la viuda de Karl Carver Endicott?

—Sí, señor.

—¿Vio usted lo que estaba enterrando?

—No sé lo que era: algo que sacó de un paquete. Cavó un pequeño agujero en el suelo, y metió allí la cosa en cuestión, lo que fuera, cubriéndolo luego con tierra.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Aquella misma noche.

—¿A qué horas?

—Aproximadamente una hora antes de que Mr. Lam y Mrs. Cool desenterraran el revólver.

—¿Les oyó referirse a lo que encontraron como si se tratara de un revólver?

—Sí.

—Bien, y ahora, con referencia al lugar donde usted vio enterrar aquello, ¿dónde fue? ¿En qué lugar del seto exactamente? ¿Puede usted señalarlo en el mapa?

El testigo señaló un sitio en el mapa.

—Ahora, márquelo con una «X», y ponga sus iniciales.

El testigo lo hizo así.

—Con referencia al lugar donde usted vio desenterrar el tal revólver, o más bien donde oyó a las personas que estaban escarbando, ¿puede identificarlo?

—Sí, señor.

—¿Dónde era?

—En el mismo lugar, poco más o menos —contestó el testigo.

Irvine, volviéndose a Quinn con una sonrisa, le dijo:

—Su testigo.

Afortunadamente, Quinn tuvo el buen sentido suficiente en aquel momento, para recordarle al tribunal que era la hora del alto matinal.

El tribunal se retiró a descansar, y Quinn me salió al encuentro.

—Está bien —le dije—. Todavía vamos a ser más listos que ellos.

—¿Pero qué demonios ha ocurrido?

—Lo que ocurrió es perfectamente obvio —le contesté—. El maldito fiscal, con su romántica apariencia, sus ojos expresivos, ha hipnotizado completamente a Helen Manning y ésta hace lo que él quiere. Debe haberle telefoneado tan pronto como salimos de su apartamento para contarle todo lo que pasó. Por supuesto, no había forma de impedirlo. Si fuéramos del ministerio fiscal, podríamos haberla detenido, para que no se hubiera podido comunicar con el otro lado. Entonces el fiscal habla con Hale; y le cuenta las malas noticias y Hale se ríe, y le dice que sólo esperaba que cayéramos en la trampa y, por primera vez, le dice al fiscal que vio a Mrs. Endicott enterrando algo en el seto, y luego a nosotros, desenterrando algo también.

—¿Cree usted que Irvine le dejará hacer, sin preguntarle por qué no lo había contado todo antes?

—Seguro que se lo preguntó; y probablemente Hale le explicó

que él creía que las autoridades estaban en posesión del arma criminal, que no sabía exactamente lo que habíamos encontrado y que esperaba a ver qué clase de trampa estábamos preparando, antes de mostrar sus cartas.

—Irvine no es tan imbécil —aseguró Quinn—. Hale está mintiendo.

—No lo podemos probar, y como Irvine es tan sumamente parcial a su lado del caso, lo juzga todo según le conviene. Quiere ganar este juicio.

—¿Pero qué vamos a hacer ahora? —preguntó Quinn.

—Pues ahora es cuando usted va a despedazar al testigo Hale —le dije—. Pregúntele si no es cierto que estuvo en mi oficina, para ofrecernos variar su declaración, —y lograr así que el acusado fuera absuelto—, si le dábamos la oportunidad de arrendar unas propiedades suyas a un fabricante del Este.

—¿Cómo? —exclamó Quinn, con sorpresa—. ¿Quiere usted decir que les hizo una proposición semejante?

—Pregúntele.

—Pero no puedo hacerlo sin tener la seguridad de que fue así.

—Pregúnteselo —insistí—. Va a tener que luchar con fuego contra el diablo.

—¿Me asegura usted que está dispuesto a declarar que eso fue lo que dijo Hale?

—No —repliqué—. No voy a declarar que dijo semejante cosa y con esas palabras. Sin embargo, eso es lo que Hale tenía «in mente», y no recordará exactamente lo que dijo. Adelante y pregúnteselo.

—No, a menos que usted asegure que declarará sobre el particular.

Insistí:

—Pregúntele para qué fue a nuestra oficina. Pregúntele si no fue allí manifestando que era amigo personal del fiscal, y diciendo que trataría de interceder en nombre del acusado, si yo quería cooperar con él.

—¿Está, dispuesto a declarar eso?

—Llegaré al extremo de declarar que esa oferta se hizo en su presencia y con su aprobación.

El tribunal dio la sesión por comenzada.

Hale, sonriente y seguro de sí mismo, esperaba el interrogatorio

de la defensa.

Quinn empezó:

—¿No es verdad que conoce usted desde hace algún tiempo a Donald Lam y a Bertha Cool, los dos detectives?

—No desde hace mucho tiempo, sino de muy poco.

—¿No es cierto que usted le dijo a Mr. Lam y a su socia, Mrs. Cool, que era amigo del fiscal del distrito?

—Puede ser. Considero como amigo al fiscal. Conozco a muchas de las autoridades de este condado y a todos les tengo por amigos míos.

—¿No ofreció usted interceder en nombre del acusado con el fiscal, si Mr. Lam cooperaba con usted en un negocio particular?

—No, señor.

—¿No ofreció usted actuar de intermediario ante el fiscal para intentar suavizar o mejorar la situación del acusado en este proceso, si Cool y Lam colaboraban con usted en un asunto de cierta propiedad? ¿Y no es verdad que ellos rehusaron y que usted como consecuencia les amenazó?

—¡Rotundamente no!

—¿No se celebró tal conversación en la oficina de Cool y Lam?

—No, señor.

—¿Estuvo usted alguna vez en su oficina?

El testigo vaciló.

—¿Estuvo? —gritó Quinn.

—Pues sí.

—¿Antes de comenzar este juicio?

—Sí.

—¿Después de haber sido arrestado el acusado?

—Creo que sí. No puedo recordar la fecha exacta.

—¿Y no discutió usted este caso con Mr. Lam y Mrs. Cool en aquella oportunidad?

—Discutimos una serie de cosas.

—¡Conteste a mi pregunta! ¿No discutió éste caso con ellos?

—Puede que lo mencionara.

—Y al hacerlo, ¿no aludió usted a su amistad con el fiscal?

—Tal vez.

—¿No insinuó que estaba dispuesto a cooperar?

—Cooperar es una palabra muy elástica, Mr. Quinn.

—Conozco el significado de la lengua inglesa —declaró Quinn —. ¿No ofreció su cooperación?

—Puede ser que usara la palabra. Pero lo que pretendiera decir puede haber sido enteramente diferente de lo que los demás hayan creído que yo quería decir.

—Pero ¿usted fue a su oficina?

—Sí.

—¿Cuando ya estaba listo el caso para juicio?

—Sí.

—¿Y mencionó su amistad con el fiscal del distrito?

—Sí. O bien yo o mi compañero.

—¿Y ofreció utilizar esa amistad en el caso que ellos quisieran ayudarle a usted?

—Bueno, puede que sí, o tal vez ofreciera algo como cooperación. No lo sé.

—Está bien. ¿No es cierto que la oferta fue rechazada?

—No hubo ninguna oferta definida que pudiera rechazarse.

—¿Abandonó usted la oficina tras haber proferido algunas amenazas?

—Yo… no.

—¿Diría usted que abandonó la oficina con el mismo espíritu amistoso y cordial con que entró en ella?

—Sí.

—¿Le dio la mano a Donald Lam al salir?

—No recuerdo.

—¿Y a Mrs. Cool?

—No recuerdo.

—¿No es verdad que no se estrecharon las manos?

—No puedo recordar ese detalle.

—¿Para qué fue usted a la oficina?

—Bueno… es que… es que…

—Su Señoría, protesto —dijo Irvine—. Este asunto ya ha ido demasiado lejos.

—Protesta denegada —decidió el juez Lawton.

—¿Para qué fue a la oficina?

—Porque quería ciertos informes.

—¿Sobre qué?

—Sobre unos rumores que circulaban en relación con que un

fabricante estaba planeando edificar su fábrica en Citrus Grove.

—¿Y no mencionó usted en aquella ocasión que tenía terrenos en Citrus Grove?

—Puede ser.

—¿Y no ofreció, en aquella oportunidad, utilizar su amistad con el fiscal, si Cool y Lam cooperaban con usted?

—No con tales palabras.

—¿Pero era ése el propósito de la visita?

—No, señor.

—¿Cuál era el propósito de su visita?

—Quería obtener todos los informes posibles.

—Y en aquella oportunidad, y tratando de obtener cuanta información pudiera, sacó a relucir su amistad con el fiscal y ofreció cooperar en el caso del acusado John Dittmar Ansel, si usted a su vez recibía cooperación por parte de Cool y Lam. ¿Cierto o no? —gritó Quinn con voz atronadora.

—No es exactamente eso.

Quinn se volvió con expresión de disgusto.

—Eso es todo —dijo.

Irvine anunció que las pruebas que estaban realizando los expertos llevarían algún tiempo, y sugirió que el tribunal suspendiera la sesión hasta las dos de la tarde.

El juez Lawton accedió a lo solicitado.

—Espéreme en su oficina —le dije a Quinn, cuando abandonaba el recinto—. No quiero hablarle aquí.

Salí de la sala. Los reporteros gráficos me cegaron con los «flashes» ante mi cara, para sacarme fotos, haciendo igual con Bertha Cool.

Uno de los periodistas le preguntó a Bertha si tenía algún comentario que hacer en relación con la declaración de Hale.

—¡Ya lo creo que lo tengo! —le contestó Bertha.

—¿Cuál es? —le preguntó el periodista.

—Puede usted decir en mi nombre —manifestó Bertha— que Hale ofreció usar su influencia para reducir la acusación de asesinato a la de homicidio casual si nosotros le proporcionábamos ciertos informes. Puede agregar también que estoy dispuesta a prestar declaración en ese sentido y que si el fiscal trata de interrogarme, le arrancaré su maldita cabezota.

Al llegar a la oficina de Quinn, le encontré con mistress Endicott.

—¿Y bien? —me preguntó Quinn.

—Quiero que haga una cosa, Quinn —le dije—. Si lo hace exactamente como le digo saldrá bien.

—¿Qué es? —preguntó Quinn.

Le dije:

—Llame a declarar a los expertos. Demuestre que Endicott fue asesinado con el revólver de Manning y no con el de Ansel. Deje que el resto se vaya al diablo. Concéntrese en eso.

Me volví hacia Mrs. Endicott.

—¿Enterró usted ese revólver?

Negó con la cabeza, y agregó:

—Esa declaración es absolutamente falsa.

—Pero —dijo Quinn—, ¿cómo diablos voy a probarlo, Lam? Si le dejo declarar a ella van a interrogarla sobre sus movimientos la noche del crimen y van a destruir su coartada.

—Están juzgando a Ansel por el crimen —le recordé.

—Ya lo sé, pero si pueden desacreditar a Mrs. Endicott, ello recaerá, en Ansel. Parecerá como si los dos lo hubiesen planeado todo.

—Si hace usted lo que le he dicho, no necesitará que declare nadie más.

—¿Qué?

—Demuestre que el crimen se cometió con el revólver que le entregamos anoche al experto.

Pareció dudar.

—¡Qué demonios! —exclamé—. Sé lo que estoy haciendo. Haga lo que le digo con los argumentos que le doy, y con ese jurado no va a tener dificultades.

—Le encontrarán culpable de algo —replicó.

—Muy bien —le dije—, no es justo hacerle la pregunta frente a su cliente, pero ¿qué tácticas ha planeado usted? ¿Se atreve a hacer declarar a Mrs. Endicott?

—No.

—¿Se atreve a hacer declarar al acusado?

—No.

—¿Qué sucederá, si termina usted el caso sin que haya hecho

declarar a ninguno de los dos?

Hizo un gesto, y afirmó:

—Ansel será, condenado como culpable de asesinato en primer grado.

—Está bien —le contesté—. Tiene usted que hacer lo que le diga, quiera o no. Olvídese de lo demás. Dedíquese sólo al revólver, y cuando argumente rete al fiscal a que le diga al jurado lo que él asegura que sucedió la noche de autos. Desafíele a reconstruir el crimen para el jurado.

Quinn dudaba.

—A él le toca el alegato final. Y es listo. Si le desafío, reconstruirá el crimen de manera que los jurados se sentirán en el mismo cuarto, viendo como Ansel dispara contra Endicott por la espalda y le agujerea la cabeza.

—¿Con el revólver de Helen Manning? —le pregunté.

Se quedó tratando de comprender lo que acababa de decirle.

capítulo veintitrés

EL tribunal abrió la sesión de la tarde. El fiscal volvió a llamar al testigo Steven Beardsley.

Beardsley declaró que el experto de la defensa y él habían examinado el arma en cuestión, que ambos llegaron a la conclusión de que el arma, a la que se refería como «segunda arma», era con toda probabilidad la que sirvió para cometer el asesinato. Beardsley declaró también, sin embargo, que, aunque nuestro experto había extraído algunas muestras de tierra del segundo revólver, quedaba la suficiente incrustada para hacer posible una clasificación de la misma, y en este caso era enteramente diferente de la tierra donde estaba plantado el seto o cerca de arbustos, y de la tierra adherida al primer revólver que se presentó como el revólver Ansel. Al segundo le llamaban el revólver Manning.

No podía existir la menor duda, por lo tanto, de que el revólver Manning estuvo enterrado por un período de tiempo en otro lugar que no era el seto; que había sido desenterrado recientemente y vuelto a enterrar en el seto, que por supuesto no podía decir quién hizo aquello, pero que alguien lo había hecho.

El testigo, miró a Mrs. Endicott que le sostuvo la mirada sin pestañear y sin que se alterara su inexpresiva cara de póquer.

—¿Está usted convencido de que el arma a la que se refiere usted como el revólver Manning es la misma que disparó el proyectil fatal?

—Sí, señor, ésa es mi opinión.

A riesgo de ser amonestado por el tribunal, escribí una nota, y se la hice entregar a Barney Quinn por conducto del alguacil.

Dicha nota decía simplemente: «No interrogue al testigo y dé por terminado su caso inmediatamente».

Quinn leyó la nota, se volvió hacia mí, arrugó el ceño, pensó por

un momento, y miró hacia Irvine.

Éste se inclinó sarcásticamente al tiempo que decía:

—Su testigo, señor abogado.

—No deseo interrogarle —dijo Quinn.

—Hemos presentado nuestro caso. La acusación ha terminado —anunció Irvine.

—La defensa ha terminado —exclamó Quinn.

Fue evidente la sorpresa experimentada por Irvine.

—Señoría —balbuceó—, yo… esto me ha cogido completamente por sorpresa.

—Pues no hay motivo para ello —le indicó el juez Lawton—. Yo creo que un abogado de la acusación veterano hubiera podido prever la jugada. ¿Desea usted proceder con su alegato?

—Muy bien, Señoría —contestó Irvine.

Irvine pronunció un largo discurso preliminar.

Le siguió Quinn en el uso de la palabra, exponiendo las peculiaridades del caso, el hecho de que el arma asesina se hubiera relacionado con la testigo Manning; que aunque se había intentado demostrar de una manera indirecta que Mrs. Endicott había enterrado algo en el seto, la acusación no había podido mostrar de qué se trataba.

Le incumbía al ministerio fiscal probar su caso más allá de toda sombra de duda. No pudo probar que Mrs. Endicott hubiera enterrado nada y que en un lugar cercano otros hubieran desenterrado algo. Era de la incumbencia del ministerio fiscal hacer excavar toda la tierra donde estaba plantado el seto, y demostrar sin la menor sombra de duda que no había algún otro objeto enterrado allí.

Por otro lado, preguntaba cómo podía haber estado Mrs. Endicott en posesión del arma homicida si ella no estaba en la casa. Si Ansel hubiera pretendido matar a Endicott, lo hubiera hecho con el revólver Ansel y no con el revólver Manning. Resultaba claro que no iba a arrojar su revólver por la ventana para entrar en el dormitorio, y que diera la casualidad de encontrar otro allí.

Quinn desafió al fiscal a que reconstruyera el crimen. Dijo que retaba a Irvine a que probara exactamente cómo se había cometido el asesinato.

Irvine cogió un lápiz con el que tomó notas. Se le veía sonriente.

Quinn se sentó. Irvine se levantó muy despacio, de una manera muy digna. Anunció que aceptaba el desafío que de manera tan tonta le había lanzado la defensa.

Dijo que mostraría exactamente lo ocurrido. Describió a Ansel como emotivamente perturbado e indeciso. Primero intentó matar a Endicott; después, quiso hacer todo lo contrario. Había arrojado su revólver por la ventana, y pensaba abandonar la casa. De pronto, se le presentó la oportunidad, y apoderándose del revólver que se hallaba sobre la cómoda, asesinó a Endicott.

Irvine estaba de pie junto a la tribuna del jurado. Sus expresivos ojos miraban a los de las mujeres del jurado. Recurrió a todos los trucos.

El juez Lawton informó al jurado que tenían varias formas de veredicto; podían encontrar inocente al acusado; podían encontrarle culpable de asesinato en primer grado; de asesinato en segundo grado o de homicidio casual.

El juez Lawton definió el asesinato en primer grado como el perpetrado por medio de veneno o con premeditación, tortura, o por otra clase de muerte deliberada y voluntaria, o el que se comete durante la ejecución o intento de realizar incendio, estupro, robo, hurto, mutilación, o cualquier otro acto mencionado en el párrafo 288 del Código Penal.

Advirtió al jurado que todas las restantes clases de asesinatos lo eran de segundo grado, y que por homicidio casual se entendía la muerte ilegal de un ser humano, sin premeditación ni alevosía, aunque era un acto voluntario, producto de una súbita reyerta o en el acaloramiento producido por la cólera.

Advirtió al jurado que tan pronto como se retiraran a deliberar escogieran un presidente, y que cuando hubieran llegado a un veredicto, aquél avisara al tribunal inmediatamente.

El jurado se retiró a las cuatro y cuarto. Quinn se acercó a consultarme.

—No acabé de comprender su proyecto, Lam —me dijo.

—El taquígrafo judicial anotó el alegato del fiscal —le expliqué —. El fiscal cayó en la trampa, porque sostuvo que prescindiendo de lo que intentara hacer Ansel cuando fue a la casa, arrojó por la ventana el arma que llevaba consigo. El hecho constituye una renuncia a cualquier intento de cometer un asesinato premeditado.

Si el crimen se cometió con el revólver de Manning, que estaba sobre la cómoda, tuvo que tratarse de homicidio casual.

—Bueno, ésa es exactamente mi opinión —afirmó Quinn—, y tengo miedo, mucho miedo, Lam, a pesar de su optimismo, de que ésa vaya a ser la opinión del jurado.

—¿Bueno, y qué? —le respondí—. Si el jurado le encuentra culpable de asesinato en primer grado, puede usted acudir al tribunal de apelación, y hacer que reduzcan el fallo a homicidio casual.

—¿Y si el jurado le encuentra culpable de homicidio casual?

—Entonces —repliqué—, espere hasta que el tribunal despida al jurado y venga rápidamente a consultar conmigo.

—Confío en todos los demonios que sepa lo que está haciendo —me dijo—. Me hubiera gustado seguir atacando a Hale. No tengo la menor duda de que cuando Hale subió, una vez se hubo marchado el acusado, y vio a Endicott en el dormitorio y el revólver sobre la cómoda, disparó contra Endicott y se apoderó de la gruesa suma de dinero que Endicott llevaba encima y con la que, aparentemente, pensaba pagar los veinte mil dólares de gratificación que le había prometido a Ansel.

—Claro que sí —asentí—, nosotros sabemos lo ocurrido, pero ¿cómo diablos vamos a probarlo? Hale mató a Endicott. Probablemente estaba enterado del engaño de Endicott a su mujer, y le sometía a chantaje por ello. Entonces, Helen Manning se fue de la lengua y Endicott decidió terminar con el chantaje de Hale. Hale subió de puntillas a escuchar. Una vez Manning se hubo marchado, y después que Ansel también salió, Hale entró en el dormitorio, se apoderó del revólver Manning, mató a Endicott y cogió los veinte mil dólares. Hale enterró el revólver en algún sitio. Después de saber que Ansel admitió haber arrojado su revólver por la ventana, lo desenterró y lo plantó en el seto para que lo encontrasen. Luego dijo que Mrs. Endicott lo había enterrado. No podemos probarlo y no nos atrevemos a intentarlo. Hale es ahora un banquero respetable. Ha utilizado el dinero robado para crearse una posición. Es como un sapo grande en un charco pequeño. El fiscal le ha cubierto con un manto de respetabilidad. Es el testigo clave de la acusación. Si usted tratara de probar que es el asesino, el jurado votaría por un veredicto de culpabilidad de asesinato en primer

grado contra Ansel y entonces no podría hacer nada para remediarlo. En cambio, luchando por este otro camino, lo peor que puede suceder es que dictaminen un veredicto de homicidio casual.

—Si es así, pueden meterlo en la cárcel del Estado durante diez años —murmuró Quinn tristemente.

—Tal vez —le contesté.

capítulo veinticuatro

ERAN las ocho y diecisiete minutos cuando el jurado anunció haber llegado a una conclusión.

Los jurados entraron en fila en la sala. Parecía evidente que algunas de las mujeres habían llorado.

El presidente del jurado, un ranchero de gesto duro y piel curtida, anunció al tribunal que ya tenían el veredicto.

El tribunal procedió a las formalidades de rigor, y se leyó el veredicto. El jurado había encontrado a John Dittmar Ansel culpable de homicidio casual.

El presidente del jurado carraspeó, y dijo:

—¿Puedo decir unas palabras, Señoría?

—¿De qué se trata? —preguntó el tribunal.

—Los jurados expresaron su simpatía hacia el acusado por unanimidad, pero opinaron que, legalmente, era necesario declararle culpable de homicidio casual.

—Muy bien —opinó el tribunal—. Se admite el veredicto del jurado y los jurados quedan en libertad de retirarse. ¿Desea la defensa fijar una fecha para la sentencia?

Quinn respondió:

—Un momento, Señoría.

Y vino a conferenciar conmigo.

—¿Tiene el Código Penal?

—Sí.

—Está bien, léale esto al tribunal.

Quinn le echó una ojeada al papel y, arqueando las cejas, volvió a leerlo.

—El tribunal está esperando, Mr. Quinn —exclamó el juez Lawton.

Quinn regresó lentamente a la mesa de la defensa.

—Con la venia de la sala —empezó Quinn—, creo que es justo manifestar al tribunal que en este asunto he tenido el privilegio del consejo de Mr. Donald Lam, licenciado en Derecho. Acabo de recibir de sus manos un documento tan extraordinariamente asombroso que necesito tiempo para estudiarlo. Sin embargo, la sustancia de lo que he recibido es ésta: que el asesinato es un crimen que nunca proscribe. En otras palabras, la acusación por asesinato puede mantenerse en todo momento.

—No hay la menor duda acerca de ello, y no entiendo por qué se asombra tanto —manifestó el juez Lawton.

—El delito de asesinato —continuó Quinn, con una inclinación al tribunal— incluye el de asesinato en primer grado, en segundo grado y homicidio casual. Sin embargo, ahora nos encontramos ante una situación muy particular de la ley. El crimen de homicidio casual proscribe a los tres años. En otras palabras, no puede haber ni acusación ni sentencia por homicidio casual, una vez que han transcurrido tres años a contar desde la fecha del crimen. Aparentemente todas las autoridades están de acuerdo con esto, y como quiera que el acusado se halla convicto de homicidio casual perpetrado hace más de tres años, el tribunal no tiene más alternativa que dejarle en libertad. Queda sobrentendido que el veredicto de homicidio casual constituye un descargo de asesinato en primero y segundo grados.

El juez Lawton miró al fiscal. Estudió a Quinn. Me miró a mí. Su frente mostraba el ceño fruncido, pero me pareció observar el rastro de una sonrisa en las comisuras de la boca.

—Déjeme ver el memorándum que acaban de entregarle, Mr. Quinn —le pidió el juez Lawton.

Quinn se lo llevó. El juez Lawton se pasó la mano por la cabeza, tomó el Código Penal y comenzó a estudiarlo, así como algunas de las decisiones adoptadas en casos similares.

—¿Desea el señor fiscal manifestar su opinión en este asunto? —le preguntó a Irvine.

Irvine respondió:

—El ministerio fiscal se encuentra preparado para discutirlo en estos momentos, Señoría.

—Está, bien —dijo el juez Lawton—, pero no parece haber lugar a discusión alguna. Según este memorándum, Mr. Lam se refiere al

famoso caso del llamado «hombre araña», que vivió durante años en la buhardilla de la víctima. El acusado en aquel juicio estuvo representado por Earl Seeley Wakeman, y se produjo idéntica situación. Ahora que se ha llamado la atención del tribunal hacia aquel caso, el tribunal recuerda perfectamente lo que se hizo en semejante oportunidad. La argumentación legal expuesta por la defensa parece ser correcta.

El juez Lawton prosiguió:

—Puedo añadir que, en las presentes circunstancias, el fallo que el tribunal está a punto de dar se encuentra de acuerdo con sus simpatías y, aparentemente, con las simpatías del jurado. El tribunal no se halla convencido del todo de la veracidad absoluta de algunos de los testimonios que han sido presentados. En vista del hecho de que el acusado ha sido librado de los cargos de asesinato en primer grado y también en segundo grado; y resultando evidente que el límite de tiempo dentro del cual puede ser acusado de homicidio casual hace mucho que pasó, es retirado el veredicto de culpabilidad emitido por el jurado y el acusado queda en libertad.

Lo que ocurrió en la sala fue tremendo. Los espectadores gritaban entusiasmados. Los periodistas se subieron a las mesas, las sillas, en cualquier cosa que les pudiera servir de plataforma, desde donde tomar fotografías.

Yo había clasificado a Elizabeth Endicott entre las caras de póquer. Por una vez, la emoción pudo más, y con ojos alegres corrió hacia John Ansel y le abrazó y le besó, mientras su rostro se llenaba de lágrimas que le rodaban por las mejillas.

Y luego, antes de que lograra darse cuenta, también me estaba besando a mí, y balbuceando las gracias entre besos.

El juez Lawton desistió de mantener el orden: abandonó la sala con la sonrisa en los labios.

Mrs. Endicott besó a Bertha, y después a Barney Quinn.

Bertha se acercó, y me dijo:

—¡Eres un tío con toda la barba!

epílogo

EN lo que a Bertha concernía, el caso terminó dos días después, cuando llegó un cheque de Mrs. Endicott por valor de quince mil dólares.

Para mí, el caso no acabó realmente hasta varias semanas después, al recibir una carta por correo.

No llevaba remite. La dirección había sido escrita por una mano femenina y cuidadosa. Olía a perfume. Dentro del sobre, iba un recorte de periódico, con un titular que decía: «Banquero detenido bajo acusación de secuestro y estupro». El artículo contaba que Cooper Franklin Hale, prominente banquero de Citrus Grove, y presidente de la Compañía Hale de Inversiones, había sido arrestado por la denuncia de miss Stella Karis.

Según se desprendía del relato de la joven, Hale había estado administrando algunas inversiones de miss Karis. Hubo, por tal motivo, ciertas discrepancias entre ambos. Miss Karis afirmaba que Hale había estado utilizando su dinero y su crédito para favorecer sus propias inversiones.

Hale fue a casa de su cliente y le sugirió que dieran un paseo «para conversar sobre todo aquello».

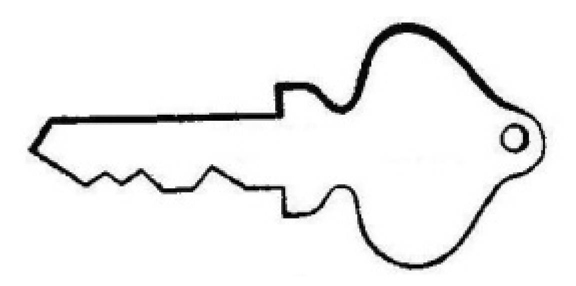
Dos horas después, un motorista recogió a miss Karis. Se hallaba cubierta de polvo y llena de contusiones, con la ropa tan rota y desgarrada que casi estaba desnuda.

Declaró que Hale había detenido su coche en un lugar solitario y había intentado arreglar por medios amorosos las diferencias de índole financiera que ambos tenían. Al rechazarle la muchacha, se volvió loco. La arrastró fuera del coche, hasta un matorral cercano a la carretera, y allí abusó de ella. De acuerdo con la declaración de miss Karis, sólo lo logró cuando su resistencia fue vencida por la fuerza bruta.

Hale juró que todo aquello era un engaño, y dijo que no había necesitado usar fuerza alguna.

Seguí el juicio con mucho interés. El jurado creyó a Stella Karis, quien causó además una tremenda impresión en la sala.

Cuando escribo esto, Hale se encuentra ya en San Quintín, cumpliendo su sentencia de cadena perpetua, sin posibilidad de indulto.





ERLE STANLEY GARDNER (Malden, Massachusetts, EE.UU. 17-julio-1889 - Temecula, California, 11-marzo-1970). Su padre quería que se hiciera abogado, de modo que comenzó a trabajar en una gestoría legal en Willows, y mientras trabajaba de mecanógrafo, estudió la carrera de derecho. Después se estableció por cuenta, pero el negocio era deficitario, ya que en numerosas ocasiones, aceptaba como clientes a inmigrantes chinos y mejicanos sin recursos, lo que le hizo muy popular pero no muy rico. En 1921, casado y con un hijo, se pone a escribir historias policiales, o «de detectives», que envía a algunas revistas para mejorar su situación financiera. Estas revistas se conocían como pulps y eran muy populares en la época.

Sus narraciones son muy efectistas y en ellas se sirve de sus conocimientos de derecho para construir casos, en los que podía lucirse *Perry Mason* con una brillante exposición en la que demuestra la inocencia del acusado. Así podía disfrutar de la única parte de la abogacía que realmente le gustaba: los juicios penales, y el desarrollo de la estrategia a seguir en un juicio. El nombre «*Perry Mason*» data de la infancia de su creador, cuando leía la revista *Companion*
Youth's

, publicada por la *Perry Mason Company*, y cuando creó a su abogado de ficción, pensó que sería un buen nombre para él.

Ya consolidada su carrera como escritor, para publicar sus libros contaba con la ayuda de varias secretarias que escribían a máquina lo que él dictaba a una grabadora. Su producción casi industrial provocó su apelativo de «*El Henry Ford de la novela policíaca*». Vendió más de 100 millones de libros en vida. Tenía una formula para escribir una vez definidos sus personajes, sus motivaciones y sus tramas.

Hacia 1938, Gardner empezaba a preguntarse si un día cedería el interés de los lectores por *Perry Mason*. ¿Podría duplicar su éxito escribiendo una novela con otra serie de personajes? El libro, escrito bajo el seudónimo de A. A. Fair, era «*The Bigger They Come*» («Cuanto más grandes son…» editado en español con el título de: *Agencia de Detectives*) y caracterizaba a *Bertha Cool*, una mujer obesa propietaria de una agencia de detectives y con anillo de diamantes; y a *Donald Lam*, su empleado, de estatura mas bien pequeña, (todo un paquete de dinamita legal). La pareja se anotó un éxito inmediato y Gardner se puso a escribir 28 libros más de *Cool y Lam*.

Bajo su propio nombre Gardner escribió exclusivamente la serie *Perry Mason*, pero con su seudónimo favorito de A. A. Fair, Gardner escribió varias novelas con los detectives *Bertha Cool y Donald Lam*; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal *Doug Selby*.

Gardner muere el 11 de marzo de 1970, en su Rancho el Paisano en Temecula. Fue incinerado y sus cenizas se esparcieron por la península de Baja California, uno de sus lugares favoritos.